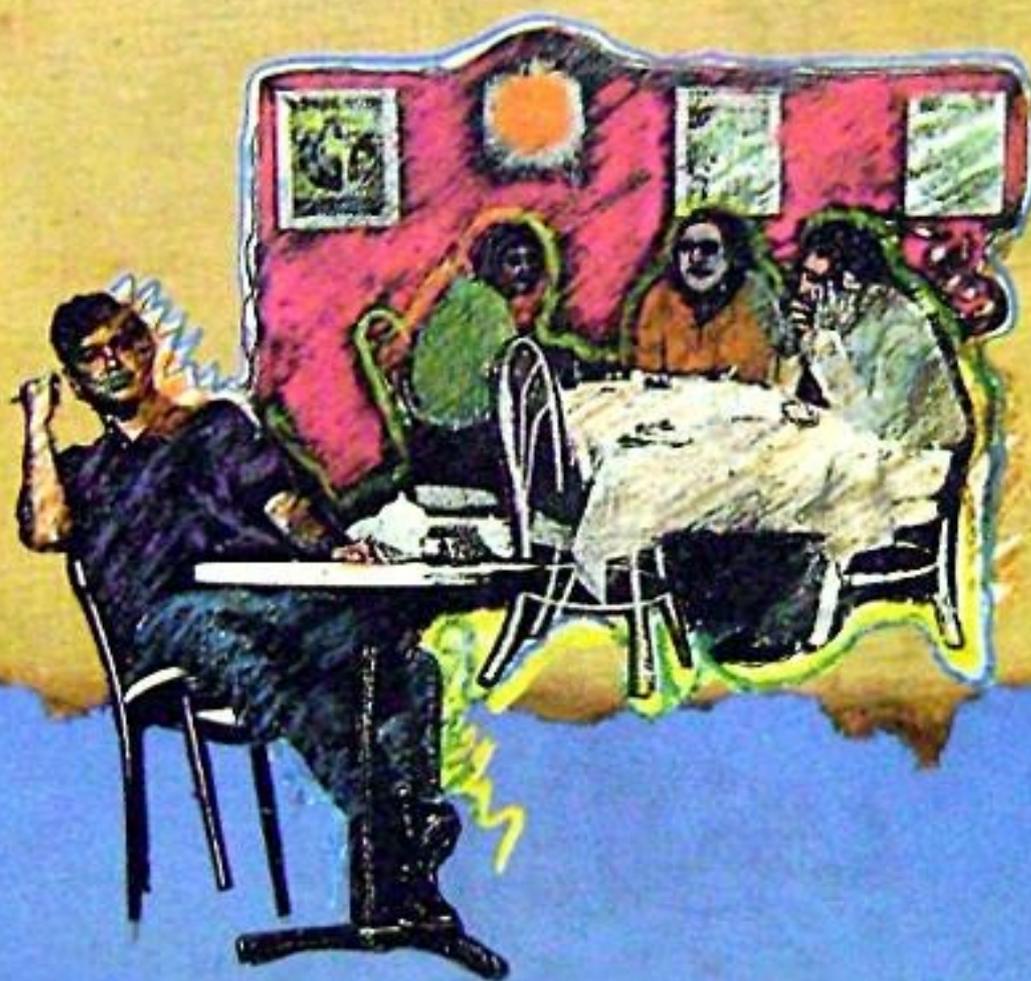


FELIPE ALFAU

LOCOS

una Comedia
de Gestos



Lectulandia

Locos, la primera novela de Felipe Alfau, recuperada para el público de habla inglesa en 1988 y traducida por primera vez al español en 1990, es una de las piezas más singulares y precursoras de la novelística contemporánea. En ella se describe una España de esperpento, la de comienzos del siglo XX, y se trama una metáfora moral. El Café de los Locos, en Toledo, es el paisaje nuclear del que parte una peripecia narrativa que recuerda a las *novelas de novelas* como *Las mil y una noches*.

Alfau participa de las experiencias de lo que se dio en llamar «vanguardia narrativa». Tal como Mary McCarthy señala en su epílogo: «Alfau, o su libro, era mi tipo de hombre fatal, que luego he vuelto a encontrar en *Pálido fuego*, de Nabokov, y más de una vez en Italo Calvino. Pero *Locos* fue el primero... Si *Locos* fue mi tipo fatal, de lo que realmente me enamoré, aun sin saberlo, fue de la novela moderna en cuanto a historia de detectives. Hay un trabajo de detective, obviamente facilitado por Nabokov al lector en *Pálido fuego*. He mencionado a Calvino también, pero hay otro ejemplo del que casi me olvidó, *El nombre de la rosa*, naturalmente...»

«Felipe Alfau es una especie de Salinger español.» Enrique Vila-Matas.

Lectulandia

Felipe Alfau

Locos. Una comedia de gestos

ePub r1.0

Titivillus 10.10.2018

Título original: *Locos. A comedy of gestures*

Felipe Alfau, 1936

Traducción: Javier Fernández de Castro

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Prólogo

Identidad

Un personaje

I

II

III

IV

El mendigo

Huellas dactilares

La cartera

Chinelato

I

El ogro

La Misión

Aventura

Una visión

II

El mandarín negro

La Plantación

El campeón

El encantador de mariposas

III

Tía Mariquita

El teatro

Los negocios del señor Olózaga

El último fulgor

La necrófila

Un romance de perros

I Estudiantes

II Primavera

Epílogo

Sobre el autor

Notas

Prólogo

Esta... novela está escrita en forma de narraciones cortas para facilitar la tarea del lector. De esta manera, el lector no tiene que empezar el libro a continuación de una portada determinada y acabarlo en algún punto cercano a la portada opuesta. Siendo cada capítulo en sí mismo una historia completa, el lector puede tomar el libro y empezarlo por el final y acabarlo por el principio, o puede empezarlo y terminarlo por la mitad, de acuerdo con su humor. En otras palabras, puede leerlo de cualquier modo excepto, quizá, cabeza abajo.

Sin embargo, en beneficio de aquellos en quienes el hábito de lectura tradicional está fuertemente arraigado y resulta difícil de erradicar, las páginas han sido numeradas con toda claridad y las historias con menos claridad en un orden tradicional que mi amigo, el doctor José de los Ríos, y yo hemos encontrado por alguna razón adecuado.

Aparte de ese apaño superficial, no soy enteramente responsable de la perpetración de esta novela; creo que los personajes utilizados en ella son mucho más responsables que yo.

Desde hace algún tiempo vengo advirtiéndolo, cada vez con mayor claridad, la tendencia que tienen los personajes a hacerse independientes, a rebelarse contra la voluntad y las órdenes de su creador, a jugar con él arrastrándole por un insospechado y grotesco camino que sólo les pertenece a ellos y que muchas veces es diametralmente opuesto al que el autor les ha planeado. Esa tendencia es tan marcada en mis personajes que dificulta mucho mi trabajo y me pone en muchos apuros.

El espíritu rebelde de esos individuos se manifiesta en la forma de un intenso deseo de convertirse en seres reales. Muchas veces entran a saco en personas que he conocido y asumen las actitudes más extraordinarias, de acuerdo con lo que ellos toman por la vida real. Asumen eso que en las personas se llama una pose y muchas veces han acabado en lo que para mí era una prometedora amistad. La realidad es para ellos lo que la ficción es para la gente real; sencillamente la adoran y tratan de alcanzarla contra mi casi heroica oposición. Como dice uno de ellos:

«Los personajes tienen visiones de la vida real... sueñan realidad y luego se pierden.»

Yo debería añadir: se pierde el autor.

Incluso mientras escribo este prólogo caigo en la cuenta de cuan cierto es, pues no logro identificarme con el autor oficial y único de este libro, quien, una vez, en la loca y fantástica ciudad de Toledo, entró un día en compañía de su amigo, el doctor José de los Ríos, en el Café de los Locos, donde presencié cosas y vio gentes que en su imaginación juguetona adquirieron la forma de este libro; quien, con la típica falta de conciencia de un autor, aconsejó a un conocido de allí cambiar su insignificante

aunque real vida en este mundo por su todavía menos significativa y en absoluto real existencia en las presentes páginas; quien, al final de un capítulo, abrió una ventana y dejó entrar la vida real para acabar con la vida pomposa y ficticia de un personaje que fue su amigo de la infancia, y quien, en persistente confabulación con los personajes hallados en aquel café de Toledo, es el abstracto, pero aun así real, perpetrador de este experimento.

El resultado de todo ello es un puñado de personajes contradictorios, inconsecuentes como su autor y exactamente igual de torpes que él. Como su personalidad es algo evanescente e inestable, y que perdura en el mejor de los casos lo que el libro tiene de largo, han perdido el respeto por ella y la cambian a voluntad, toda vez que tienen la vaga idea de que la vida es brusca e imprevisible.

Su conocimiento de la realidad es vago e impreciso. A veces le he atribuido a un personaje el papel de hermano o de hijo, y a mitad de la historia se pone a hacerle el amor a su hermana o a su madre, porque él tiene entendido que los hombres ocasionalmente les hacen el amor a las mujeres. Otro personaje aparece de niño en una situación que tiene lugar cuando debería ser un hombre adulto, porque él atribuye su persistente fracaso en comprender la situación a la inmadurez típica de la infancia. Asimismo, otro personaje que tiene el papel de una gallina se pone a ladrar a mitad de su intervención porque ha visto un perro que a ella le gusta. Para esa gente no existen el tiempo y el espacio, cosa que naturalmente arruina por completo mi obra.

Al final del libro los personajes ya no son el instrumento de mi expresión, sino que yo soy el indefenso instrumento de sus antojos y de sus absurdos contratiempos. Cuando pienso en ello me vuelvo al final de este volumen y me encuentro a mí mismo diciendo:

«... cada uno de mis miembros actuaba independientemente de mi voluntad...»

¿Qué mejor ejemplo de mi desesperada condición?

En suma, mis personajes se han tomado en serio el dicho de que «la verdad es más extraña que la ficción», y he fracasado en mi intento de convencerles de lo contrario.

Y ahora quiero manifestar mi gratitud en especial al doctor José de los Ríos por su asidua cooperación y sus oportunos consejos, y por haber ayudado de forma tan pertinente con el manuscrito de mi amigo García titulado *Estudiantes*, y quiero asimismo agradecer su anárquica colaboración a mis personajes en general, que en algunas ocasiones se han comportado con desdeñosa obediencia a mi voluntad, pero que en general han seguido su propio camino haciendo cosas, lamento decirlo, mucho mejor de lo que yo hubiera podido obligarles a hacer.

Después de lo cual, y teniendo en cuenta que la acción de este libro transcurre fundamentalmente en España, una tierra en la que ni el pensamiento ni la palabra, sino la acción con un sentido —el gesto— se ha convertido en la especialidad nacional, debo rogar al lector que no espere nada más que eso, que en este caso, y

debido a la poco fiable naturaleza de mis personajes y de mí mismo, no implica el menor significado sino únicamente situaciones vacías.

En contraste, y como reproche tácito a tan poco cortés animación de personajes, el lector debería ejercer una cierta compostura y en ninguna circunstancia dar muestras de la más mínima sorpresa ante cualquier cosa que ocurra. En ocasiones, el lector descubrirá que un personaje principal aparece en una luz penumbrosa altamente inadecuada y, en ocasiones, puede desvanecerse por completo. En otras circunstancias, un personaje aparentemente oscuro puede adquirir una decisiva importancia y comportarse casi con la resolución de un héroe de primera fila. A veces, las tramas del libro pueden romperse súbitamente y quedar colgando fláccidamente de las puntas de mis dedos sobre un abismo de futilidad; y otras veces, se unen, se tensan y se enroscan en torno a mis indefensas muñecas con una suerte de fatal e inevitable finalidad.

Uno debe tener en cuenta que esos individuos están creando su propia vida y sus costumbres, siendo todavía novicios en el juego. En otras palabras, se espera del lector que tome asiento y presencie esta procesión de gentes extrañas y distorsionados fenómenos, sin ni siquiera una mirada crítica. Buscar algo más, o tomarse en serio a esta banda de irresponsables marionetas y la inconsecuencia del autor no sería aconsejable, pues haciendo esto e imaginando cosas que podrían conducir por sí mismas a una mala interpretación, el lector sólo descubriría, bajo una más o menos divertida comedia de gestos sin sentido, los aspectos vulgares de una tragedia corriente.

Nueva York, 1928

Identidad

Al escribir esta historia, estoy cumpliendo una promesa hecha a mi amigo Fulano.

Mi amigo Fulano era el menos importante de los hombres y ésta era la gran tragedia de su vida. Fulano vino a este mundo con el indesmayable propósito de hacerse famoso, y había fracasado por completo, llegando a ser la más oscura de las personas. Había intentado toda suerte de planes para adquirir importancia, popularidad, reconocimiento público, etcétera, y el mundo se negaba con torva y persistente determinación a reconocer incluso su existencia.

Parece que en torno a la personalidad de Fulano, caso de que hayamos de concederle una personalidad, flotaba una nube de inatención que resistía sus casi heroicos intentos de atravesarla.

Fulano se tomaba toda clase de trabajos para llamar la atención, pero la gente le obviaba.

He visto a Fulano estrechar la mano de forma vehemente al ser presentado, mirar violentamente y sacudir su rostro pegado al de la otra persona al tiempo que gritaba literalmente:

—¡Tanto gusto en conocerle!

Al momento siguiente, la otra persona hablaba con cualquier otro, habiéndose olvidado por completo de Fulano.

He visto a Fulano, al ser presentado en otra ocasión, permanecer sentado y extender dos dedos de la forma más altanera. ¡Y nada! Todo en vano. Al segundo siguiente, la otra persona se había olvidado por completo de su existencia y miraba inexpresivamente a través de él.

En una ocasión, presenté a Fulano a un amigo y hube de repetir tres veces:

—Éste es mi amigo Fulano —en voz normal.

—Éste es mi amigo Fulano —en voz más alta.

—¡Éste es mi amigo Fulano! —Con todas mis fuerzas.

El otro miró en torno varias veces y, finalmente, percibió a Fulano casi encima suyo, sacudiéndole de los hombros con una mirada casi asesina.

Abrió la boca y balbució de la forma más descorazonadora:

—Ah... ¿cómo está usted?

La inimportancia del pobre Fulano había llegado al extremo de hacerle casi invisible e inaudible. Su nombre era irrelevante, su rostro y su figura eran irrelevantes, su aspecto era irrelevante y su vida entera era irrelevante. De hecho, no comprendo cómo pude fijarme en él. Ciertamente que me aplastó la mano, me dislocó el brazo y me golpeó en el mentón cuando le conocí.

Fulano se había leído todos esos panfletos titulados *Magnetismo personal*, *Individualidad y éxito*, etc. Tenía agotada toda la literatura relativa al

perfeccionamiento personal, en vano. Un día se plantó en medio de la Puerta del Sol gritando:

—¡Fuego!... ¡Fuego!

Pero nadie pareció oírle y finalmente hubo de abandonar su puesto porque casi le pasa por encima un tranvía.

Otro día tiró una piedra contra el escaparate de una conocida joyería. Al estrépito de cristales rotos salió el dueño. Miró el escaparate hecho añicos y sin hacer caso de Fulano murmuró:

—Vaya, vaya..., me pregunto cómo habrá podido ocurrir —y se metió dentro.

Ni siquiera los mendigos importunaban a Fulano por las limosnas.

Todo lo cual hubiera sido considerado una bendición por una persona más práctica, pero Fulano carecía de otra finalidad en la vida que hacerse famoso y atraer la atención, y ese tipo de cosas sólo le desesperaban más.

Una vez estaba yo en el Café de los Locos, en Toledo. Los malos escritores tenían la costumbre de acudir a ese café en busca de personajes, y yo iba con ellos de cuando en cuando. En ese lugar tan peculiar, uno podía encontrar gangas de segunda mano y también algún material nuevo bastante bueno y barato. Como la moda tiene mucho que ver con el valor de mercado, en ese lugar se podían encontrar algunos personajes que en su tiempo habían sido famosos y habían trabajado para grandes genios, pero que llevaban cierto tiempo sin empleo debido al cambio de las tendencias literarias hacia otros ideales.

Recuerdo haber visto a un pobre y lamentablemente flaco individuo. Aseguraba haber servido a Cervantes. Pues bien, el pobre hombre no lograba interesar a ningún autor del momento. De la misma manera, había toda una panoplia de buenos personajes que habían sido grandes en su día, pero que ahora no eran de ninguna utilidad.

En aquel día en concreto, llevaba yo algún tiempo sentado a una mesa charlando con mi amigo, el doctor José de los Ríos, y mirando en derredor los diferentes rostros y tipos. De pronto escuché tres golpes sobre la mesa y una mano me agarró del cuello. Al mismo tiempo, una voz dijo:

—Aquí estoy.

Me volví y vi a Fulano sentado a mi lado.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace media hora, más o menos. He estado sentado aquí mismo, tratando de intervenir en la conversación.

Me excusé diciendo que había estado absorto en la contemplación de los personajes que esperaba usar en este libro. Después de lo cual, con no poca dificultad y haciendo uso de algunos medios violentos, logré presentarle al doctor De los Ríos. Entonces observé que Fulano parecía más desalentado que de costumbre.

—¿Qué ocurre? Pareces triste, Fulano.

—¿Qué esperabas? He comprendido que nunca llegaré a ser importante, por más que lo intente. No tiene sentido, el mundo, sencillamente, me ignorará.

—Es muy desagradable —admití—. Pero hay un montón de gente con el mismo problema. Hay, por ejemplo, una gran cantidad de esposos, predicadores, dictadores y...

—No es momento para agudezas de segunda mano. Lo que te estoy diciendo es serio. Ya sé que nunca voy a ser importante en tanto que ser humano, pero he pensado que tal vez ganaría fama e importancia como personaje... No me importa que seas tú o cualquier otro. Tú eres mi amigo. Sabes que lo deseo, y quizá puedas hacer de mí un gran personaje.

Me incliné bajo el peso del cumplido.

—Si tú no puedes utilizarme, pásame a cualquier otro escritor. Si pudieras colarme en ese libro que dices ir a escribir, mi gratitud no conocería límites. No me importa lo que deba hacer, siempre que me confiera importancia.

—Y... ¿qué méritos tienes para ser un personaje?

—¡Diablos! Mi absoluta falta de importancia. Seré calificado como el personaje de ficción menos importante. Tú sabes que cada personaje tiene una personalidad más o menos chocante, y que a todos les ocurren cosas extraordinarias. No me digas que alguna vez vas a ser capaz de encontrar otro personaje tan plano e ininteresante como yo.

—Bueno... puedes encontrarlos a montones en la literatura actual... Realmente...

El doctor José de los Ríos, que había permanecido silencioso durante toda la conversación, se volvió hacia mi amigo y dijo:

—Señor Fulano, aunque hace muy poco que le conozco, sólo veo una salida esperanzadora a su presente condición. Señor Fulano, usted debería suicidarse.

—¿Qué?

—No quiero decir que deba matarse de verdad, sino cometer un suicidio oficial.

—¿Qué quiere usted decir?

—Exactamente lo que he dicho. Esta tarde, tan pronto como oscurezca, vaya al puente de Alcántara y deje su abrigo en el suelo con todos sus papeles, sus credenciales, el dinero, el talonario, etc., y una carta diciendo que se ha tirado al Tajo. Luego, regrese a Madrid, habiendo perdido su identidad oficial, y allí trataremos de hacer de usted un personaje.

Fulano me miró interrogativamente. Yo dije:

—Creo que es muy lógico lo que propone el doctor De los Ríos.

El doctor De los Ríos prosiguió:

—¿Ve usted? Ese suicidio aparente servirá asimismo como un pequeño paso hacia la notoriedad. Es una suerte que haya tenido lugar en esta ciudad. Toledo, el Tajo y el puente de Alcántara poseen una tradición histórica que dará un poco de color a su acto.

Había gratitud en los ojos de Fulano cuando le dio cálidamente las gracias al doctor De los Ríos, y yo prometí hacer cuanto estuviera en mi mano por ayudarle, una vez que él hubiese cumplido su parte en el trato.

Para entonces ya estaba muy avanzada la tarde. El doctor De los Ríos debía efectuar una visita profesional y se marchó deseando a Fulano mucha suerte en su intento. Nosotros permanecemos sentados a la mesa, y como Fulano debía esperar a que se hiciese oscuro y yo no tenía nada que hacer, decidí entretenerle mostrándole los personajes que se encontraban reunidos en el café.

—¿Ves ese policía gordo y calvo? Es don Benito.

El policía trataba sin éxito de encender un cigarro con cerillas que se apagaban obstinadamente. Hasta que cayó en la cuenta de que hablábamos de él y asumió una actitud orgullosa.

—Mira ahora hacia esa mesa, junto a la ventana. La camarera que se está riendo es Lunarito. La llaman así debido a un bello lunar que no puede ser visto desde aquí. El apuesto joven que fuma en pipa y le pellizca la pierna es Pepe Bejarano.

»Fíjate en ese hombre del cuello desabrochado. El que está bebiendo en la barra... y que ahora empuja a la mujer insultándola... Es el Cogote.

En ese momento entraron dos monjas en el café y empezaron a recorrer las mesas pidiendo limosna para su convento. Señalé hacia una de ellas:

—Mira esa monja. La que ahora se ha puesto entre el Cogote y la mujer. Es muy atractiva para ser una monja. Hubiera sido una excelente mujer de mundo. ¿Ves lo alegremente que sonrío y lo blancos que son sus dientes? Es la hermana Carmela.

Las dos monjas se habían acercado ahora a una mesa distante, ocupada por dos curas, y hablaban con ellos.

—Mira a ese cura, el de modales educados, que se ha levantado para hablar con la hermana Carmela. Es el padre Inocencio. Se supone que está haciendo mucho bien por estos andurriales.

Las dos monjas se dirigieron hacia la salida acompañadas por el padre Inocencio, quien mantuvo abierta la puerta para que pasasen y permaneció allí viéndolas cruzar la plaza.

—Atención al cantinero. Mira su espléndida barba apostólica y la escandalosa forma de reírse con el Cogote. Es don Laureano Báez, un viejo tunante muy divertido. La anciana de expresión triste que seca los vasos a su espalda es su mujer, doña Felisa.

»Mira ahora al que está sentado a la mesa de allá. El que lleva una peluca blanca y tiene expresión poética, y que parece tan ensimismado y distante. Se llama García.

El hombre olía la flor sujeta en su ojal.

En ese momento, un perrillo que había estado husmeando por el café le dio al hombre un golpe en la pierna. García le pegó una maligna patada al animal, le arrojó una moneda al cantinero y se fue.

—Observa a esa dama pálida, vestida de negro, sentada a la mesa con un caballero. Va a quedarse dormida. Es doña Micaela Valverde.

Su acompañante se puso de pie silenciosamente, tomó su sombrero y salió del café de puntillas. Doña Micaela, que para entonces estaba profundamente dormida, no advirtió su marcha.

Desde hacía un rato, yo estaba observando a un hombre de pie junto a una mesa ocupada por cuatro individuos. Les mostraba pequeños objetos que sacaba de los bolsillos y que, aparentemente, trataba de venderles. Cuando se giró, le reconocí. Nos saludamos y vino hacia nuestra mesa trayendo un objeto pequeño en la mano.

Le dije a Fulano:

—Ése es don Gil, un viejo traficante de bisutería que coloca su mercancía por los cafés.

Don Gil se nos acercó. Se inclinó apoyándose con una mano en la pared y nos mostró con la otra una figurilla china de porcelana.

—Aquí tienen una auténtica ganga —dijo, haciendo saltar la figurilla de porcelana en la palma de la mano—. Es una auténtica obra de arte hecha en China. ¿Qué les parece?

Contemplé la figurilla, delicadamente tallada. Representaba un guerrero hercúleo de mostacho caído y expresión feroz. En el hombro llevaba una mariposa. El color del rostro no era amarillo, sino más oscuro, como de bronce, y, puesto que su indumentaria no era muy representativa, sugerí:

—Quizá no sea china, sino india.

Don Gil, que indudablemente prefería la China a la India, pareció ligeramente anonadado.

—No, es china —dijo.

Entonces no pude dejar de advertir la suciedad de la mano que sujetaba la figurilla y deduje que su hermana probablemente estuviese en la misma condición.

Y dije:

—Don Gil, tenga cuidado. Don Laureano va a llamarle la atención por ensuciarle las paredes.

Don Gil retiró su mano, dejando una marca negra e inusualmente pequeña contra la pared encalada, y continuó ensalzando su mercancía:

—Sí, es un auténtico mandarín chino o un guerrero, no sé bien cuál de los dos, pero es una auténtica ganga. Quizá su amigo esté interesado...

Fulano pegó un respingo y dejó escapar un grito. Era la primera vez que un desconocido advertía su presencia por sí mismo.

El pobre don Gil se asustó tanto que soltó la figurilla de porcelana, que se rompió en mil pedazos contra el mármol del velador. Creí ver una mirada feroz en la cabecita de porcelana ahora separada del cuerpo.

Don Gil limpió la mesa, arrojando los pedazos al suelo, y se marchó pisoteándolos con expresión mortificada.

—Bueno —dije, cuando don Gil se alejó—, creo que ya tienes suficiente de personajes por hoy. Ya es oscuro y será mejor que vayas a prepararte para el suicidio.

Fulano garabateó una nota que decía: «Me he suicidado tirándome al Tajo», y añadió:

—Todas mis esperanzas dependen de esto.

Se levantó y se marchó prometiéndome que nos veríamos en Madrid.

Yo, en tanto que autor de este cuento, puedo ver todo lo que hizo Fulano desde que se fue, aunque se suponga que permanecí sentado a la mesa del café.

Fulano fue a su habitación. Recogió todos sus documentos y credenciales, e inició su jornada fatal. Mientras bajaba las escaleras camino de la calle había caído la noche, y cada paso que daba era como arrojar un siglo hacia el pasado, hasta que se encontró en el centro de una ciudad hostil que murió en el Renacimiento y que, sin embargo, vivía la más extraña vida póstuma. Toledo estaba en silencio, pero Toledo no descansaba. Mientras Fulano avanzaba vacilante, sintió la desasosegada y decrepita línea de edificios súbitamente agitada por el viento del pasado, el pavimento pareció elevarse, caer y retorcerse en su pétrea vigilia cual mar tormentoso; caminó por calles tan empinadas que debía apoyarse en las paredes para no caer, y recorrió callejones que, procedentes de lo alto de la ciudad, se precipitaban como torrentes saltarines en las aguas del Tajo.

Toledo vuelve cada noche a la vida. Es una ciudad de silencio, pero no una ciudad de paz; de noche multiplica sus intereses, se transforma en una ciudad de horrores, de temibles sueños del pasado y de pavorosas pesadillas históricas. Al volver una esquina, esa impresión cayó con tal fuerza sobre Fulano que lo dejó clavado en el suelo como uno más de los pétreos espectros. Las sombras de todas las cosas pasadas salían a su encuentro desde los oscuros callejones y las tristes esquinas para condensar, dar forma y hacer más oscura la noche. Imaginó la figura de don Pedro el Cruel, temblándole las rodillas, recorriendo el callejón habitual hacia la casa del judío que le prestaba dinero. Sintió la pesada atmósfera, recargada por el mortífero aliento de la Inquisición.

El silencio, esa sensación de haber sido abandonado para que compartiese la ciudad con los muertos, le reveló súbitamente a Fulano una idea. Toledo, al igual que él confiaba en serlo muy pronto, era un mito, Toledo no existía. Resurgía cada noche de su significado histórico y estético, abandonada en la soledad de la estéril Castilla. Así pensando, Fulano avanzó a trompicones como una asustada y olvidada sombra en pos de su propio cuerpo. Las angostas, retorcidas y tortuosas calles huían de él, le negaban el paso befándose y gimiendo como serpientes en una jungla de extrañas estructuras; saltaba de sorpresa en sorpresa, impulsado por tan inmenso e irresistiblemente sugestivo poder. Se deslizó a lo largo de casas horriblemente roídas donde se entregaban a la tierra, y de puertas que nunca se abrían y a través de cuyos agujeros a ras de suelo entraban y salían gatos medievales. Oía la llamada de las

aguas del Tajo y el pasado esplendor desvaneciéndose en eterna respuesta, el pasado esplendor precipitándose colina abajo y sumergiéndose en el hondo Tajo.

Fulano supo que había sido succionado por ese remolino del pasado, que se había sumergido en siglos de historia y que ya había perdido la identidad de su existencia presente. Se ahogaba en el poderoso sentimiento de tiempo condensado, perdido sin remedio en la oscuridad de millares de noches del pasado sobreimpuestas, en el laberinto de calles que le zarandeaban amenazando con arrastrarle en su ominoso torrente y arrojarle al Tajo, al olvido.

Con el sentido de la orientación totalmente perdido, Fulano se dejó eyectar, arrojado centrífuga y gravitatoriamente por esa ciudad semicónica que ahora giraba en su mente brumosa, y cruzó una por una todas las murallas de Toledo, cada cual enmarcando un período de historia como falanges conquistadoras vistas en perspectiva, cada una más grande y baja, descendiendo la colina como escalones y cayendo en el Tajo.

Y fue así como la ciudad de Toledo se descartó de tan insignificante persona sobre el puente de Alcántara.

En mitad del puente, Fulano se quitó el abrigo, lo dejó en el suelo, y sujetó su carta en la parte exterior con un alfiler.

Una vez hecho esto, y asegurándose de que nadie le veía, se dirigió en mangas de camisa hacia la estación.

Fulano no vio lo que ocurrió una vez que abandonó el puente, pero yo, naturalmente, sí lo vi, y si un escritor tuviera el privilegio de poder interferir o impedir los incidentes que tiene la desgracia de presenciar, yo hubiese impedido que ocurriera lo que ocurrió, en bien de mi pobre amigo Fulano. Sin embargo, si un escritor pudiera hacer eso, todas las historias acabarían felizmente y la justicia prevalecería en la literatura. Y puesto que eso generaría una gran monotonía, tal poder no ha sido concedido. Por lo tanto, hube de permanecer allí y presenciar los acontecimientos en estado de aguda impotencia e indignación.

Un hombre de perversa apariencia cruzó el puente. Vio el abrigo a la luz de la luna y se detuvo a recogerlo del suelo. Rebuscó en los bolsillos y extrajo los documentos. Encendió una cerilla y los examinó rápidamente. Entonces vio la nota enganchada al abrigo y una sonrisa demoníaca se extendió por su rostro.

A toda prisa volvió a meter los papeles en los bolsillos, se quitó su propio abrigo, enganchó en éste la nota y se puso el de Fulano.

En el tren de Madrid, Fulano no se fijó en un hombre con una gorra echada sobre los ojos y cuyo abrigo hacía juego con los pantalones del propio Fulano. Éste estornudaba de cuando en cuando, pero su corazón y su mente daban saltos de felicidad y anticipación.

Al día siguiente, un periódico local toledano publicaba el siguiente relato:

«Ayer noche, un tal Mengano, que acababa de escapar de la cárcel y era perseguido por las autoridades, se suicidó saltando al Tajo desde el puente de

Alcántara. Cosa que ha podido ser deducida a partir de una nota enganchada al abrigo encontrado en el puente. Parece que tras los muchos crímenes cometidos, el remordimiento hizo presa de él y decidió poner fin a su pecadora existencia. R. I. P.»

Un día, tras mi regreso a Madrid, paseaba por la calle Sevilla cuando me sentí asido por los hombros y vi un rostro pálido de ira a escasos centímetros de mi nariz.

—¡Hola, Fulano! ¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Preguntas que qué me pasa?

—Sí. ¿Cómo funcionó el truco del suicidio? (Naturalmente, yo había olvidado por completo lo que vi en el puente.)

—¿Que cómo funcionó?... ¿Que cómo funcionó?... ¡Como un infierno!

—¿Qué quiere decir como un infierno? ¿Qué ocurrió, pues?

Fulano dio dos pasos hacia atrás y se quedó mirándome.

—¿Me ves?

—Un poco borroso, pero te veo.

—Pues no existo.

—¿Qué?

—Que no existo.

—¿No existes?

—No.

—Pero, ¿cómo es posible?

—Desde que tengo cierto uso de razón he abrigado serias dudas acerca de mi existencia. No, no me mires como si fuera a entrar en una discusión metafísica. Ahora hablo en serio. Si, siempre tuve serias dudas acerca de mi propia existencia, pero desde tu estúpida idea acerca del suicidio, esas dudas han desaparecido por completo. Ahora estoy seguro de que no existo.

—Explícate.

Fulano ya había dejado escapar una parte de su presión inicial y pudo hablar con más calma.

—Bien, alguien, aquí en Madrid, está disfrutando de mi personalidad, mi nombre, mis posesiones, mi hogar, mi esposa... todo cuanto me pertenecía. Y es enormemente famoso, imagínate, uno de los más conocidos políticos y hombres de negocios, y está acumulando una fabulosa fortuna. Y yo no soy nada, estoy totalmente perdido y buscando alguna personalidad que ande suelta por ahí para encontrarme a mí mismo. Pero cada identidad tiene su dueño y yo no soy nada, no existo...

Fulano se quebró y se llevó un pañuelo a los ojos.

—¿Quieres decirme que la gente que te conocía no puede establecer la diferencia? ¿Que no caen en la cuenta de que ese otro Fulano es un impostor?

—¿Cómo pueden advertir la diferencia si antes no se fijaban en mí? Yo fui siempre tan poco importante, ¡tan absolutamente poco importante!

Por primera vez caí en la cuenta de la magnitud de la tragedia de esa vida sin importancia.

Fulano sacó un periódico y mostró silenciosa pero elocuentemente los grandes titulares que decían algo muy elogioso sobre Fulano...

—Mira lo que dicen de él. Lo que deberían decir sobre mí. Ha tomado mi nombre, mi identidad, y con ello toda la fama y la importancia que deberían haber sido mías.

—No, Fulano, no te engañes. No es precisamente el nombre lo que le ha lanzado. Tú nunca hubieras logrado ese éxito si hubieses seguido siendo Fulano. Ese hombre debe de poseer la personalidad de la que tú careces y es él quien ha hecho famoso el nombre. En realidad, en cierta manera, deberías estarle agradecido.

—Estar agradecido... ¿Eso es lo único que se te ocurre después de haberme metido en este lío con tu estúpida sugerencia?

—Fue el doctor De los Ríos y no yo quien hizo la sugerencia.

—Es igual, tú te pusiste de su lado y eres tan responsable como él. Y ahora me aconsejas que siga siendo nada mientras él disfruta de mis posesiones y de la gloria y la fama y de todo cuanto el mundo puede ofrecerle a un hombre. ¡Debo sentarme pacientemente, feliz de no ser nadie, y agradecerle el puntapié! ¿Has pensado en los inconvenientes de estar vivo y no existir?

Hube de admitir los inconvenientes de tan extraña situación:

—Sí, algo habrá que hacer al respecto.

—Naturalmente, algo hay que hacer al respecto y eres tú quien debe hacerlo, tú me metiste en esto... Pero Dios mío, ¿cómo pudo ocurrir que ese hombre ocupara mi lugar en el mundo?

Comprendí que debía confesárselo a Fulano, pues la situación me obligaba a traicionar un secreto de autor. Después de todo, perder la identidad propia debe de ser la sensación más extraña del mundo. Por lo tanto, relaté todo lo que había visto en el puente y mencioné la noticia publicada en el periódico al día siguiente del incidente.

Cuando terminé, Fulano echaba espuma por la boca y se disponía a lanzarse contra mí, pero fue firmemente sujetado por una mano. Era el propio doctor José de los Ríos. Fulano pugnó por liberarse y me gritó:

—¿Quieres decir que estabas allí y que no hiciste nada por evitarlo y ahorrarme esta horrible tragedia?

El doctor De los Ríos trató de calmarle. Yo bajé la cabeza.

—Fulano, amigo mío, si hubiera podido hacer algo, no hubiese dudado en hacerlo, pero no está en mi mano interferir en el destino de los hombres.

—Y se supone que yo debo quedar satisfecho con esa respuesta y permanecer siendo un cuerpo vacío sin un lugar en la sociedad, un supernumerario en este mundo... Al infierno con vosotros, los escritores, que podéis poner a una persona en una situación como ésta y luego no podéis sacarla de ella.

Yo bajé aún más la cabeza.

—Perdóname, Fulano, veré qué puedo hacer por ti...

—Está bien, ve a verlo. Supongo que no puedes estropear las cosas más de lo que están. Nada podría ser peor.

El doctor De los Ríos, que había estado demasiado ocupado sujetando a Fulano, dijo ahora:

—Señor Fulano, fui yo quien hizo la primera sugerencia acerca del suicidio y asumo toda la responsabilidad.

—No me importa quién diablos es el responsable. Estoy en un apuro y quiero que se me ayude a salir de él.

—Está bien, señor Fulano, admito que tiene usted razón en su demanda, pero sólo veo una forma de salir del apuro. En este mundo no hay identidades perdidas de las que usted pueda apoderarse para recobrar su lugar bajo el sol. Sólo hay una identidad superflua, tan superflua como usted mismo, y dicha identidad está en el fondo del río Tajo. Sí, señor Fulano, oficialmente esa identidad está en el río y últimamente ya habrá advertido la importancia de las cosas oficiales. Aquel alma bajo el lecho del río Tajo ansía tanto un cuerpo como usted ansía un alma. Vaya a reunirse con ella y ponga fin a un absurdo mutuo. Estoy seguro de que, después, mi amigo tratará de hacerle vivir en una historia convirtiéndole en un personaje.

Fulano se volvió hacia mí inquisitivamente. Yo dije:

—Sí, Fulano, prometo hacer lo que dice el doctor De los Ríos.

Fulano nos estrechó firmemente las manos. En sus rasgos se veía la determinación que surge de la desesperanza.

—Adiós, Fulano.

—Adiós.

Aquella noche, Fulano estuvo nuevamente sobre el puente de Alcántara. Había venido a buscar una identidad al mismo lugar al que había ido a perder una. Miró las negras aguas del Tajo. Sí, allí estaba su única salvación.

Y una vez más vio Toledo cubriendo la colina como un petrificado bosque de siglos. Era absurdo. Una vez perdida toda justificación útil de su existencia, la ciudad permanecía allí, sentada como un emperador muerto sobre su trono arruinado, pero más grande en su caída que en su gloria. Allí yacía el cuerpo de una ciudad encastillada sobre una colina olvidada, con la historia escrita en cada una de las profundas arrugas de sus rasgos quebrados y sus miembros caídos a lo largo de las riberas para ser enterrados bajo las aguas de un río inagotable.

Fulano miró hacia abajo y entonces conoció el destino y la grandeza; no lo dudó más; saltó con resolución.

Y con vistas a cumplir mi promesa al más infortunado e insignificante de los hombres, he escrito esta narración. No sé si he conseguido hacer un personaje, o siquiera un símbolo, de él, ni si él podrá disfrutar de esta pobre resurrección. Yo he hecho cuanto he podido.

Un personaje

I

La historia que pretendo escribir es una historia que lleva algún tiempo en mi mente. Sin embargo, el carácter rebelde de mis personajes me ha impedido escribirla. Al parecer, mientras enmarco a mis personajes y sus acciones en mi mente, los tengo firmemente por la mano, pero basta poner a un personaje en el papel para perder de inmediato el control sobre él. Tira por su propio camino, me elude y hace lo que quiere de sí mismo, dejándome absolutamente indefenso.

Por otra parte, he sido particularmente reacio a escribir esta historia porque tengo intención de usar en ella a Gastón Bejarano, mi personaje principal, que es especialmente rebelde y siempre quiere hacer las cosas a su manera. Ejerce una pésima influencia sobre la muchedumbre, y en más de una ocasión ha desmoralizado por completo al elenco.

Sin embargo, me encuentro ahora en casa de mi amigo don Laureano Báez. Él está fuera y aguardo su llegada. No teniendo nada con que distraerme mientras tanto, voy a dejar de lado todos mis escrúpulos y empezar la historia:

Gastón Bejarano volvía a casa una noche, cuando topó con una muchacha...

Ha sonado el timbre de la puerta. Creo que es mi amigo don Laureano. Con vuestro permiso, proseguiré mi relato en alguna otra ocasión.

Ahora que mi autor me ha puesto sobre el papel y me ha conferido un cuerpo y un inicio, voy a seguir la historia contándola con mis propias palabras. Ahora que estoy libre de su atención, puedo hacer lo que guste. Él cree que por el hecho de que me olvide voy a dejar de existir, pero amo demasiado la realidad y pretendo continuar moviéndome y pensando, incluso después de que mi autor haya desviado de mí su atención.

En fin, tiene toda la razón. Yo regresaba a casa una noche y paseaba por la parte alta de la calle Alcalá, a la altura del Retiro. No recuerdo la hora exacta, pero sé que era tarde y llovía.

Caminaba más bien rápido y me dispuse a adelantar a un grupo que iba delante de mí. Cuando estuve cerca advertí que dos hombres seguían a una mujer, que a la tenue luz ambiente me pareció joven. Acomodé mi paso al de ellos y observé.

Los dos hombres abordaron a la muchacha (para entonces, ya estaba yo seguro de que era una muchacha). Hubo un corto intercambio de palabras entre ellos que no pude oír bien, y los dos hombres cruzaron la calle para seguir un camino paralelo al de la chica.

Por razones que resulta tedioso explicar, sentí una urgente necesidad de conocerla, pero no quería testigos de mis actos. Ésa era, después de todo, mi primera

escapada a la realidad, y me sentía un poco tímido. Por tanto, la seguí a una respetable distancia, esperando el momento en que los dos inoportunos individuos desaparecieran.

Pero me impacienta esperar y, puesto que el autor no está presente, me tomaré la libertad de violentar las leyes de la lógica y eliminar a esos dos hombres.

Inmediatamente después de su desaparición, aceleré el paso y empecé a adelantar a la muchacha. Ahora llovía con fuerza y ella caminaba ligera a lo largo de la verja metálica del Retiro, sin que le importaran los charcos y volviendo la cabeza de cuando en cuando hacia mí. Debido a la noche y a la lluvia, su figura quedaba borrosa y tenía algo de aparición que hiciese gestos y señas para atraer la atención, y sentí miedo.

Alcé la mano y ella se detuvo.

Era extraño. Se detuvo en el extremo de su propia sombra, contra la luz difusa y lejana del farol de la esquina, y hubo algo ominoso en ello.

Durante un momento, me pregunté si ella se habría detenido para hacer frente a un enemigo o para dar la bienvenida a un camarada. Vacilé. Su sombra señalaba el camino hacia ella y yo recorrí ese oscuro sendero.

—¿A dónde va usted a estas horas y con semejante tiempo?

Lo que dijo no fue tan importante como la forma en que lo dijo. No creo poder describirlo. Me sorprendió mucho su voz. Ella era del tipo inocente y de ojos dulces, pero había depravación en su boca, y su voz era ronca y ordinaria, con un deje de cinismo.

—Voy al cruce de Alcalá y Velázquez para encontrarme con un hombre al que pienso sacar dinero.

No recuerdo haber dicho nada entonces. Ella prosiguió:

—Llego tarde y probablemente no estará. Pero, de todas formas, iré a mirar.

Estábamos a dos manzanas de Velázquez. Echamos a andar.

Figúrense. Seguía lloviendo, pero a mí no parecía importarme. Todo había cambiado, dentro y fuera de mí. Ya no me sentía un personaje. Me sentía real, aterradoramente real, como cualquier otro ser humano que camina por la calle Alcalá en una noche lluviosa y encuentra una muchacha real. Yo también hablé de forma llana e inelocuente, como si realmente fuese un ser humano:

—¿Quiénes eran esos dos hombres que hablaban con usted?

—No los conozco. Sólo querían pasar un buen rato y les dije que estaba ocupada.

—¡Ah! ¿Está usted ocupada? —Me detuve. Ella también.

—Ya le dije que debo encontrarme con un hombre en la esquina de Velázquez.

Ella sonrió de una forma que nos impulsó a ambos a caminar de nuevo.

—Parece usted demasiado joven para estar fuera de casa a estas horas y encontrarse con un hombre al que va a sacar dinero.

—¿Joven? ¿Cuántos años piensa que tengo?

—Diecisiete o dieciocho, supongo... —Era sincero.

—Está usted loco... Precisamente, el otro día cumplí los veintitrés.

No deseaba parecer joven y por un momento casi dudé de su realidad. Me gustó la forma en que dijo *loco*.

Mientras tanto, yo había advertido dos cosas:

Primera: yo era terriblemente consciente de que su voz era ronca y ordinaria y nunca adivinaré nadie hasta qué punto me gustaba.

Segunda: nuestras sombras se encogían y nos alcanzaban, y cuando pasamos por delante del farol se deslizaron bajo nuestros pies y nos adelantaron, fundiéndose en una sola que se fue haciendo más grande, inmensa.

A media manzana de la calle Velázquez:

—Creo que es mejor que vaya a encontrarse con su amigo. Si la ve llegar con alguien puede tener sospechas. La esperaré aquí. Si él no está, vuelva conmigo.

Lo aceptó con una indiferencia tal que sentí que la lluvia, el mundo y yo éramos casi la misma cosa para ella. Por un momento, comprendí que, en comparación con su recia realidad, yo había vuelto a convertirme en un simple personaje y que todo el resto era un escenario.

Cuando me quedé solo pensé:

¿Por qué me he dirigido a esta chica? ¿Es debido a los hábitos adquiridos como personaje y que han dejado en mí una fuerte tendencia a especular sobre las chicas que salen a altas horas de la noche? Si regresaba, sería porque no había encontrado al hombre. Es decir, volvería sin dinero. Pero, dada la clase de personaje que soy, como no tardarán en descubrir por las cosas que el autor dirá de mí, yo no debía sentirme interesado por ella en tal eventualidad. Si encontraba al hombre, probablemente consiguiera el dinero. Pero en ese caso no regresaría. Indudablemente, ella pertenecía, lo mismo que yo, a la profesión. Pensé en su voz ordinaria. Y otra vez: ella era un ser real y yo sólo un personaje. ¿Había irrumpido yo en su mundo de realidad, o había entrado ella en mi mundo de fantasía? Quizá sólo estuviésemos los dos a mitad de camino entre ambos mundos y caminásemos juntos a lo largo de la fascinante frontera. Sabía una cosa: que nuestros destinos estaban unidos y que, o bien me arrastraba ella definitivamente a su terreno, o bien la traía yo al mío. Quién era el más fuerte: ¿ella, en tanto que ser real, o yo, en tanto que personaje?

Y, por supuesto, ella regresó.

Me sentí efusivo. La tomé del brazo y hablé, inclinando mi rostro sobre el suyo. Dije muchas cosas, pero, una vez más, me sentí real y, naturalmente, la elocuencia me falló. Por una vez lamenté haberme salido de mi personaje. Como tal, siempre podía hablar de forma brillante y convincente. Mi discurso era fluido y bien escogido. Pero ahora hablaba de forma plana, como un hombre vulgar. Quería estimular su imaginación y despertar su interés, pero en lugar de ello dije estar especializado en chicas que hablaban con voz ronca y ordinaria y que salían a altas horas de la noche en busca de hombres para sacarles dinero. Quise saber cómo se llamaba, qué hacía y dónde vivía, y luego, para tantear el terreno, dije estar arruinado. ¿Empezaba a

demostrar ser la más fuerte e iba a ser yo definitivamente arrastrado a su mundo de realidad?

Se llamaba María Luisa Báez, pero la llamaban Lunarito. Vivía lejos de allí y no hacía nada. Tampoco tenía dinero. Pero todo cuanto decía parecía carente de vida. Se condensaba en la niebla y la lluvia, y caía al suelo mojado. En verdad, ella era real.

Entonces vino la realidad de la lluvia. Advertí sus ropas mojadas. Era necesario ponerse a cubierto. Sin embargo, ni el tiempo, ni la hora ni el lugar no parecían afectarla en absoluto. Pero yo era humano por vez primera y estaba empapado. Resultaba imperativo conocernos mejor porque había asimismo otro deseo latente en mí. Sugerí un portal.

—De acuerdo —dijo ella, y nos metimos en uno.

Hasta aquel momento yo sólo había sido una descripción, y ahora me sentía real. Detrás de la puerta de aquel sórdido vestíbulo, más allá del cielo encapotado, podía sentir las estrellas y la vida que me empujaba hacia ella. Nunca sospeché que la realidad pudiera ser tan intensa y plástica, y cuando me miró, yo la besé.

Lo que ocurrió a continuación me sobrepasaba. Fue tan inesperado que me entró la duda de si la realidad no sería más que un sueño. Su denso manto de indiferencia se derrumbó. Me respondió intensamente. En verdad, ella era un ser humano, y los seres humanos son a veces maravillosos. Y se produjo un acusado contraste, pues lo que ella dijo no cayó muerto sino que floreció en sus labios.

Sin embargo, lo que ella dijo estaba perfectamente en línea con su forma de hablar. La palabra que dijo fue *loco* y yo se la extraje y penetró en mí, sacudiendo las fibras más íntimas de lo masculino. Pasó de su lengua a la mía a través de nuestros labios acoplados.

Si existe cosa tal como un largo beso, aquel beso fue largo.

—¿Tienes un cigarrillo?

La indiferencia, otra vez. Fumó en silencio y luego dijo que se iba.

Yo dije:

—Quiero verte otra vez, necesito estar siempre contigo. Dame tu dirección.

—Para qué. Nunca la encontrarías.

Ni siquiera ahora logro entender qué me impidió insistir, le di mi dirección y dije:

—¿Volveré a verte pronto? Escíbeme, ven a mí, muy pronto.

—Está bien.

—Cuídate. Tienes la ropa mojada. Cuídate porque ahora me perteneces.

—Siempre te perteneceré.

—Adiós, Lunarito.

—Adiós.

Cuando llegué a casa, pensaba que aquélla era la segunda mujer a la que yo había amado sin que en ello mediara interés. La otra mujer estaba allí, en mi casa, quizá ajena al hecho de que por vez primera le había sido realmente infiel y de que nuestras

futuras relaciones serían ahora sólo una grotesca pantomima intensificadora de nuestro absurdo mutuo.

Aun así, sentí que a la tragedia de nuestra vida le habían robado su fuerza. Sí, esa mujer que me esperaba, esa mujer que era mi amante, era como yo, sólo un personaje. ¿No había dejado yo de ser un personaje? Tenía serias dudas mientras entraba en mi antiguo hogar de irrealidad. Sí, esa mujer y yo pertenecíamos más que nada al mundo de las marionetas. ¿Pertenece yo a él, en realidad? ¿Había vuelto a mi mundo al decirle adiós a Lunarito?

Pero Carmen, mi amante, me esperaba. ¿Cómo podía encontrar nada en común con ella tras haber probado la realidad? ¿Cómo podría yo cruzar ahora el abismo que nos separaba, a menos que me entregase al más absoluto romanticismo? Y tras mi fugaz incursión en el mundo humano, no encontraba el menor gusto en ello.

¿Le había sido realmente infiel? Ella no podía juzgar grave mi infidelidad con un ser que pertenecía a otro plano, a otro mundo y a valores diferentes. Un actor de teatro no puede sentirse celoso porque su amante del escenario se aleje en el entreacto y se enamore de un espectador. ¿Pero debía continuar yo con el acto siguiente de nuestra eterna comedia? Una simple marioneta no puede permitirse salir y vivir y amar como un ser humano, en los entreactos. No, debe regresar a la no entidad.

Carmen dormía con ese sueño tan profundo que yo conozco bien. Me recordaba ese estupor en el que cae un personaje cuando no es llamado a actuar, cuando le aflojan los hilos. Pero quizá yo hubiese estado andando en sueños y los actos así cometidos, por más trascendentales que fueran para mi vida futura, no eran asunto suyo.

Pensaba todo esto y mucho más, pero, cuando entré en la alcoba donde Carmen yacía dormida, sentí remordimiento.

Y aquí acaba todo. No he vuelto a saber de Lunarito desde aquella noche y ahora pienso que no fue más que una visión. Todo cuanto ocurrió aquella noche tiende a probarlo. Su suprema indiferencia, el hecho de que no le importase la lluvia o la ligereza con que caminaba sobre los charcos. Sí, nada de aquello existió. Fue una alucinación, y quizá por eso no hubo un hombre esperándola en la esquina de Velázquez, pues no podía haber un ser humano esperando en semejante noche algo que no existe. Indudablemente fue una visión. Por eso, lo que es realidad para los humanos es una alucinación para los personajes. Los personajes tienen visiones de la vida auténtica..., sueñan la realidad y luego se pierden.

Y ésta es mi encrucijada. Aquí estoy yo: un personaje que ha sobrepasado los límites del papel y se ha sumergido en el abismo de la realidad, y que ahora no puede regresar a su propio mundo. Mi comedia ha ido más allá de las candilejas, me he enamorado de una mujer del público. ¿Puede ser traída ella al escenario, o debemos nosotros, las marionetas, invadir la casa y mezclarnos con los humanos en un drama general?

¿Qué puedo hacer? Regresar a mi mundo, cuando mi interés prioritario reside en la realidad, parece difícilmente posible. Entrar en una realidad que apenas conozco es toda una aventura, porque carezco de pasado real. ¿Qué puedo hacer? Suplico al autor que me destruya por completo o que me rehaga totalmente. Que convierta a Lunarito en un personaje para que pueda estar a mi alcance... Pero no, la quiero real. Lo que amaba en ella era la realidad. Entonces, que me otorgue un pasado y me deje ser humano. ¿Pero puede un autor concederle un pasado a un ser humano?

Suplico al autor que resuelva un problema que me sobrepasa.

II

Este Gastón Bejarano, mi personaje, está inmerso en una situación realmente difícil. Naturalmente, él es el único responsable. Yo interrumpí mi historia y él se aprovechó de mi ausencia para desarrollarla por sí mismo, con el resultado de que ha armado un verdadero lío. El asunto no ha llegado a un final adecuado; ha sido disuelto, en lugar de resuelto, debido a la ausencia de una interferencia adecuada.

Sin embargo, lo que le ha ocurrido a Gastón es una buena lección para mis personajes. Ahora viene humildemente a pedirme que le ayude.

Con vistas a resolver, o al menos explicar, el problema de Gastón, ahí van dos propuestas fundamentales que yo, como autor, debo presentar:

Primero, debo explicar cómo yo, el autor, conocí a Gastón, el personaje, y segundo, cómo Gastón, el personaje, conoció a una persona real, como Lunarito, lo cual no es inusual, después de todo, teniendo en cuenta que también yo le conocí a él. Lo que es realmente extraordinario es que un personaje se tome tan en serio a una persona real, pues el hábito generalizado entre la gente es tomarse a los personajes con una seriedad que linda con lo trágico (y este libro es una prueba de ello).

Luego, debería hacer de Lunarito un personaje, salvo que de momento no quiero más personajes, porque provocan excesivos problemas. Por otra parte, Gastón mismo ha dicho que la quería real, y ello es muy significativo.

Hay que tener en cuenta que Gastón, como personaje, es a veces muy romántico, pese a que él no lo sospecha. Ahora bien, si un ser humano romántico cayese enamorado de una visión, cosa improbable, de acuerdo con los preceptos románticos, querría que esa visión siguiese siendo una visión y que nunca adoptase una forma ni se hiciese plástica y humana, porque ello demolería su ideal. Pues bien, un personaje es exactamente lo opuesto a un ser humano, aunque es tarea nuestra en ocasiones convencer a nuestros lectores de lo contrario, y, para el personaje, una visión es realidad. Por eso, Gastón, en tanto que personaje, quiere que Lunarito siga siendo real, ya que si se convirtiese en ficción, ella entraría a formar parte del mundo al que

está habituado y se destruiría su ideal. Por lo tanto, no se va a hacer nada en esa línea y por el momento dejaremos tranquila a Lunarito.

Lo que hay que hacer es reforzar el aspecto ficticio de Gastón, que ya ha empezado a debilitarse. Hay que devolverle a su mundo de personajes.

Después de lo cual, si Gastón insiste en convertirse en un ser real, con vistas a alcanzar su ideal más allá de los límites de su propio mundo, lamento reconocer que no estaré en condiciones de ayudarlo. No está en mi mano, como autor, crear seres humanos, sino sólo personajes, y eso a duras penas. Sólo su voluntad de ser, junto con las misteriosas y extrañas formas de la vida, pueden ayudarlo. Pero yo no le aconsejaría que lo hiciera, aunque ello fuera posible. Sería asumir una tremenda responsabilidad, sería un personaje que, debido a un sueño o quizá en estado de sonambulismo, conoció a una persona real, se convirtió en un ser humano y asumió para sí mismo y voluntariamente la responsabilidad de la vida consciente, con todos los actos inconscientes del pasado; que por hacerse real confiere a todos sus actos una seria y profunda significación. Todas las cosas que una vez no fueron sino juego, serían desde entonces reales y afectarían realmente su vida y las vidas de los demás. Sería una marioneta que, por caer enamorada de una persona del público, introdujo la vida real en el escenario, se liberó de todos los hilos que la manejaban y de una comedia hizo una tragedia.

III

Permítanme ahora repasar cómo conocí a Gastón, el personaje.

Cuando le conocí, solían llamarle el Cogote, y así le voy a llamar de momento.

Conocí al Cogote por medio del doctor José de los Ríos, pero antes de conocerle ya tenía noticia acerca de esta persona más o menos notoria.

El Cogote era conocido en Madrid como un chulo próspero. Es más, se había promocionado para pasar de esa profesión a otra más respetable y provechosa: la de empresario. Era propietario de uno de los mejores lugares de diversión de Madrid y era un personaje de cierta influencia en los ambientes golfos.

No sé bien cómo empezó ni cómo se desarrolló la carrera del Cogote. A partir de los contradictorios comentarios y opiniones de las gentes que se precian de ser sus amigos íntimos, o que incluso tienen abierta una cuenta en su local, he llegado confusamente a la conclusión de que empezó como protegido de una conocida cantante de cabaret llamada la Pelos.

Recuerdo haber visto y escuchado a la Pelos en un café hace bastante tiempo. Era una mujer de aspecto pomposo y ojos furiosamente negros, con una voz muy ronca, que olía a chinchón desde un kilómetro de distancia y con una pronunciada mata de pelo en el labio superior.

A pesar incluso del vago recuerdo que tengo de ella, la Pelos me produjo la impresión de ser mujer de pasiones tempestuosas y no es extraño que se colase por el Cogote, en aquel tiempo un joven de labios gruesos y ojos lánguidos (de acuerdo con una fotografía suya que vi en *La Gaceta*). Me contaron cómo tuvo lugar su primer encuentro, si bien, como ya he dicho, no hay por qué considerar auténtico el relato.

Parece ser que el Cogote (en aquel tiempo todavía no se había ganado ese nombre glorioso) estaba sentado, solo, a una mesa del café donde cantaba la Pelos. Al pasar junto a su mesa, ella se inclinó y dijo en voz alta:

—Necesitas compañía, chiquillo. ¿Tienes ganas de gastarte diez duros?

A lo que el Cogote respondió, en voz aún más alta:

—Naturalmente. ¿Los tienes tú?

Esa respuesta, que la hizo echarse a reír, la derrotó. Se sentó con él y le rodeó el cuello con su grueso brazo.

En ese momento, un hombre robusto y de mediana edad, con un gran diamante en el dedo y una cadena de reloj de oro, se acercó a la mesa lenta y ominosamente. Jugaba con un cuchillo de considerables proporciones.

Se echó el cordobés sobre el ojo derecho y miró al Cogote de frente:

—Me parece que estás firmando tu certificado de defunción.

El Cogote barrió al hombre con una mirada de soslayo. Llevaba colgado de los labios un cigarrillo que batió el ritmo de sus palabras cuando dijo sencillamente:

—Me parece que no.

Los dos hombres se miraron el uno al otro larga y silenciosamente. Entonces, el caballero con el diamante en el anillo y la cadena de reloj de oro se encogió de hombros, escupió una torcida sonrisa y se fue majestuosamente. Le habían pescado el farol y, como quien no quiere la cosa, el Cogote acababa de fundar una nueva escuela.

Desde ese día, la Pelos perteneció en cuerpo y alma al Cogote, y por su culpa se arruinó. De acuerdo con el amigo que me contó el suceso precedente, el Cogote nunca se preocupó por la Pelos y sólo la utilizó en beneficio propio. Ella le dio casa, dinero, camisas de seda, los trajes más a la moda, con americanas cortas y pantalones estrechos, abombados en la culera, zapatos de charol y polainas color tostado. Ella le llevaba en su carruaje a todas las verbenas y siempre tenía a su disposición las mejores entradas para los toros.

A pesar de lo cual, él siempre andaba tras otras mujeres y trataba vergonzosamente a la Pelos. Ella era una mujer muy celosa y la historia de amor que les unía era tempestuosa. En numerosas ocasiones, sus peleas alcanzaban tales proporciones y su comportamiento era tan escandaloso que debía intervenir la policía, pero se decía que el Cogote tenía buena amistad con el Prefecto de Policía y siempre se salía sin problemas.

Sin embargo, aumentó su popularidad y, con ella, las oportunidades. No tardó en encontrar más admiradoras y protectoras, y avanzó en su carrera rápida y

brillantemente.

Entonces tuvo lugar un incidente romántico en la vida del Cogote, que yo he reconstruido asimismo a partir de diversas fuentes.

El Cogote siempre estuvo enamorado de cierta joven madrileña. Una familia caída en desgracia. Su padre fue acusado de cierto crimen y acabó en prisión. Algunos sostienen que fue una trampa. Otros afirman que era culpable. En cualquier caso, el hecho es que fue a la cárcel.

Ciertas personas en España se toman demasiado en serio tales desgracias y muchas veces buscan consuelo en la religión. Sin embargo, fuera ésta la única razón —cosa que no parece probable—, o fuera cualquier otro el motivo —cosa que sospechaba el amigo que me lo contó—, Carmen, pues así se llamaba la joven, fue enviada a un convento del norte de España para profesar.

Se dice que allí un sacerdote de un convento cercano se enamoró de ella y se suicidó. Lo cual, según mi amigo, es un toque ficticio añadido por la imaginación popular. Pero lo que mi amigo cuenta como auténtico es que el Cogote y Carmen, su enamorada, no pudieron consolarse de la separación impuesta por la familia de ella.

El resultado fue que el Cogote hizo una visita a la ciudad donde estaba situado el convento y que una noche la monja se fugó con él. La trajo consigo de vuelta a Madrid en calidad de amante.

Aparentemente, la reacción frente a su restringido pasado y frente a su aún más restringido entorno en el convento, la hizo caer en el lado opuesto de la balanza. Bajo la desmoralizante influencia de su amante y con un ansia loca de libertad, se entregó a la más desenfrenada y licenciosa vida. Tras su regreso a Madrid, el Cogote, que durante su viaje al norte había acumulado una respetable suma de dinero de fuente desconocida, abrió un lujoso local de diversión cuya principal atracción era la antigua monja.

Las noticias de su fuga del convento y de su romance con el cura suicida se habían esparcido por Madrid y no tardaron en alcanzar las proporciones de una auténtica novela. La clientela, por consiguiente, era numerosa y selecta, e incluía a muchas personalidades de las altas esferas del gobierno y de la Iglesia, las cuales aportaron al negocio un alto grado de seguridad y éxito.

Esto es lo que sabía del Cogote antes de nuestro encuentro. Consecuentemente, sentía una gran curiosidad por conocerle personalmente, y cuando mi amigo el doctor José de los Ríos me dijo que era amigo y paciente suyo, que iba a verlo y que yo podía acompañarle, acepté de inmediato.

Camino de casa del Cogote le pregunté al doctor De los Ríos qué quería decir al referirse a él como su paciente: ¿estaba enfermo el Cogote?

—Sí —dijo el doctor De los Ríos—. Muy enfermo. Se trata de una vieja dolencia, además. Siempre ha descuidado su tratamiento y en cambio hace en exceso todo aquello que no debiera hacer.

El doctor De los Ríos prosiguió:

—¿Sabes? El Cogote es una persona extraordinaria. Te interesará. No es en absoluto el clásico chulo, y apenas habla como ellos cuando no está en su compañía. ¿Sabes? Algo extraño acaba de sucederle que le ha soliviantado de forma terrible... Naturalmente, sus nervios están delicados y creo que su enfermedad ya le ha afectado el cerebro...

Le recordé al doctor De los Ríos que no estaba contándome lo que había empezado a contar.

—Bueno, me dice que la otra noche iba caminando hacia su casa... Es aquí, en la misma dirección a la que nos dirigimos ahora. Y que llovía torrencialmente. ¿Sabes? Le he dicho mil veces que en su estado no debería salir, pero nunca quiere escucharme...

—Sí, pero, ¿qué le ocurrió?

—Que conoció a una muchacha... Dice que hasta ese momento había estado convencido de que ninguna mujer lograría despertar su interés por sí misma, aparte de su amante, pero en el mismo momento en que conoció a esa joven perdió tal convicción. Dice que en aquel momento cayó en la cuenta de que la chica en cuestión encarnaba todos los ideales de su vida, que sabía poder amarla para toda la vida y que sería incapaz de vivir sin ella... Y bien, yo nunca había oído antes al Cogote hablar de forma tan sentimental.

—Sí, es inusual en ese tipo de hombre, pero no veo nada asombroso en su encuentro con la muchacha.

—Escucha... a la mañana siguiente abrió el periódico y vio una foto de la chica y un suelto diciendo que María Luisa Báez, conocida como Lunarito, el mismo nombre que ella le había dado, acababa de ser asesinada la tarde anterior por un pretendiente celoso. Fíjate, la tarde anterior a la noche en que él la conoció... Naturalmente, eso ha tenido un efecto terrible en él. Esas cosas son muy peligrosas en el estado en que está su mente.

—Pero, naturalmente, tú no le crees.

—Por supuesto que no. No creo en fantasmas, pero el asunto es extraño. He efectuado averiguaciones y he sabido que la autopsia del cuerpo tuvo lugar a las tres en punto de esa misma tarde. Pero, por cierto, ¿no has leído la noticia en los periódicos?

—No, ya sabes que casi no leo los periódicos.

—No importa. Le dije al Cogote que, debido a su debilidad, podía haber estado durmiendo dos días seguidos y que quizá hubiese conocido a la chica la noche anterior a su asesinato. Quería ofrecerle alguna explicación.

—En cualquier caso, eso es más lógico.

—Sí, pero no es cierto, porque Carmen me lo dijo y ella debe saberlo, aparte de que el Cogote se ha cerciorado de las fechas a partir de las cosas que hizo y de la gente que vio.

—¿Pero tú te lo crees o no?

—No, no me lo creo.

En ese momento, el doctor De los Ríos y yo llegamos a casa del Cogote. Mientras subíamos por la escalera oímos una voz aullante:

—Ya está delirando otra vez —dijo el doctor De los Ríos—. Lleva dos días llamando a Lunarito. Dice que no puede vivir sin ella y que no puede quitarse esa visión de la cabeza.

Una mujer en kimono rojo nos abrió la puerta. Llevaba un pañuelo en la mano y demostraba claramente que había estado llorando.

—Ésta es Carmen —me dijo el doctor De los Ríos.

Una mujer de aspecto avejentado y con un delantal, aparentemente una criada, avanzó hacia nosotros y se detuvo frente al doctor De los Ríos. Le miró inexpresivamente y dijo, casi recitando:

—Si el pobre Gil levantase la cabeza... Si el pobre Gil levantase la cabeza.

Carmen la hizo a un lado suavemente.

—Vuelve a la cocina.

Y la pobre mujer se marchó, obediente, sin dejar de repetir:

—Si el pobre Gil levantase la cabeza... Si el pobre Gil levantase la cabeza.

La seguimos con la mirada y percibí un respetuoso silencio. El doctor De los Ríos se dirigió a Carmen:

—No se tome las cosas tan a pecho. Voy a ver qué puedo hacer por él. ¿Viene con nosotros?

—Oh, no. No soporto verle. ¡Tiene una expresión! Además, él no quiere verme a mí... Estoy muy asustada, don José.

Carmen cerró la puerta a nuestra espalda, sumergiendo el pequeño vestíbulo en una espesa oscuridad. Nos quedamos callados otra vez y la oí sollozar en la penumbra.

Desde el momento en que Carmen nos abrió la puerta, yo tenía la sensación de haber vivido esta escena anteriormente. La presencia del doctor De los Ríos, el hombre enfermo en la cama, la vieja loca y esta otra mujer que cerró la puerta en silencio. Todo venía a convencerme de que había formado parte de las mismas circunstancias algún tiempo atrás, y de que ya sabía y esperaba todo lo que vendría a continuación. Era la extrañísima sensación de ir por delante del tiempo.

Seguí al doctor De los Ríos por un corto pasillo y entré en el dormitorio.

El Cogote yacía en la cama, con las ropas echadas a un lado y la chaqueta del pijama rasgada desde el hombro hasta abajo. Jadeaba fatigado debido a su reciente ataque.

El doctor De los Ríos dijo:

—He traído un amigo para que le conozca. ¿Cómo se encuentra hoy?

Por medio de una palabra obscena, el Cogote nos informó de que estaba acabado.

El doctor De los Ríos me indicó una silla y, sentándose él mismo al borde de la cama, tomó el pulso del enfermo, permaneciendo en silencio con el reloj en la mano.

—¡Ajá! —exclamó al terminar—. ¿Cómo ha pasado la noche?

—Muy mal, don José, peor que nunca. Tuve una terrible pesadilla.

—Está bien, cuéntenos esa pesadilla —dijo el doctor De los Ríos en tono burlón—. Mi amigo, aquí presente, puede hablarle de su pasado, su futuro y su fortuna a partir de un sueño.

El rostro del Cogote sufrió un leve enrojecimiento.

Pero después nos contó su sueño^[1].

En su sueño se encontraba otra vez en la casa en que había vivido de joven con su familia.

Al final del pasillo poseían una habitación que había dado lugar a una suerte de superstición en la familia. A nadie le gustaba y tenían miedo de ella.

Justo ese día había tratado de convencerles, bromeando, de lo absurdo de ese miedo. Les dijo que, para deshacerse de los fantasmas, lo único que había que hacer era enfrentarse a ellos. Dijo que con sólo entrar en la habitación desaparecería el miedo. Él era, entonces, el único hombre de la casa. El padre había muerto y su hermano menor era aún un niño.

Dijo el Cogote:

—En mi sueño estaba jugando con mi hermana. No la más pequeña, sino la otra, ya sabe..., ¿verdad, don José?

El doctor De los Ríos asintió.

—Pero, en mi sueño, mi hermana tenía el rostro de Lunarito, ¿comprenden? Quizá en mi sueño Lunarito era mi hermana... Lunarito ha estado en todos mis sueños. No he logrado sacarla de mi mente desde aquella noche.

En su sueño se ponía a bromear y a jugar con ella, y luego la arrastraba a lo largo del pasillo y, pese a la resistencia casi salvaje que ella oponía, la tomaba riendo en sus brazos y la arrojaba dentro de la habitación:

—¡No!... ¡No! —gritaba ella, pero la puerta se cerraba, silenciando su voz como una lápida. Ya no se la oía más. Indudablemente, presa del pánico, temía despertar con su voz el horror de la habitación.

Él no le daba mayor importancia al asunto. Regresaba con los demás y todos se ponían a hablar sin volver a pensar en el incidente. Pasaba algún tiempo, todos tomaban asiento para cenar y por una de esas cosas inexplicables de los cuentos, nadie la echaba en falta a la mesa. La habían olvidado. Pero la atmósfera era tensa y todos parecían preocupados. Cada cual miraba su plato y nadie hablaba. Ni siquiera creo que comiesen, y si uno pudiese ver mejor en sueños, incluso hubiese podido ver lágrimas en sus ojos.

Al cabo de un rato se oía rascar a la puerta. El sonido era infinitamente leve, pero todos lo oían. Dijo el Cogote:

—Alguien habló, diciendo exactamente estas palabras: «Quizá es un amigo de los niños, tan tímido que no se atreve a tocar el timbre, pero como ellos tienen tanto miedo del pasillo solitario y de la habitación del final, no se atreven a abrir la puerta.»

El pasillo estaba iluminado por una luz tan tenue y triste que todos comprendían, y se producía un largo silencio.

Entonces era él quien hablaba, con una alegría forzada y que sonaba estridente:

—Si ésa es la razón que os impide ir, ya iré yo —y se levantaba tranquilamente y sus pasos resonaban con fuerza. Pero cuando abría la puerta, sólo veía la escalera vacía. En ese momento recordaba y recorría el pasillo hasta el final, quedándose un momento de pie ante la puerta.

Dijo el Cogote:

—Ponía las manos en el frío picaporte y, como si alguien hubiera estado empujando, la puerta se abría y un cuerpo pasaba rozándome y se apoyaba en la pared.

—Era ella... don José... era ella, transformada... como un cadáver. Tenía el cabello blanco. Ni siquiera me miraba.

Sus ojos estaban helados, fijos en una expresión de horror. Se le salían de las órbitas, huyendo del fantasma que la hipnotizaba y que ella llevaba dentro.

«Me has matado... Me has matado...» Ésas eran sus únicas palabras. Mecánicas palabras vacías, como si por una repetición mental se hubiese agotado todo su significado.

Es imposible explicar lo que él sentía en aquel momento. Era una tristeza brutal y desgarradora. En un instante reconstruía toda su vida pasada relacionada con ella. Era tan buena y dulce... Y él había hecho esa cosa horrible. El reconocido amor que sentía por ella le invadía, empapando todo su ser como un chaparrón, y se odiaba a sí mismo como nadie ha odiado en esta vida.

Entonces cambiaba la escena. No había más que un pasillo, largo y cerrado, sin otra puerta, y flotaba esa siniestra luz cenital tan típica de los sueños.

Al instante caía a sus pies, para acariciarla y suplicar su perdón. Pero ella no le veía, sus ojos perdidos en el vacío, y sentía entre sus brazos ese pobre cuerpo flagelado por el pánico, sacudido hasta la última fibra por jadeos agónicos.

Él decía:

—Hermana... mi pobre hermana...

Y ella respondía:

—Me has matado... Me has matado.

Y al fondo del corredor, la puerta seguía abierta.

Al final de su narración, el Cogote estaba visiblemente agitado. Por su rostro se expandía un progresivo rubor. Ignoro qué pensó o sintió el doctor De los Ríos, pero sé que el relato del sueño me impresionó profundamente. De hecho, quedé tan impresionado que no sé claramente lo que ocurrió después. Los recuerdos de aquella última y extraordinaria escena atraviesan en desorden mi mente. Pero de aquella confusión conservo el intenso sentimiento de una profunda comprensión de la verdad que iluminó mi cerebro como una explosión en medio de la niebla, el sentimiento de

estar viviendo un momento de ultrarrealidad que manaba de don José de los Ríos hacia mí.

Recuerdo al doctor De los Ríos mirando al espacio con sus ojos profundamente claros. Y puedo oír, sin ver nada, la voz ronca del Cogote:

—Lunarito, ven a mí. Aun cuando fueras asesinada antes de conocerme. Aun cuando yo te haya vuelto a asesinar en mi sueño. No me dejes. Ven, aunque sea un milagro... ¡Ven antes de que yo muera!

Y entonces se abrió la puerta a nuestra espalda y oí decir:

—Aquí estoy.

El doctor De los Ríos no se movió. Yo me puse de pie y me giré.

En el umbral, con su kimono rojo, estaba Lunarito, su amante.

IV

Y ahora llegamos a la segunda propuesta: cómo el Cogote, o Gastón, el personaje, conoció a Lunarito, la persona real.

Gastón cree que conoció a Lunarito en la calle de Alcalá en una noche lluviosa, pero se equivoca. Gastón conoció a Lunarito en casa de mi amigo don Laureano Báez, y se imagina el resto.

Ocurrió más o menos así:

Un día fui a buscar a don Laureano Báez.

Dicho sea de paso, don Laureano Báez es una de esas personas extraordinarias que surgen en España de cuando en cuando. Su profesión era la mendicidad y vivía de sus ganancias con un lujo considerable. Además, había fundado una escuela para mendigos en la que él y otros profesores por él elegidos enseñaban todos los trucos posibles destinados a despertar la simpatía humana, desde el arte de la declamación al de la contorsión.

Sin embargo, don Laureano no era un mendigo vulgar. Era un artista en su profesión y amaba ésta. Aun después de haber alcanzado el éxito, se negaba a retirarse y, en la época de estos sucesos, era todavía un miembro activo de la clase mendicante, conservando la propiedad de una importante esquina en la zona comercial de Madrid. Pero no es ésta la cuestión.

Don Laureano Báez vivía con una muchacha que lo era todo para él. Esa muchacha era, en una cuarta parte, hija, en otra cuarta parte, esposa, en otra cuarta parte, criada y, en la última parte, secretaria de don Laureano. Se llamaba María Luisa y era realmente importante para el señor Báez. Él, un viejo maestro en el arte de la especulación con la debilidad humana, la había educado cuidadosamente en las cosas de la vida, y ella era una prometedora alumna.

Siendo chica, don Laureano le había inculcado que sus actividades no debían orientarse hacia la limosna, como ella, en su inocente admiración por él, había pretendido, sino más bien hacia el comercio con sus dones.

Don Laureano había dirigido y concentrado la atención de su pupila en un lunar que la naturaleza había puesto en un rincón de su cuerpo. Ese lunar, que por cierto le valió el sobrenombre de Lunarito, habría de ser capaz de grandes hazañas, había pensado don Laureano en su profunda sabiduría, e incluso había establecido las siguientes tarifas:

Por una peseta, el lunar podía ser visto.

Por dos pesetas, podía ser tocado.

Y así en adelante. No hay necesidad de detallar la lista que don Laureano Báez tenía establecida. Basta decir que no había dejado de enumerar un solo uso posible de ese lunar y que, en su lista, don Laureano daba muestras de un asombroso sentido de los valores y de un profundo conocimiento de la naturaleza humana.

Don Laureano tenía razón. El lunar no tardó en contribuir generosamente al capital común. Lunarito llegó a ser una cosa más: la socia de don Laureano, y en calidad de tal le ayudaba en muchos de sus negocios, dentro y fuera de su papel oficial de mendigo, hasta que un día don Laureano hizo algo que obligó a la ley a ofrecerle la elección entre la pena de muerte o la prisión de por vida. Don Laureano, que para entonces era muy viejo, eligió la cadena perpetua, y Lunarito quedó sola para rendir honor y tributo a la memoria de su ídolo y para buscar algún otro amo.

El día en que yo fui a casa de don Laureano Báez, éste no estaba y decidí esperarle. Charlé un rato con Lunarito, que andaba de aquí para allá ordenando la casa, hasta que, sin tener nada mejor que hacer y sin encontrar una sola peseta en mis bolsillos, decidí empezar un relato que me rondaba por la cabeza desde hacía días.

Me senté a la mesa de mi amigo, tomé papel y lápiz, y empecé a escribir:

«Gastón Bejarano volvía a casa una noche cuando topó con una muchacha...»

Lunarito, que era muy mal educada, se me acercó y miró por encima de mi hombro. En ese momento sonó el timbre de la puerta; como supuse que sería mi amigo, me levanté y fui a abrir la puerta.

Era don Laureano, en efecto, y cuando volví a su estudio con él, vi a Lunarito junto a la mesa con el pedazo de papel y una expresión soñadora en los ojos.

Don Laureano dijo:

—Lunarito, ¿ha ocurrido algo en mi ausencia?

Lunarito no respondió, porque no le había oído. No estaba allí. En ese momento vivía en el futuro, paseando con Gastón Bejarano por la calle de Alcalá en una noche lluviosa.

El mendigo

Hace ya tiempo que la mendicidad adquirió alarmantes proporciones en España. Esta situación está hoy definitivamente establecida sobre una base sólida y segura tras haber enraizado profundamente en suelo español. En la actualidad, es una extensa y sólida organización que crece equilibradamente. Mendigar en España, aparte de una ocupación respetable, es un negocio rentable y una profesión envidiable.

Mucho se ha hablado acerca de la corrupción de la mendicidad en España, y éste es uno de los temas generales de conversación y discusión que resuenan en todas las clases sociales, excepto en aquellas integradas por la flor y nata del asunto. Mucho se ha hablado acerca de la sinceridad en la mendicidad española, especialmente desde que la ley prohíbe el ejercicio expreso de esa profesión en su más puro sentido, es decir, sin la ayuda de unas pocas mercancías pequeñas, como, por ejemplo, lápices o cordones de zapatos. Ignoro si tal ley continúa en vigor.

Durante los días que siguieron a la promulgación de esa ley, que concernía tanto al solicitante como al solicitado, cierto individuo llamado García caminaba sin dirección fija, escrutando cuidadosamente los rostros de los transeúntes, con la intención de descubrir a un amigo o conocido, por remotos que fueran, o inclusive un leve parecido con alguien a quien conociese, a fin de abordar a esa persona para pedirle dinero prestado con el que pagar su habitación y su sustento.

García no era un mendigo. No lucía el uniforme. O, dicho de otra forma, García iba bien vestido. García tenía otra profesión que, pese a tener muchos puntos en común con aquélla, no era precisamente la mendicidad. La profesión de García podría parecer a primera vista más brillante que la mendicidad, ya que de un solo golpe y con un poco de suerte podía proporcionarle tantas ganancias como una semana entera de dura y honesta mendicidad, pero, examinada más de cerca, se demostraba menos provechosa a largo plazo, aparte el hecho de que la mendicidad es mejor en principio por no constituir un campo tan restringido.

García pertenecía a una profesión tan popular como la mendicidad y que contaba con unos practicantes tan hábiles como aquélla. García se jactaba de ser uno de sus mejores exponentes, pero ahora estaba descontento y aburrido de ello. Exigía demasiada sutileza y trabajo intelectual, demasiada vigilancia. Este hecho, considerando que García era una de las lumbreras entre los de su clase, demuestra que no era tan rentable como la mendicidad, pues nunca he oído de un mendigo que quisiera dejar de serlo.

Sí, García había decidido dejarlo. En realidad, cierto amigo suyo, un tal don Gil Bejarano, le había ofrecido un puesto en la oficina del Prefecto de Policía, cuñado suyo, en su calidad de experto en huellas digitales. Las huellas dactilares eran la manía de don Gil y le había enseñado a García todo cuanto sabía al respecto, y quizá

más. Don Gil le había ofrecido el puesto a García a cambio de que éste le cediese voluntariamente parte de su sueldo, cosa que García aceptó. Naturalmente, éste era un pacto secreto, del que García esperaba liberarse tan pronto como tuviese listo un plan al efecto.

Pero García no empezaría a trabajar hasta el mes siguiente, y sabía que no cobraría hasta finales de ese mes. Como mucha gente de su posición y categoría, García trataba con extrema delicadeza los asuntos relativos al dinero que ganaría gracias a una profesión tan convencional como la que estaba a punto de abrazar. Cuando don Gil le hizo la oferta, no quiso mostrar la menor prisa o necesidad, por temor a perder el puesto; por el contrario, había actuado despreocupadamente, evitando con todo cuidado plantear la posibilidad de empezar antes. García no quiso que don Gil le sospechase acuciado por el dinero, no fuera a ser que don Gil plantease unas condiciones más duras.

El diálogo que tuvo lugar fue más o menos así:

García: Bah, cuando convenga.

Don Gil: ¿Te va bien el mes próximo?

García: Naturalmente, cuando tú quieras; no hay prisa.

Don Gil: De acuerdo, entonces el mes que viene.

García: Por cierto, ¿podrías dejarme un duro?

Y don Gil había rehusado.

García tenía decidido abandonar su profesión en vista de este último fracaso, y aceptar de una vez por todas la oferta de don Gil. La cosa había sido acordada para el mes siguiente y pasarían seis semanas antes de que García recibiese su paga. Ésa era la razón por la que en el presente instante buscaba alguna víctima a la que infligir la última estocada de la profesión que estaba abandonando.

Sin embargo, la suerte no acompañaba a García, pues hasta el momento no había descubierto un solo rostro que le ofreciese la más mínima excusa para el abordaje. García estaba más bien desanimado. No había comido desde la noche anterior y tenía en el bolsillo exactamente una moneda de cobre de cinco céntimos y una pieza de oro de veinticinco pesetas. Esta última, naturalmente, no contaba, porque García basaba en ella gran parte de su efecto social.

Está muy de moda en España tener una historia sentimental para exhibir en las mesas de los cafés o en un banco del Prado, ya avanzada la noche o en el momento de intercambiar confidencias. El sentimentalismo en torno a *La Madre* es una cuestión de mucho peso en España para exculpar a individuos inexcusables. Uno oye decir con frecuencia:

—Puede ser un delincuente o un criminal, pero ama a su madre. —Y eso lo arregla todo.

Y bien, García, en un momento de esplendor, decidió hacer una inversión. Compró una moneda de oro de veinticinco pesetas que siempre llevaba consigo, y cuando alguien reparaba en ella solía decir:

—Sí —con un suspiro efectista—, mi madre me la regaló el día de mi primera comunión —con sonrisa escéptica—. Siempre la guardaré. Por más duros que hayan sido los tiempos, nunca he pensado en cambiarla. Algunos creen que es una tontería, pero, ¡qué diablos! Una madre es una madre, y ya se sabe que sólo tenemos una — (un profundo silencio y una expresión soñadora). García siempre había considerado un fracaso en su profesión el no ser capaz de provocarse unas lágrimas a voluntad.

Y ahora García consideraba la posibilidad de tener que cambiar la pieza de oro de veinticinco pesetas y quedarse sin su historia sentimental, ya que ahora tenía un trabajo y podía pasarse sin ella. Y en ello andaba ocupado cuando fue abordado a su vez por un mendigo.

El primer impulso de García fue soltar una larga y profunda carcajada, pero, sabiendo que un caballero nunca debe tomarse tales libertades con un mendigo, reprimió su deseo. Además, caso de negarse, su situación financiera podía parecer sospechosa. Incluso la opinión de un mendigo desconocido tiene su peso en ocasiones. Así pues, García arrastró al hombre hasta un portal (pues estaba prohibido dar limosna en público) y le dio la moneda de cinco céntimos.

Inmediatamente se dirigió a un café al otro lado de la calle para cambiar su moneda de oro.

Con gesto heroico y decidido, que debía poner fin a su pasado, García arrojó la moneda sobre el mostrador.

—Cambio, por favor.

El hombre miró a García desde el otro lado del mostrador.

—¿Cambio de qué? —gritó fuerte, brutal y cruelmente...

García miró la moneda y cayó en la cuenta de que le había dado al mendigo la pieza de oro^[2]. Sin hacer caso de la mirada al otro, García recogió su moneda y salió del café corriendo como un poseso.

—¡Será mejor que la próxima vez le pongas más arena a esa perra chica! —le gritó el otro a su espalda.

En dos saltos, García se plantó en el lugar del accidente, pero el mendigo había desaparecido. Se informó por medio de otros mendigos sobre las costumbres de un hombre de tales y tales características.

—Siempre cierra a las seis —dijo desde el suelo un hombre sin piernas—. Él tiene este puesto durante el día y yo por la noche.

Otro mendigo le dio el nombre y la dirección y le explicó, por medio de su única mano, cómo llegar hasta allí.

—Una limosnita, por amor de Dios —dijo el individuo sin piernas.

—Perdona, hermano —contestó García echando a andar. No quería desprenderse de su única moneda.

García se encaminó a la dirección que le había sido dada con el corazón parándosele a cada paso. Se quedó sorprendido de encontrarse en una zona próspera

de la ciudad, mucho más opulenta que aquella en que él vivía. La dirección resultó corresponder a un moderno edificio.

García dudó frente al portero, y si éste no llega a advertir su presencia, hubiese dado media vuelta.

Sin embargo, el portero le vio y preguntó:

—¿Qué desea, caballero?

Era demasiado tarde. García preguntó como simple formalidad, estando perfectamente seguro de la respuesta:

—¿El señor don Laureano Báez?

—Principal derecha —fue la lacónica contestación.

García quedó asombrado. Ascendió dos tramos de escalera haciéndose a cada escalón diferentes conjeturas. Apretó el timbre de la puerta de la derecha y, antes de que hubiese tenido tiempo para pensar qué decir si ese Laureano Báez no era Laureano Báez, una muchacha abrió la puerta.

—¿El señor don Laureano Báez?

—Sí, pase usted.

García avanzó por el alfombrado pasillo, sintiéndose un intruso y sabiendo lo falso de su situación cuando dejase anonadado al respetable e importante ciudadano don Laureano Báez con su estúpida demanda.

—¿Tiene la amabilidad de pasar al comedor? Está cenando y le recibirá allí.

García vio una salida:

—Oh, no quisiera interrumpirle ahora. Volveré en otra ocasión. No sabía estar molestando. Si lo llego a saber...

Pero la muchacha no le dejó marcharse. Él insistió y ella persistió, de forma casi diabólica, en opinión de García.

Entonces fue introducido en el comedor, y allí estaba su hombre.

Acostumbrado como estaba García a recordar el rostro de la gente, al principio no lograba conectar las dos personas, tan asombrosa era la diferencia de aspecto. Estaba frente a un respetable y venerable caballero de avanzada edad, vestido con muy buen gusto y sentado ante una copiosa cena en la que el rápido ojo de García descubrió una botella de excelente vino de Rioja, otra de ojén y los restos de un pollo recién asado.

Lo menos que puede decirse es que García estaba deslumbrado. Estaba seguro de encontrarse en presencia, como mínimo, del ministro de Hacienda.

Pero el hombre también le reconoció a él, y se puso de pie, muy educado:

—Hombre, ¿cómo está usted? Siéntese, siéntese. ¿Tomará un bocado? Es un cliente —le explicó a la muchacha.

—Ah, ¿sí? —dijo ésta con aire solícito.

Todo esto debiera haber hecho desvanecer las últimas dudas en la mente de García, pero ahora se sentía pequeño y disminuido, como un pobre hombre que ha ido en busca de un favor o de una recomendación, en lugar de un reembolso. No sabía cómo empezar y cayó sobre la silla que la chica empujaba contra la parte

posterior de sus piernas. Desde que entregara la moneda a ese hombre, ahora sentado enfrente de él, cada uno de sus movimientos había sido forzado. Sabía que se hallaba ante un personaje superior que desde hacía una hora más o menos había estado jugando con él³¹. Debido a una confusión de ideas, muy natural en su condición, García atribuía el resultado de meras coincidencias a la poderosa voluntad que emanaba esa fuerte personalidad que le había atrapado en su guarida. El hombre le observaba sin disimulo y con una sonrisa alegre. Pero García no se puso a toser ni a tragar saliva, sino que empezó:

—Confío en que no considerará una impertinencia el que...

—Naturalmente que no —exclamó el mendigo, sin esperar a oír cuál pudiera ser la impertinencia, y llenó de ojén un vasito y se lo ofreció a García, al tiempo que empujaba hacia él una cajetilla dorada.

García se tragó el ojén y rechazó los cigarrillos. Tras los pasados incidentes necesitaba un reconstituyente y algo que le diese coraje para continuar. El ojén debía de ser fuerte porque García ya no dudó más y desnudó su alma:

—Me alegra comprobar que me recuerda. Esta tarde yo le di una moneda.

El mendigo movió la cabeza de forma afirmativa. García escanció un poco de ojén en el vaso del mendigo y luego llenó el suyo.

—Lamento verme obligado a dar este paso, pero esta tarde le di por error una moneda de oro de veinticinco pesetas.

El mendigo alzó las cejas y abrió la boca, pero García no le dejó hablar.

—Naturalmente, no es por el dinero. Nunca intentaría recuperar lo que he dado, aunque sea por error —García vació su vaso y el mendigo le imitó, disolviendo su acción con un gesto indicando que ni por asomo dudaba de su invitado.

—Excelente ojén —exclamó García.

—Ojén Morales —fue la complacida respuesta.

—Como estaba diciendo, no es por el dinero, naturalmente, ya sabe usted. Pero esa moneda no es como las demás...

El mendigo se puso de pie:

—Querido amigo, no tiene que darme explicaciones. Un error, con eso es más que suficiente. Todos cometemos errores. —Se volvió hacia la muchacha—: Lunarito, tráeme mi traje de pedir. —Dirigiéndose a García—: Todavía no ha vaciado los bolsillos. Su moneda aún debe de estar...

García también se puso de pie.

—Naturalmente, no es por el dinero, don Laureano —miraba amistosamente a su huésped—, y no osaría pedirle que me la devolviera sin ofrecerle una explicación. Esa moneda significa mucho para mí.

—No lo dudo —dijo el mendigo sin comprometerse, al tiempo que rellenaba el vaso de García y luego el suyo.

Lunarito regresó cargando con dificultad un montón de harapos sorprendentemente pesados, sin duda el traje de pedir, y los dejó en brazos del

mendigo como un monaguillo dejaría la casulla en las manos del sacerdote. El mendigo despejó una parte de la mesa y fue vaciando los bolsillos uno por uno.

No tardó en haber sobre la mesa una pila de monedas, una pila de dimensiones tales que resultaba difícil de entender que hubiera podido salir de esos harapos que ahora colgaban inertes.

García divisó su moneda entre la abundancia de perras chicas, pero era demasiado delicado para tomarla. En lugar de ello, se bebió su vasito de ojén, contemplando a hurtadillas su moneda.

También el mendigo la vio.

—¡Ajá! ¡Aquí está! Como puede ver, casi siempre nos dan cobre —le entregó su moneda a García—. Lamento que haya tenido que venir hasta aquí, aunque sea un placer tenerle con nosotros.

Tanta generosidad por parte de su huésped fue demasiado para García. Sentía decrecer la importancia de la moneda y sentía la mayor de las admiraciones por el hombre que tenía enfrente. Era consciente de notables cambios en su interior, era consciente de que estaba teniendo lugar una revolución en su cerebro, y de pronto se puso sentimental. Ahora consideraba que su más importante hallazgo del día no había sido el de su moneda de oro sino el de ese gran personaje cuya existencia en el mundo no podía ni sospechar. La franca y sólida figura del mendigo permanecía en pie frente a él, inclinada sobre la mesa anegada de monedas. García nunca había visto tanto dinero de una sola vez. Se echó hacia atrás en su silla y contempló al mendigo con la boca abierta y sacudiendo la cabeza con una sonrisa seráfica.

—Lunarito, recoge el dinero y mételo en el cajón.

—Nunca hubiera aceptado que me lo devolviera... pero esta moneda...

—Cambiemos de conversación, por favor —el mendigo volvió a sentarse.

García insistió, dándole vueltas a la moneda entre sus dedos.

—No, debo decirle... Sí, su generosidad... —Se sentía elocuente, pero por alguna razón los pensamientos huían de su mente, parecían pensamientos con voluntad y palabras propias que amenazaban con fluir de su boca haciendo caso omiso de su capacidad crítica, que parecía débil.

El mendigo le miraba con sonrisa indulgente. García hizo un esfuerzo. Se llenó el vaso y lo vació.

—Sí... mi madre... —García intentó un suspiro. Su garganta se cerró y lo sofocó—. Mi madre me la entregó el día de mi primera comunión —intentó la sonrisa escéptica, pero supo que sólo le había salido una mueca—. Siempre la conservaré. —No lograba recordar el discurso que tantas veces había largado; había algo más que deseaba decir—: Hay quien lo encuentra estúpido... sí, como sabe, madre sólo hay una... ¡Oh!... sólo hay una... —Sintió que se ahogaba y por una vez las lágrimas vinieron en su ayuda. No, para arruinar su actuación, para traicionarle. No se sabía capaz de hacer salir lágrimas y ahora desearía...

El mendigo le contemplaba desde el otro lado de la mesa con aquella profunda y sabia sonrisa suya, y había grandeza en su semblante. García se sentía pequeño y mezquino frente a ese hombre. Sabía que el mendigo podía leer en su interior, que se reía de él y de sus esfuerzos y sus fallidos intentos de utilizar la hipocresía, y que se resentía de ver tan groseramente ofendida su inteligencia. García supo que él era un pobre aficionado frente a un gran maestro en un oficio más grande que el suyo, un gran oficio; un hombre al que le habían encanecido los cabellos jugando con la simpatía humana y los sentimientos; un hombre que comprendía y con el que toda su farsa era innecesaria e inútil.

Y el mendigo le contemplaba y le sonreía con indulgencia, casi como de padre a hijo, mirando en su interior, mirando en su interior para ver, más allá de ese miserable García, los infinitos Garcías con los que se había encontrado en su larga e intensa vida, disgustado al comprobar que la gente siempre es falsa y débil, que carece de valor para ser franca y que un hombre puede rebajarse a sí mismo para intentar engañar a un maestro, todo por una pequeña moneda de oro. Y García no pudo soportar los ojos sonrientes del mendigo y sintió que la sangre le subía a las mejillas; sintió vergüenza, otro sentimiento nuevo que debía a ese hombre extraordinario, y un insoportable deseo de ser sincero, de confesarse ante esa alma comprensiva; sintió arrepentimiento y las lágrimas se abrieron paso dulcemente... Entonces, García rompió a llorar a gritos y se inclinó por encima de la mesa y tomó la mano del mendigo.

—Esa historia que le he contado de mi madre entregándome la moneda, no es cierta... no es cierta... no soy más que un sucio mentiroso... he pagado su generosidad con una mentira... Mi madre nunca me dio una moneda así, la compré yo mismo —la expresión de García era ahora de lo más cómico, tratando de componer una mirada de súplica al tiempo que la saliva le corría por las comisuras de la boca—. Mi madre no me la dio. Lo he dicho sólo para impresionar y no era más que una mentira... perdóneme; usted es un gran hombre y puede perdonar, usted comprende... Le admiro, don Laureano, estoy orgulloso de ser su amigo... Yo...

El mendigo asumió una expresión bastante parecida a la que él creía que García esperaba. Con su mano libre, dio unos golpecitos en la mano a García:

—No necesitas explicármelo, muchacho —a García le encantó eso de *muchacho*—. Ya te dije que no había necesidad de explicaciones. Naturalmente, comprendo, pero no temas. Al fin y al cabo, para mí todo es lo mismo. En realidad, no es asunto mío. La moneda es tuya, me la diste por error... y todo lo demás es... innecesario... —Se llenó el vaso y se lo bebió.

—Nunca hubiera aceptado que me la devolviera... pero ahora voy a ser franco con usted. Es todo cuanto tengo. Estoy arruinado. No he comido desde anoche porque, en mi estupidez, pensé que la moneda era más rentable en mi bolsillo que en mi estómago. De hecho, no tenía más que esa moneda y otra de cinco céntimos, que

era la que pretendía darle a usted —García sacó la pieza de cobre—. Aquí la tiene... quédesela... era lo que pretendía darle.

El mendigo empujó la moneda en sentido contrario.

—Usted la necesita más que yo. No podría aceptarla después de lo que me ha dicho.

—Pero es su profesión y éste es un asunto de negocios; no puede negarme este placer, déjeme al menos sentir...

—Imposible. Sería un crimen; me hace comprender cómo muchas veces hombres que necesitan el dinero más que nosotros vienen en nuestra ayuda y mantienen el negocio... Imposible, imposible. Guárdese, sería un crimen.

El ojén estaba surtiendo efecto en ambos. El mendigo sentía ahora por ese extraño una simpatía que nunca antes había sentido por nadie. Sentía amistad por ese joven que había acudido a él con ánimo de engaño y que luego se había derrumbado, llorando con amarga sinceridad ante su obvia superioridad. Un tremendo afecto por ese honesto joven que le reconocía su indudable grandeza; una tristeza infinita por ese pobre ser que no había comido desde la noche anterior y que le había ofrecido una limosna en un momento en que para él significaba dar por caridad su última pieza de dinero negociable. Sentía tristeza por ese hombre que, impelido por la necesidad, estaba a punto de cambiar una moneda en la que había basado todas las transacciones de su vida pasada... Y sentía asimismo admiración por ese joven que, con el estómago vacío, tenía la presencia de ánimo suficiente como para admitir su hipocresía y traicionarse, porque con asombrosa intuición había reconocido en él al gran hombre. Y las lágrimas afluyeron a los ojos del mendigo.

—¿Y dice que no ha comido desde anoche?

—Sí... ¿sabe?... he aceptado un trabajo, pero no empiezo hasta el mes próximo. Ahora no tengo dinero y no quería cambiar esta moneda porque dependía del cuento sentimental relacionado con ella para pedirles dinero prestado a mis amigos. Pero su grandioso ejemplo me ha abierto los ojos. Ahora cambiaré la moneda y nunca volveré a pedir prestado. He aceptado un puesto y trabajaré honestamente por mi dinero... ¡Usted me ha salvado!

—Sí, amigo mío, tiene usted razón; debe trabajar honestamente; siga mi ejemplo; es duro, lo sé. Normalmente trabajo desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, pero produce satisfacción saber que te has ganado un modesto pasar y que no le debes nada a nadie...

Se miraron y lloraron de nuevo en silencio. Por último, el mendigo repitió estúpidamente:

—¿Y dice que no ha comido desde anoche?

García asintió con la cabeza.

—¡Lunarito! —gritó de pronto el mendigo con voz rota.

Lunarito apareció en la puerta y los miró a ambos, perpleja. Se estrechaban las manos y tenían las mejillas húmedas de lágrimas.

—Lunarito, sirve otro plato. Este caballero va a hacerme el honor de cenar conmigo. Y trae otra botella de ojén.

Lunarito trajo el plato y la botella, y García empezó a comer en silencio; se sentía terriblemente hambriento; el ojén había despertado su apetito, que llevaba largo tiempo dormido por falta de atención. El mendigo le miraba comer con expresión tierna. Cada vez que García alzaba los ojos del plato, el mendigo los buscaba con expresión maternal y llenaba de ojén los vasos de ambos. Finalmente volvió a gritar:

—Lunarito, Lunarito, trae otro vaso.

Lunarito apareció con un vaso en la mano y una inescrutable expresión en su rostro. García levantó los ojos del plato. El mendigo sonreía:

—Un brindis, un brindis... Finalmente ha llegado la hora del reconocimiento entre dos clases sociales —se dirigía a García, que se puso de pie, y llenó los tres vasos.

—Por usted, amigo mío, mi hermano... —Todos bebieron, Lunarito por obediencia.

García sintió la necesidad de hacer una referencia a la política, como le ocurría siempre cuando oía la palabra *clases*:

—Si el gobierno supiera...

El mendigo rodeó la mesa y se acercó confidencial a García. Lunarito volvió a desaparecer.

—Qué importa el gobierno, muchacho... ¿dice usted que está arruinado? —le susurró.

—¿Qué ha dicho?

—Que no tiene dinero —explicó el mendigo.

—Oh, sí, estoy arruinado, pero voy a cambiar la moneda y con eso podré tirar...

—¿Cambiar la moneda? No, muchacho, ni piense en ello. ¿Dice que se la dio su padre el día de su cumpleaños?

—Sí, pero ya le he dicho... No empiezo a trabajar hasta...

—No se preocupe por eso, jovencito; después de todo, padre sólo hay uno...

García emitió un sonido ambiguo.

—Por más que podamos abrigar dudas acerca de las circunstancias particulares, muchacho, padre sólo hay uno... Debe guardar la moneda —el mendigo sacó la cartera—. ¿Cuándo dice que empieza a trabajar?

—El mes próximo... pero...

El mendigo sacó un puñado de billetes y se los ofreció a García sin contarlos.

—Aquí tiene, muchacho, esto le ayudará mientras tanto, y si necesita algo...

Si alguna vez ha habido en este mundo una mirada de agradecimiento, fue la que García le lanzó al mendigo. Volvió a ponerse de pie, con la boca temblorosa, y abrazando a su benefactor, le cubrió el hombro de nuevas lágrimas. Gemía en voz alta, dando las gracias a gritos. Finalmente, cayó de rodillas e insistió en besar la mano del mendigo.

Lunarito volvió a aparecer en la puerta y sus ojos revelaron la más cómica de las sorpresas. Después, García se levantó y Lunarito vio a los dos hombres alejarse por el pasillo, oyó abrirse la puerta y sus voces:

—Nunca hubiera aceptado de usted...

—Si algún día necesita algo, venga a mí como si yo fuera su padre.

—Es usted el hombre más grande que jamás he conocido.

—La hora del reconocimiento ha llegado.

—Si el gobierno supiera...

—Qué importa el gobierno, muchacho. Después de todo, padre sólo hay uno.

Y Lunarito oyó cerrarse la puerta.

Huellas dactilares

El origen de la teoría de las huellas dactilares ha sido reclamado por varios países. España es uno de ellos, y el responsable del descubrimiento fue cierto dibujante, muy hábil con el lápiz en los trabajos de detalle, y responsable asimismo de una serie de sellos con la imagen del rey.

El hijo del precursor español de la teoría de las huellas dactilares estaba muy orgulloso de su padre. O, más bien, estaba orgulloso de ser hijo de tan gran hombre. En una palabra, estaba orgulloso de ser don Gil Bejarano y Roca, hijo de don Esteban Bejarano y Ulloa, el descubridor español de la teoría de las huellas dactilares.

No se sabe si don Esteban Bejarano y Ulloa llegó a calibrar, o siquiera a sospechar, la importancia de su descubrimiento para la criminología. Su principal objetivo, al parecer, era sencillamente la identificación de una persona determinada o la inequívoca diferenciación entre varias personas. Pero existen serias y profundas razones para negar que en su subconsciente durmiera el principio que tejería una sutil amenaza de crimen y desgracia contra las futuras generaciones de la familia Bejarano tal y como han afirmado, con intención de desprestigiar, personas supersticiosas y celosas.

La familia Bejarano siempre fue más bien oscura e insignificante. Pertenecía a la clase media, un término que en España posee un significado más triste que en ningún otro lugar, debido a la fatal e impercedera disposición de las clases. Es difícil para una persona ascender en España, ya que, hasta hace muy poco, el dinero era un factor desprovisto de verdadero peso social y el matrimonio una de las pocas vías seguras de ascenso para una familia.

Es por lo tanto a todas luces sorprendente el que don Gil Bejarano pudiera estar tan orgulloso de su padre, que para él las huellas dactilares significaran más que para los demás, y que considerase este descubrimiento la base de sus esperanzas de ascenso social. Para don Gil, las huellas dactilares eran el elemento que permitirían que su apellido sobresaliese un poco por encima de la medianía que él, como todos cuantos pertenecen a ésta, odiaba tanto. Para don Gil, el descubrimiento de su padre era el primer escalón para sus esperanzas escaladoras y una inversión de valor incalculable. Las huellas dactilares eran algo que distinguía su apellido de la infinita cantidad de apellidos tan vulgares como Bejarano, sin lo cual se hubiera visto sumergido en el océano de la mediocridad. El del propio Bejarano era un caso en el que las huellas dactilares habían probado su inestimable valor. En ellas basaba su identidad. Las huellas dactilares lo eran todo para don Gil, y había basado su existencia entera en el descubrimiento de su padre.

Don Gil adoraba las huellas dactilares, y no pensaba en otra cosa; eran su principal tema de conversación. Durante diez años había hecho cuanto estaba en su

poder para que la monografía de su padre sobre el asunto, que él siempre llevaba consigo, fuese traducida a todas las lenguas. Se había dirigido a un ciudadano alemán al que descubrió en el Prado haciendo una copia de un Velázquez para proponerle que tradujese al alemán la monografía. El alemán no se mostró muy entusiasmado, pero don Gil estaba ciego respecto de todo cuanto concerniese al asunto y se convenció de que un encogimiento de hombros era la forma que tienen los alemanes de mostrar el más arrebatador entusiasmo. Don Gil había escrito innumerables artículos encaminados a demostrar de forma concluyente que su padre era el único y genuino precursor de las huellas dactilares y que todos los demás no eran sino falsarios e impostores. Don Gil tuvo que gritar y dar puñetazos en veladores de café. Como un auténtico patriota español al que sólo importaba su país, había insultado a España. Decía que los españoles eran descuidados y perezosos, que nunca encumbraban a las glorias nacionales ni se autoafirmaban frente a las demás naciones. Don Gil decía estar seguro de que si su padre hubiese sido francés o inglés, el mundo entero sabría que era el gran descubridor de las huellas dactilares. El patriotismo y la manía de las huellas dactilares se habían fundido en don Gil para dar un producto deplorable. Muchos españoles de la generación anterior solían atribuir al patriotismo la mayoría de sus actos. Y don Gil daba puñetazos en los veladores y gritaba e insultaba a España. Afortunadamente, los españoles son indiferentes y los veladores, fuertes.

Don Gil llevaba ahora cinco años trabajando con el propósito de obligar a todo el mundo a registrar sus huellas dactilares en la oficina del Prefecto de Policía, que en aquel momento era su cuñado. Insistía en que era una medida necesaria y él mismo encabezó el movimiento haciendo registrar sus propias huellas. El pueblo español es reacio a todo lo que huele a compulsión o a método comunitario. El pueblo siente horror por todos los asuntos relacionados con la ley y por cualquier cosa que tenga que ver con la policía. En aquella época, las huellas dactilares habían adquirido ya un sentido restringido y la sombría reputación de estar íntimamente relacionadas con el mundo del crimen. Aquel que tuviera sus huellas registradas, empezaría a sentirse sospechoso, un criminal en potencia y, como resultado de ello, las únicas huellas dactilares que había en la oficina del Prefecto de Policía eran, aparte de las de los criminales, las de don Gil. Cosa que don Gil consideraba una prueba irrefutable de que él era el único ciudadano con fe y el único patriota en España, aparte del joven rey, cuyas huellas, por cierto, no estaban registradas.

Don Gil mantenía discusiones sin fin con su cuñado acerca del tema, pero, con la perseverancia que le caracterizaba, don Gil acabó convenciendo al Prefecto de Policía de la infalibilidad de las huellas dactilares. Al finalizar su última discusión, el Prefecto le dio unos golpecitos en la espalda a su cuñado y dijo:

—Si yo tuviera tu tenacidad, bien pocos criminales se me escaparían.

Y don Gil adoptó ese aire de benevolencia que solía asumir cuando lograba resolver un caso abstruso.

—Benito, las huellas son infalibles. —Era don Gil quien hablaba—: Si una persona estuviese en China —porque para don Gil, como para la mayoría de los españoles, China era el mejor ejemplo de lejanía—, y mientras estuviese allí, no antes ni después, aparecieran sus huellas en un lugar determinado de Madrid, él y nadie más que él habría podido dejar dichas huellas, y yo le diría: «Usted es el propietario de las huellas.»

El Prefecto de Policía fue presa de profundo horror ante tan ominosa afirmación. Bajó la cabeza en signo de admirativo acuerdo. Sentía el peso de su responsabilidad ante la eventualidad de un caso como el de esa persona de China. ¿Cómo podía él condenar a una persona que estaba en China debido a un crimen que había tenido lugar en Madrid? Don Benito se encogió aún más.

Don Gil le presionó, poseído por una salvaje crueldad contra el que estaba en China:

—Supongo que dudarías ante un caso así. Pues bien, permíteme que te diga que no tiene sentido dudar acerca de un veredicto cuando puedes basarlo en las huellas dactilares. Yo no dudaría, y le diría a esa persona de China...

Don Benito ya estaba conquistado. Como policía que era, la persistencia y el no razonamiento eran una forma de conquistarle. Sentía que las huellas dactilares eran una enorme contribución, si no a la justicia, al menos a aquellos que la administraban. Sentía que las huellas dactilares, en caso de duda, facilitarían por completo la tarea de la conciencia y liberarían a ésta de la tarea de discriminar. Don Benito no podía encogerse más. Su cuñado estaba doblado sobre él y gesticulaba como una temible personificación de la justicia divina, gritándole a la cara y apuntándole con dedo acusador, como si viera en él al individuo de China. Don Benito únicamente pudo murmurar:

—No veo con qué derecho podrías inmiscuirte en los asuntos de esa persona de China.

Pero don Gil sabía que había vencido y optó por no hacer caso de esa última objeción sin valor que, además, no tenía relación directa con el asunto.

—Benito, pásate por casa el miércoles por la noche; ya sabes que todos los miércoles por la noche jugamos a las cartas. Estará el padre Inocencio. Tú y él tenéis algo en común. Tú amenazas a los transgresores con la cárcel y él con el infierno —don Gil sonrió mientras su mente formaba una serie de comparaciones que él consideraba al tiempo profundas y satíricas—. Además, Felisa opina que para ser un hermano vienes a verla raras veces.

—Ella sabe tan bien como tú lo ocupado que estoy. En realidad, Gil, a veces no salgo de la oficina hasta las doce o la una de la noche. Pero dile que haré todo lo posible por ir el miércoles.

Don Gil metió la mano en el bolsillo muy lentamente y don Benito hizo un gesto magnánimo:

—No te preocupes. Pagaré el café.

Éste era un rito que siempre tenía lugar cuando el Prefecto de Policía y don Gil iban juntos al café, y don Gil lo seguía con otro rito:

—Por cierto, Benito...

—¿Cuánto necesitas, Gil?

—Con veinticinco pesetas me arreglaré. Se trata de...

—No me expliques nada, por favor, Gil, es una nimiedad —y don Benito sacó su cartera y entregó las veinticinco pesetas como quien las tira en un pozo sin fondo.

—Gracias, Benito. Te las devolveré el miércoles.

—Si no las pierdes a las cartas antes de que yo llegue.

—Venga hombre, ya sabes que sólo jugamos con garbanzos.

Ambos se echaron a reír y se separaron.

Camino de casa, don Gil compró el periódico. Lo hojeó rápidamente. Hacia el final, encontró su artículo, el último de una serie en la que demostraba la legitimidad del descubrimiento de su padre, su importancia y su infalibilidad. Era el último artículo. Ahora ya estaba preparado para recopilarlos y publicarlos en forma de libro junto con la monografía de su padre. Confiaba en que Benito le prestase el dinero con que pagar a los editores. Él no había estado toda la tarde hablando, argumentando y convenciendo para nada. Después de todo, esta vez, el dinero sería para la causa. ¡Y Benito le había prestado muchas veces dinero para cosas que no podían compararse con ésta! Esta vez era para la causa, para la gran causa de su vida. Su padre no había sido reconocido nunca, pero ahora iba a ser diferente. El apellido Bejarano sobresaldría. Los Bejarano iban a ser una familia de importancia en España. No podía permitir que el recuerdo de su padre muriese en la oscuridad. España había dado demasiadas glorias olvidadas y demasiados genios no reconocidos. No dejaría que su padre fuese a unirse en el olvido con los Peral y los Losada. Don Gil lo basaba todo en la publicación de su libro, titulado *Huellas dactilares*, que como tantas veces había dicho él, era un título sencillo, corto y chasqueante, que calaba hondo. Si su padre hubiera tenido ideas tan modernas como las suyas, no hubiese permanecido tanto tiempo sin ser reconocido. Don Gil estaba seguro de que el Prefecto de Policía le prestaría el dinero. Acarició las veinticinco pesetas en el bolsillo. Sí, le había prestado ese dinero sin explicaciones; ¿por qué no habría de prestarle dinero para una gran causa, para algo que le haría sentirse orgulloso de tener una hermana casada con un Bejarano? Y don Gil decidió que ya le había dado suficientes vueltas al asunto y se puso a leer el último artículo de su serie, titulado «Huellas dactilares, un antídoto seguro contra toda coartada».

El miércoles por la noche, don Gil estaba en casa. Vivía con su esposa Felisa y cuatro hijos: dos chicos, Gastón y Pepe, y dos chicas, Mignon y Carmen. Ahora bien, don Gil detestaba todo lo que sonase a francés. Como auténtico patriota, no se rebajaba a razonar su repugnancia: odiaba lo francés simplemente por ser francés. Su esposa, por su parte, sentía una sincera admiración por los vecinos del otro lado de

los Pirineos, pero como mujer que era no hacía uso de mayor razonamiento en pro de su preferencia. Sencillamente, le gustaba lo francés por ser francés.

Tal disparidad de opiniones era la base de la mayoría de sus discusiones y había arrojado las pocas nubes que ensombrecían el por otra parte límpido cielo de su vida matrimonial. Cuando nació su primer hijo, discutieron largamente acerca del nombre y, finalmente, acordaron que los nombres de los hijos serían escogidos alternativamente por cada uno de ellos (la señora Bejarano no imitaba en todo a los franceses). Felisa, por ser la dama, obtuvo el derecho de elegir primero. El primogénito fue chico, luego nacieron dos niñas y finalmente otro chico. Y de esta manera fueron nombrados. Felisa eligió dos nombres que le sonaban deliciosamente franceses. Don Gil buscó dos nombres típicamente españoles. Pero, en adelante, don Gil solía decir: «Felisa, tu hijo Gastón, o tu hija Mignon, ha hecho esto y aquello.» Y su mujer nunca se olvidaba de decir: «Gil, tu hija Carmen, o ese hijo tuyo, Pepe, han hecho esto y aquello.» Y siempre hubo unos celos latentes relativos a la educación de los hijos, que, afortunadamente, nunca sobrepasaron los límites del humor hasta el día en que el tío Benito, que también detestaba a los franceses, se ofreció a enviar a Pepe (el Españolito, como le llamaban) a una escuela inglesa. Ello provocó una seria disputa familiar que durante años fue traída a colación toda vez que tuviese lugar el más mínimo desacuerdo.

El miércoles por la noche, don Gil estaba en casa. Estaba sentado a la mesa camilla junto a otros dos invitados, uno de ellos un sacerdote, el padre Inocencio, y Felisa. Estaban jugando a las cartas, tal y como don Gil anunciara. De cuando en cuando, don Gil levantaba las faldas de la camilla y avivaba el brasero.

—Los inviernos de Madrid cada vez son más traicioneros.

—La cuesta de enero, como llaman a esta parte del año, siempre es mala. La brisa del Guadarrama no apagará una vela, pero puede matar a un hombre.

—Eso son supersticiones; no hay nada como un periódico viejo debajo de la camisa para desafiar todas las brisas del Guadarrama.

Don Gil se enderezó.

—Venga allá, puesto que sale el tema, no hay nada como la clásica capa española, que por desgracia cada día es menos popular, debido a la invasión extranjera. La capa española crea una atmósfera cálida en torno al cuerpo que...

—Ya lo hemos oído cientos de veces, Gil. Volvamos al juego —le interrumpió Felisa.

Jugaron en silencio durante un rato. El padre Inocencio ganó varias bazas y dijo distraídamente:

—Sí, los inviernos en Madrid cada vez son peores...

—Padre Inocencio, está usted ganando, como de costumbre.

—El Señor protege a los inocentes, hija mía.

—¿A quién le toca dar?

—A mí —dijo el otro invitado, recogiendo las cartas para barajarlas.

—¿Ha leído mi último artículo en *La Gaceta*?

—Sí, y me parece un tanto fatalista, ¿no cree?

(Se oyó la voz de Carmen desde la habitación contigua sofocada por una risa masculina.)^[4]

—Me parece que Gil se está tomando demasiadas molestias con ese asunto. Le tengo dicho que no se caliente los cascos porque nunca lo conseguirá. El público español es demasiado apático. Si estuviéramos en Francia...

—Pero lo está consiguiendo, doña Felisa. Mire, los archivos de la oficina de su hermano están repletos, cuando hace un año no había ni tres huellas dactilares registradas.

—Al menos podría sacar algo de ello, pero es demasiado quijotesco. Ha llegado a recomendar a ese García para un puesto de experto que, en mi opinión, debiera haber sido para él. Eres muy poco práctico, Gil.

Don Gil se dirigió al padre Inocencio por ser la persona más importante de la reunión:

—No podía aceptar ese puesto, aunque sé de huellas dactilares más que nadie en España. Hoy en día la gente ve favoritismo en todas partes y se podría pensar que estoy utilizando la influencia de Benito. Lo cual no sería bueno para él, después de todo. García es un buen chico y conoce su trabajo, que es más de lo que se puede decir de la mayoría de los españoles.

—Lo que lamento —dijo el padre Inocencio—, es el giro que están tomando las cosas. Se ha concentrado demasiado, don Gil, se ha concentrado por entero en la aplicación del descubrimiento de su padre a la criminología. Es malo, en mi opinión, recordar constantemente a la gente los pecados que se cometen en el mundo —el padre Inocencio se volvió hacia el otro convidado—. Incluso lo que usted dice acerca de esos registros que se han logrado en un año, sólo tiende a resaltar el número de transgresores que existen. Una triste constatación, hijo mío, una triste constatación.

—Naturalmente, usted cree que la ignorancia es una bendición.

—No veo que el conocimiento haga excesivo bien. Al fin y al cabo, sólo quedan registradas las huellas dactilares, pero los dueños de las mismas están libres. Tengo para mí, don Gil, que el descubrimiento de su padre era demasiado amplio para restringirlo sólo a la criminología.

—Lo sé, padre Inocencio, lo sé demasiado bien. Pero, ¿qué ocurre? No hace mucho llevé a cabo un intento de registro de las huellas dactilares de todos los ciudadanos. No quería asociar totalmente el descubrimiento de mi padre a la criminología. Después de todo, era una asociación sórdida para tan gran descubrimiento. Pero la cosa ha tomado ya demasiado cuerpo en el extranjero y la asociación está establecida. Este público no sólo es apático, sino que es supersticioso, y usted lo sabe mejor que yo, padre Inocencio. El resultado de mis esfuerzos es que mis huellas dactilares son las únicas, entre las registradas, que pertenecen a una persona inocente.

—Sí, todos piensan que sólo por tener registradas las huellas se van a meter en líos y que se van a convertir en sospechosos. Estoy seguro de que se sienten criminales en potencia y temen convertirse en criminales sólo por tener registradas sus huellas.

—Es cierto, naturalmente. Cuando hice tomar las mías, un amigo me dijo que tendría problemas. La gente es totalmente supersticiosa.

El otro invitado, que había estado todo el rato barajando las cartas, empezó a repartir.

—Por cierto que Benito parece no venir, después de todo. El pobre hombre trabaja demasiado. Se lo he dicho mil veces.

—Es lo menos que le puede pasar, si le has llenado la oficina de huellas.

Se oyó de nuevo la voz de Carmen:

—Papá, dile a Gastón que me deje en paz^[5].

Don Gil estaba examinando sus cartas.

—Felisa, dile algo a ese hijo tuyo; siempre está metiéndose con la pobre Carmencita. Creo que necesita una mujer. Ya es lo bastante mayor como para buscarse algo fuera sin necesidad de molestar a su hermana pequeña.

Doña Felisa dejó las cartas.

—Naturalmente, Carmencita es un ángel. ¡Es tan inocente!... Tú sabes que esa niña es demasiado precoz y echada para delante. Por otra parte, probablemente sólo están jugando. No debieras hacer ni la más remota referencia a ciertas cosas, pero cuando se trata de Gastón, te encanta atribuirle la más bajas sospechas. Yo nunca hubiera pensado semejante cosa, pero, ahora que lo sugieres tan libremente, debo decirte que tu Carmencita necesita que la vigilen.

El padre Inocencio frunció las cejas. Probablemente tuviese una buena mano y se sintiera anonadado por la interrupción del juego.

—Hijos míos, hijos míos, no disputéis, vamos...

—No, padre Inocencio, usted mismo ha debido caer en la cuenta de cómo se mete este hombre con ese pobre chico. El otro día quise comprarle un reconstituyente, porque el chico está un poco pálido y delgado, pero él inmediatamente empezó a decir que no eran tónicos lo que necesitaba y se puso a hablar de malas costumbres. Pero el pobre chico nunca tiene ocasión. Y usted sabe que exagera, padre Inocencio.

—No se lo tome así, doña Felisa, usted sabe que todos los padres se preocupan por sus hijos, o sea que...

—Eso no es preocupación, padre Inocencio; si fuera eso, no le iría diciendo al chico que salga a la calle a buscar mujeres. Yo misma le he oído decírselo a Gastón. Está literalmente empujando al muchacho al arroyo. En cualquier caso, un padre no debería nunca tomarse tales libertades con un hijo. ¿Usted cree que está bien que un padre le diga a su hijo que vaya a pecar? Por no hablar de las enfermedades que podría contraer. No me diga que eso es preocupación, padre Inocencio. ¿Cree que tiene derecho a darle a un hijo esa clase de consejo?

—No lo veo necesario, vamos...

Gastón y Carmen guardaban ahora silencio en la otra habitación; don Gil había estado avivando el brasero, aguantando el ataque de su esposa con la cabeza agachada y una sonrisa tolerante. Ahora se echó hacia atrás en la silla.

—Padre Inocencio, no creo malo que un padre inicie a su hijo en las cosas de la vida. Antes o después, deberá enfrentarse a la vida y es mejor enseñarle a tiempo. No estoy empujando al chico al arroyo, sino que, sencillamente, estoy tratando de enseñarle, de forma que, cuando llegue el momento, pueda pasar por ahí sin ensuciarse demasiado. En realidad sólo he hablado claramente con Gastón una vez. No le estoy diciendo al chico que peque, ¡qué diablos! No es pecado que un joven vaya con una mujer de cuando en cuando. Al fin y al cabo, todos hemos sido jóvenes y usted sabe muy bien, padre Inocencio, que los hombres tienen ciertas necesidades de las que no pueden prescindir. Usted sabe que si un instinto es reprimido, puede degenerar.

—No estoy de acuerdo con usted, don Gil, no puedo estar de acuerdo con usted en ese punto. Piense por ejemplo en los hombres de nuestra profesión. Nosotros reprimimos nuestros instintos y finalmente ya no estamos sujetos a eso que usted llama necesidades. Ya conoce nuestro dicho: deja sola la carne un mes y la carne te dejará tres.

—Y probablemente ésa sea la razón por la cual tantos de nuestros lugares de diversión poseen una entrada trasera y tantos caballeros vestidos con hábito son vistos entrar por esa puerta trasera —don Gil lanzó una risotada y golpeó al sacerdote en las costillas—. Naturalmente, eso debe de ser cuando han pasado los tres meses, porque no veo qué razón hay para entrar por la puerta de atrás cuando uno va a rezar.

El padre Inocencio también se echó a reír.

—Siempre hay quienes no toman seriamente sus votos, pero sigamos jugando.

—Sí, juguemos.

La paz se había restablecido y don Gil se volvió hacia su esposa y la pellizcó en la nariz.

—Ésta será la última mano, Felisa, ¿qué te parece si sirves el chocolate? No creo que tenga sentido esperar a Benito, porque no es probable que venga tan tarde.

Doña Felisa se levantó y dejó que los hombres terminasen solos la partida.

—Usted gana, padre Inocencio, pero yo he tenido una suerte horrible toda la noche, ni una sola mano. Es usted un jugador demasiado fuerte para nosotros.

De pronto se oyó la voz de doña Felisa desde la habitación contigua, estridente y rota, así como las voces de Gastón y Carmencita. Pero sólo llegaban fragmentos:

—Dios mío, vosotros...

—No seas tonta, mamá, te estás imaginando cosas...

—Ésta es la peor maldición que puede caer sobre una familia... Carmen, pedazo de puta, ven aquí.

Se produjo un silencio. Don Gil preguntó en alta voz:

—¿Qué ocurre?

No le hicieron caso. Se oyó de nuevo la voz de doña Felisa:

—Gracias a Dios que he llegado a tiempo —su voz sonaba rota y húmeda, como envuelta en lágrimas.

—Pero te digo que sólo estábamos jugando...

—En mi propia casa... quién hubiera podido imaginar esta...

Don Gil empezó a levantarse, pero el padre Inocencio le obligó a sentarse. Don Gil volvió a gritar:

—Felisa, ¿qué ocurre?

Pero no hubo respuesta.

Se produjo un nuevo silencio, más largo. Don Gil avivó el brasero. El padre Inocencio jugueteaba con el crucifijo que le colgaba del cuello y el otro invitado se puso a mirar las cartas como si fueran objetos altamente curiosos. Se oyeron pasos a lo largo del pasillo y un portazo en la entrada.

Doña Felisa entró entonces, portando la bandeja del chocolate. Estaba mortalmente pálida y tenía los ojos enrojecidos.

—¿Qué ha ocurrido, Felisa? ¿Qué era todo ese jaleo?

—Nada, Gil, la bronca habitual a los niños. —Se dirigió al padre Inocencio y al otro—: Están ustedes viendo la vida familiar en su máximo esplendor: una madre siempre encima de sus hijos. No me conceden ni un momento de paz —sonrió, pero cuando dejó las tazas sobre la camilla le temblaban las manos.

—Pero he oído cerrarse la puerta de la calle, Felisa. ¿Quién se ha marchado?

Doña Felisa lanzó a su esposo una mirada de reproche por insistir en el asunto. Luego volvió a sonreír:

—Ah, era Gastón. Ha salido a buscar algo.

El padre Inocencio era hombre de tacto. Hundió un bizcocho en el chocolate y exclamó:

—¡Oh, el delicioso socunuco!... *Gaudemus*.

Todos procedieron a sumergir sus bizcochos sin decir nada. Sonó el timbre.

Don Gil hizo un gesto, pero su esposa se le adelantó. Se perdió camino del pasillo y al poco se oyó su voz:

—Hombre, Benito. Pensábamos que ya no vendrías, llegas justo a tiempo para el chocolate.

Cuando entraron en la habitación, ella decía:

—Pero seguro que tienes tiempo para tomar una taza.

El Prefecto parecía preocupado y nervioso. Todos le saludaron y don Gil corrió a traerle una silla.

—Por favor, no os molestéis. Ya he dicho que no tengo tiempo. Sólo he venido a buscar a Gil. Es un asunto de importancia que requiere mi inmediata atención. Gil, ¿puedes recoger el abrigo y el sombrero y venir conmigo ahora mismo?

—Sí... claro —don Gil fue en busca del abrigo y el sombrero.

—¿Qué ocurre, Benito? Espero que no sea nada malo.

—Por supuesto que no, Felisa. Lamento llevarme a Gil e interrumpir la reunión —el Prefecto sonrió cortésmente a la audiencia.

El padre Inocencio y el otro invitado hicieron un ruido similar al de un monaguillo durante la misa, dando a entender que no tenía importancia, y de entre ese ruido surgió la voz del padre Inocencio como una letanía:

—Creo que será mejor que nosotros nos vayamos también, porque se está haciendo tarde.

—Por favor, no se vaya, padre Inocencio, espere a que vuelva Gil. Tengo miedo de quedarme sola y, además, quisiera hablar con usted.

—No está usted sola, doña Felisa —intervino el otro—. Tiene a sus hijos.

—Sí, pero... que el padre Inocencio se quede un poco más.

Don Gil tenía puestos el sombrero y el abrigo. Y se bebió de golpe su chocolate:

—Ya estoy listo, Benito, vámonos. —Y añadió en un susurro—: ¿Ya tienes el otro testigo? —Don Gil estaba seguro de que su cuñado tenía un duelo.

Don Benito le echó una mirada triste y luego le dio las buenas noches al padre Inocencio y abrazó a su hermana con exagerado afecto. El otro también dio las buenas noches y los tres se encaminaron al pasillo. Desde la puerta, Gil gritó hacia atrás:

—No te preocupes, Felisa, no tardaré en volver. Quédese usted con ella, padre Inocencio.

Abajo aguardaba el carruaje del Prefecto.

—Si no tuviera tanta prisa, le ofrecería mi coche para acompañarle a casa.

—No tiene importancia, vivo aquí mismo.

Cuando el otro invitado partió, don Gil preguntó:

—¿Qué es todo esto, Benito?

—Te lo diré cuando lleguemos a la oficina.

—¿Vamos a tu oficina?

—Sí.

Recorrieron las calles de Madrid, con el carruaje saltando ruidosamente sobre los adoquines hasta que, en un cambio súbito, empezó a deslizarse sobre las calles de asfalto. Cuando llegaron, había luz en la oficina.

Don Benito cerró la puerta y se volvió hacia don Gil con expresión de asombro:

—¡Gil!... ¡Gil! ¿Estás loco? Nunca te creí capaz de hacer una cosa así... ¡Gil!

—¿De qué hablas?

—Si necesitabas dinero... ¿por qué no viniste a mí antes de hacer...? Dios mío, no puedo dar crédito a mis propios ojos.

—¿Pero qué pasa, de qué hablas, qué estás...?

—Tus huellas, Gil, tus huellas... Tú sabes que nunca mienten...

—Naturalmente que nunca mienten, pero... ¿qué pasa con mis huellas?

—Lo sabes perfectamente, Gil, al menos no disimules conmigo... Lo sabes; Matías, el prestamista. Asesinado... robado... estrangulado... Gil... Tus huellas han sido encontradas en su cuello, en su caja fuerte, en todas partes...

—¡Mis huellas dactilares!

—Sí, en sus ropas, en la cama... en todas partes...

—¡En todas partes!

—¡Sí, en la pared, en el mantel... incluso en las suelas de un par de zapatos... en todas partes!...

—Mis huellas dactilares... en todas partes —repetía mecánicamente.

—Nunca se han encontrado tantas huellas pertenecientes a una sola persona... claras, evidentes, nítidas, acusadoras... una lluvia inexorable de huellas que te señalan a ti... Gil...

Don Gil miró a su cuñado oblicuamente:

—¿Te parece bien haberme traído hasta aquí por una broma? Venga, seamos serios, dime para qué me has hecho venir.

—Gil, demasiado bien sabes que no es una broma... Pero, ¡por Dios! No podemos cruzarnos de brazos ante semejante desastre. Estamos discutiendo como si fuésemos políticos. Nunca creí que pudiera recibir una noticia de esta magnitud sin sufrir un colapso... déjame al menos decir algo... para aliviar mi tensión... Nadie debería tener que vivir situaciones como ésta... ¡Gil... Gil...! ¿Por qué no acudiste a mí?... ¿Por qué no pensaste en Felisa y en los niños?... ¿En el golpe que esto significa para mi carrera? ¡Gil... Gil...! Dime que hay un error en algún sitio, dime que tú no lo hiciste... Dame una coartada, una buena coartada que no deje el menor lugar a la duda... Es mejor que fracasemos. Dime que las huellas dactilares tienen fallos... que es una teoría falsa... ¡di algo!

—Las huellas dactilares no fallan nunca —don Gil empezaba a sentirse mareado, empezaba a comprender que era algo serio y preguntó a Benito, temiendo la respuesta:

—¿Cómo sabes que esas huellas son mías?

—Por García, el experto, el mismo al que tú recomendaste por su destreza. Él hizo las fotografías y repasó los archivos buscando las huellas sin mirar los nombres escritos en lo alto de cada ficha. Tras localizar las huellas, miró el nombre, y hubiera querido no haberlo hecho nunca porque eran las tuyas... Fue leal contigo, Gil... Al principio no quería delatarte, pero finalmente su conciencia pudo más y me lo dijo pero dejando que fuera yo quien decidiese lo que se debía hacer... ¿Y qué puedo decidir yo, Gil? Cuando acepté el cargo, me juré a mí mismo no eludir nunca el cumplimiento de mis obligaciones. Ha habido demasiado trabajo bajo mano y demasiados oficiales de policía corruptos en España, y yo no quiero ser uno de ellos, y me juré a mí mismo, me juré... Pero, ¡por Dios, Gil!, ahora dudo en el cumplimiento de mi obligación... Dime, Gil, me juré a mí mismo, me juré...

—Has hecho lo que debías, Benito —don Gil estaba perfecto. Había asumido un aire de heroísmo suicida que daba muestras de insospechadas posibilidades histriónicas—. Tu deber es arrestarme.

—Pero seguramente, Gil, tienes una buena coartada, incluso a pesar de aquello que decías el otro día sobre aquella persona de China...

Don Gil poseía una coartada, naturalmente, una coartada... Y, por extraño que parezca en un hombre con una buena coartada, sabía en conciencia no haber cometido el crimen, pero el último artículo que había escrito arrasó su mente y el último refugio de su debilidad humana.

El Prefecto le observaba, le veía pensar, y todas sus esperanzas dependían del resultado final de tales pensamientos. Miraba a don Gil como diciendo:

—Dame tu palabra y dejemos libre al hombre de China y no le retengamos contra todas las leyes de la lógica por un crimen cometido en Madrid. En ese caso, es la teoría la que necesita ser corregida y no el hombre.

Pero los ojos de don Gil mostraban una fría severidad y el Prefecto leía en ellos:

—Las huellas dactilares no mienten nunca.

Entonces don Gil dijo en voz alta:

—Benito, déjame ver esas fotografías y mis propias huellas.

El Prefecto corrió a su mesa.

—Aquí las tienes. Éstas son las fotografías y éstas tus huellas.

Don Gil tomó asiento en el sillón del Prefecto y puso ambas cosas frente a sí, bajo la verde lámpara. Tomó una lupa de la mesa y las examinó estrecha, larga, dolorosa y minuciosamente... Dejó la lupa y miró al Prefecto con rostro inexpresivo. Sus ojos parecían enfocar un lugar del espacio situado justo frente a la nariz del Prefecto.

—García tiene razón... estas huellas coinciden... —Don Gil miró nuevamente las huellas y las vio saltar y bailar frente a sus ojos, burlándose de él... Estaba seguro de que se habían desprendido de las fotografías y de la ficha de papel, y de que les habían crecido unos delgados brazos y piernas. Se tomaron unas a otras de la mano y se inició la danza de las huellas dactilares. Se movían en el espacio. Los ojos de don Gil las seguían a través de la habitación, mientras corrían por las paredes y las alfombras, o por el techo, creciendo, multiplicándose, llenando el espacio, siempre bailando y burlándose de él. Don Gil se secó la frente e instintivamente contempló sus manos. El Prefecto le observaba estrechamente, con curiosidad y, don Gil imaginó, con piedad, y al mirar a don Benito a los ojos se vio reflejado en ellos, muy pequeño. Vio en esos ojos a un hombrecillo que era él mismo, vestido de mandarín y apuntándole acusadoramente con un abanico... La visión se desvaneció y ni siquiera pudo ver claramente al Prefecto, pues todo parecía sumido en una densa nube de huellas dactilares que le ahogaban. Don Gil era ahora absolutamente consciente de la rotación de la tierra.

—Benito... ¿tienes un tampón de entintar? —Su voz era apenas audible.

El Prefecto abrió el cajón y sacó un tampón. Don Gil presionó los dedos contra la superficie entintada y luego sobre una hoja de papel blanco. Tomó de nuevo la lupa y examinó las nuevas huellas. La mandíbula se le desencajó... Hasta entonces había esperado, ahora la esperanza le abandonó. Don Gil se puso de pie y lanzó una risotada convulsa:

—Benito... yo soy el hombre de China, ¡soy el hombre de China!

El Prefecto le miró perplejo y sólo un lado de su rostro se contrajo en una sonrisa forzada, pero la carne tembló contra el hueso de la mejilla. Alzó la mano hasta el hombro de su cuñado:

—Gil... Gil... no creo que hayas hecho eso. Lo he pensado detenidamente y ahora veo qué ridículo es todo... Gil, piensa en Felisa, piensa en los niños, piensa en lo que esto significa para mi carrera... Gil, tiene que haber un cabo suelto en esta maraña de huellas que has tejido en torno a ti.

Don Gil había recuperado su compostura. Pensó en su esposa y en sus hijos. Pensó asimismo en don Benito, y luego en su padre y en la tarea a la que había dedicado toda su vida, en la que residían todas sus esperanzas de encumbrar su apellido y que ahora amenazaba con hundirle, sacándole de la mediocridad pero para peor... ¿Qué es en realidad peor que la mediocridad? Entonces algo inmenso pareció estallar en su interior y de pronto se produjo la audible y casi plástica realización de todos los sucesos de esa tarde. Don Gil oyó las voces ahogadas de su hijo y de su hija en la habitación adyacente, envueltas en una risa exasperante y burlona... y también las desgarradas exclamaciones de su esposa. Con clarividencia brutal contó los ominosos pasos de su hijo mientras salía de casa... y luego oyó el portazo como un golpe en el rostro, y vio las manos temblorosas de su esposa repartiendo tazas sobre la mesa camilla.

En aquel momento, don Gil comprendió que su esposa, ignorante de esta otra tragedia inesperada, estaría consultando al padre Inocencio y tomando una decisión. Bien sabía el significado de tal resolución. Su cerebro pareció sufrir un sobresalto y sus pensamientos volaron desde el pasado al futuro... Pudo ver a su hija camino de un convento... Y también a su hijo, que se había ido de casa para siempre... De nuevo surgió el presente frente a él con inexorable precisión... Estaba roto, su hogar estaba destrozado y él se supo perdido. Y las dos tragedias de esa noche colisionaron en su mente y de nuevo oyó el portazo y ya no vio ni oyó nada más.

Don Gil había reflexionado más de lo que el Prefecto deseaba, y ahora se desasíó de la mano de don Benito y volvió a tomar asiento en el sillón.

Don Benito dijo de nuevo:

—Naturalmente, Gil... tú sabes que es imposible... dime que las huellas dactilares fallan, que en ocasiones mienten...

—Yo soy el hombre de China... las huellas dactilares no mienten nunca.

Cuando don Gil fue arrestado, tuvo lugar un incidente que no quiero que pase inadvertido por todo lo que don Gil puso de sí mismo en él.

Don Gil tenía unas manos muy pequeñas, exageradamente pequeñas para un hombre, y las esposas no le ajustaban del todo.

Don Gil dijo, y lo repito porque estoy seguro de que él hubiese deseado que todo el mundo lo oyese:

—Oficial, estas esposas son demasiado grandes para mí. Será mejor que use una cuerda o algo así.

Pero el oficial, que era un típico oficial, falló naturalmente en momento tan crucial.

—Usted no se escapará —gruñó—, no presuma tanto.

Cuando don Gil era llevado a la cárcel, iba sacudiendo la cabeza, quizá debido únicamente a los bamboleos del vehículo, y repetía:

—Yo soy el hombre de China... Las huellas dactilares nunca mienten.

La cartera

Durante la Convención Policial de 19..., en Madrid, tuvo lugar un hecho harto desgraciado. Algo falló en el sistema eléctrico de la ciudad y la metrópolis entera quedó sumida en total oscuridad.

Este hecho, según el representante de la policía francesa, un perfecto rastreador de cualquier cosa que denigrara al pueblo español, sólo podía haber ocurrido, en pleno siglo XX, en España y en Madrid. Fue algo deplorable, pues coincidió con la no deseada inmigración de una considerable jauría de rufianes internacionales que desde principios de la Guerra Mundial se había trasladado a España y colaboraba ahora con los rufianes autóctonos con todo entusiasmo.

Como si toda esa gente hubiese estado aguardando tan rara oportunidad, en cuanto se apagaron las luces de Madrid, ladrones, pistoleros, salteadores y carteristas, es decir, todos los miembros de la familia del hampa, surgieron por las esquinas como por encanto.

Por otra parte, la gente de Madrid tiene una virtud que, además de loable, resulta atractiva. Dicha virtud impulsa al populacho de Madrid a juntarse en un momento dado para llevar a cabo grandes gestas, bien que en definitiva no se obtengan resultados parejos. Y una de las manifestaciones de esa virtud consiste en sacar rápidamente partido de todo aquello que pueda degenerar en una juerga generalizada. Los madrileños son gente extremadamente comunicativa y pueden cooperar hasta las últimas consecuencias, con vistas a prolongar y magnificar una broma ciudadana.

No cabe sorprenderse, por tanto, de que, al apagarse las luces en Madrid y diseminarse los rufianes por todas partes, la gente lo tomase como una broma estupenda y optase por sumarse a ella. Ello, unido al espíritu sedicioso que prevalece en España y que siempre hará mucho más popular al bandolero que al defensor de la ley, imprimió tal ímpetu a la moda de quedarse con lo ajeno que muchos ciudadanos, considerados de lo más respetable hasta entonces, sucumbieron a la tentación y se alistaron oficiosamente en las filas de rufianes importados y autóctonos. La idea ganó tantos adeptos que al final nadie se fiaba ni siquiera de los miembros más íntimos de su propia familia, llegando a ser de dominio público que durante la Convención Policial de 19..., Madrid tuvo asimismo una convención criminal.

Naturalmente, los policías dedicaban todos sus esfuerzos y todo su tiempo a discutir asuntos de legislación y disciplina, y de cuando en cuando a pensar en cómo mejorar los métodos para perseguir criminales. Obviamente, el público no ofreció otra cooperación que la más agria crítica y, como es lógico, después de cada sesión, los representantes policiales y el propio cuerpo de policía carecían del tiempo y la energía necesarios para investigar las transgresiones que estaban teniendo lugar delante de sus propias narices.

Por lo tanto, los rufianes se sentían más a salvo y más libres para operar en Madrid, donde estaba reunida la flor y nata de la policía, que en ningún otro lugar. Tal estado de cosas, y el hecho de que no hubiese luz y de noche no se pudiera ver ni las propias manos, constituían una oportunidad demasiado buena para desperdiciarla.

No pienso hacer mención de mis propios actos durante aquella semana de oscuridad, pero se rumoreaba que aparte de las numerosas virginidades perdidas y demás cosas sin importancia, algunos de los magnates (y éste es un punto capital) invitados a la convención, se sentían inclinados a disfrutar de un poco de diversión instructiva al término de las tediosas sesiones. Y optaban por observar la situación estrechamente, y se permitían algún atraco ocasional, sólo por ver cómo se hacía eso.

Ésta es la única explicación al hecho casi increíble de que durante la Convención Policial de 19... hubiese más truhanes en Madrid que ciudadanos había habido hasta la fecha, de que una sola víctima fuese atacada por más de diez personas a la vez, de que los chorizos se uniesen para dar a conocer un manifiesto de protesta porque la gente honrada estuviese arruinándoles el negocio, de que un bien determinado pudiese ir pasando de mano en mano hasta volver, como por arte de magia, a las manos de su dueño original, y de que durante esa semana no tuviese lugar un solo arresto.

Tras este preámbulo, que el lector puede saltarse sin incurrir en mi ira, y que cubre la primera mitad de aquella semana recordada por todos los madrileños con evidente satisfacción y sutil remordimiento, en el jueves negro de aquella semana memorable, para ser exactos, don Benito Calínez, el Prefecto de Policía, yacía derrumbado en un sillón del Casino de Madrid. Era un hombre bajo y gordo, con una corta barba gris y un corto mostacho militar. La parte superior de su cabeza era absolutamente calva, pero, en su caso particular, sin brillo.

Yacía con las piernas separadas, porque el abdomen le quedaba en medio, y las manos le colgaban inertes por encima de los brazos del sillón, dejando los codos y los brazos exactamente a la altura de la calva cabeza. La rígida pechera de su camisa le empujaba la barba hacia arriba, confiriéndole el aspecto de un palomo en celo, aspecto que contrastaba con su descorazonada expresión.

Frente a don Benito, en otro sillón, igualmente confortable pero más en proporción con su ocupante, había otra persona de aspecto totalmente diferente. Era un hombre joven, alto (cosa que se podía deducir por la longitud de las piernas extendidas delante suyo), con abundante cabello en su cabeza y el rostro pulcramente afeitado. Había algo en su apariencia general que tenía el sello inequívoco del extranjero (es decir, desde el punto de vista de un español). Quizá fuera su rostro rasurado, o su piel extraordinariamente blanca; quizá fuera tan sólo la pipa que fumaba, un objeto que en aquella época, en España, era privilegio de extranjero o de persona que deseaba ser tomada por extranjera, ya que, en un ciento por ciento, los españoles fumaban en pipa sólo cuando viajaban en barco, es decir, fuera de España.

Este joven y don Benito parecían absortos en la contemplación de una vela que ardía entre ambos (también el Casino estaba sin luz). Ninguno hablaba y el silencio de la sala en que estaban era interrumpido tan sólo por el sonido de voces en otras dependencias y, de cuando en cuando, por la voz del *croupier*, que gritaba desde la sala de juego:

—Hagan juego, señores... no va más.

Al cabo de un rato, el joven tomó la vela para volver a encender su pipa, pero ni él ni el Prefecto dijeron una sola palabra ni hicieron movimiento alguno.

Dado que no puedo describir una conversación o una acción, voy a intentar pergeñar algunos pensamientos, un mal hábito de los escritores, que consiste en tratar de convencer a los lectores de que pueden introducirse en la mente de sus personajes. Sin embargo, puedo ser perdonado toda vez que mis personajes me fallan de forma persistente y se niegan a hablar o a moverse, y yo difícilmente puedo dejar un espacio en blanco.

Pasar a la luz de una vela casi una semana entera estaba empezando a poner nervioso a don Benito. Se sentía totalmente destrozado, porque había sido una figura clave y el centro de las críticas durante los últimos días. Y sufría uno de esos dolores de cabeza desgarradores que amenazaban con devenir crónicos. Esa luz tremolante que le hipnotizaba era tan torturante como una ristra de agujas que le acribillasen los ojos. En realidad, el Prefecto siempre había detestado la luz de las velas y sólo podía tolerarla en *La Danza de la Pulga*^[6].

Cuando el joven tomó la vela, don Benito estaba a punto de pedirle que la apagara, pero entonces lanzó en torno suyo una mirada preñada de sospecha que incluía al joven, y desistió de la idea. Sus nervios estaban al borde del colapso, tras los sucesos de los últimos días.

El Prefecto había tenido un día terrible. De nuevo ejerceré el privilegio de introducirme en la mente de un personaje.

Don Benito pensaba:

La noche pasada, ha habido robos que sólo pueden ser recontados en cifras astronómicas.

Al día siguiente, varias personas han sido encontradas desnudas y atadas a árboles frente al jardín botánico. Qué razón había para que hubiese sido elegido semejante lugar era algo que tenía perplejo al Prefecto más allá de cualquier descripción.

Aquella mañana su mesa había quedado sepultada bajo un torrente de cartas.

Don Benito recordaba:

Cartas de protesta.

Cartas insultantes.

Cartas de reproche.

Cartas en las que diversas personas lanzaban acusaciones contra las demás y exponían sus sospechas sobre el resto de la población.

Cartas de befa.

Cartas que decían que la policía de Madrid era un hatajo de inútiles, sobornados y mandrias.

Cartas en que le llamaban asno.

Cartas que insinuaban todo aquello que en las acusaciones directas se había omitido.

Todas ellas cartas anónimas, con excepción de una, firmada por una mujer y muy perfumada, el contenido de la cual, si bien muy usual en el castellano coloquial, resulta imposible de reproducir. Y a don Benito le había dolido aquella carta más que ninguna otra.

Al fin y al cabo, ¿tenía él la culpa de que se hubieran apagado las luces? ¿Podía haber manejado mejor cualquier otro Prefecto de Madrid a ese público que se lanzaba a la nueva moda como un niño sobre un juguete nuevo? ¿Acaso ofrecía el público algún tipo de ayuda? No, la electricidad no era asunto suyo. Cualquier otro Prefecto que no fuese un madrileño de pro se hubiera vuelto loco con semejante personal. El público entorpecía su labor tan heroicamente como podía. Todo estaba en contra suyo, y no podía meter en la cárcel a toda la población. No podía poner bajo arresto a una sola persona sin ser considerado injusto.

Al parecer, la ciudad entera se había confabulado para mofarse de él, haciéndole pasar por un hazmerreír justo en el momento en que los representantes policiales extranjeros estaban allí para ser testigos de su ridículo. ¡Él, el omnipotente Prefecto de Policía! ¿Empezaba a dudar la gente de su omnipotencia? ¿O había desaparecido ya esa duda? Esa carta perfumada había destruido el último bastión de su confianza en sí mismo. ¿Es que él mismo estaba empezando a pensar que era impotente? Pero entonces la inveterada tendencia de los españoles al retruécano iluminó su subconsciente, sonrió pensando en sus correrías donjuanescas y rechazó la idea. Los pensamientos del Prefecto pasaron de la mañana a la tarde por encima de un almuerzo que no había sido capaz de digerir.

La reunión de la convención había sido más enojosa que nunca. Al abrir la sesión, los representantes extranjeros habían comentado entre risitas que un prefecto de policía ante cuyas narices se cometen tantos robos debería estar escondido bajo la cama, en lugar de pronunciar discursos en una Convención Policial. Si al menos hubiese tenido el valor de decir cuatro cosas a las caras que tenía enfrente, todas las camas del Hotel Palace, donde estaba teniendo lugar la convención, esconderían ahora a las ominosas personalidades extranjeras. Después de eso, naturalmente, la elocuencia le abandonó y el discurso se le fue por los suelos.

Y por si fuera poco, su sobrino, sentado ahora enfrente suyo, acababa de surgir inesperadamente de entre las tinieblas. Había llegado esa semana procedente de Inglaterra, expulsado del colegio por vaya usted a saber qué motivo, y había tenido la impudicia de pasar dos semanas en París en su viaje de vuelta, para celebrar su expulsión y aquellas inesperadas vacaciones.

Tales eran los pensamientos del Prefecto; una vez pensados, dijo algo que, a primera vista, podría parecer inconsecuente con el hilo de su discurrir, pero que demostrará a cualquier observador elemental la íntima asociación de sus ideas y sentimientos.

Don Benito pegó un salto en su asiento y gritó furioso a su sobrino:

—Pepe, eres un sinvergüenza.

Puede que esta observación que parecía salida de una nube negra, al cabo de tan prolongado silencio, no sorprenda al lector que ha seguido los pensamientos del Prefecto, pero debe tenerse en cuenta que Pepe no era consciente de lo que había estado pasando por la mente de su tío y por lo tanto se quedó muy sorprendido. Incluso sonó algo cómico y aspiró de su pipa más aprisa. Después de todo, ser insultado por un tío que ha pagado por la ineducación de uno y que todavía ofrece la posibilidad de una generosa renta, no es tan malo. Pero como decía yo, o mejor dicho el Prefecto:

—Pepe, eres un sinvergüenza. Supongo que es cosa de familia, quiero decir de la parte de tu padre. Era un soñador y un quijote de segunda mano, con el resultado de que siempre debía ayudarle yo. Algunas personas todavía piensan que eso es un signo de superioridad, pero yo lo llamo, sencillamente, ser un sinvergüenza.

Llegados a este punto y en el Casino de Madrid (el lugar es tan importante como el momento en casos así), cualquier español de a pie se hubiese levantado (levantarse era necesario para alcanzar el lado opuesto de la mesa) y abofeteado el rostro mofletudo del Prefecto. De acuerdo con las normas del abofeteo en España, relativas a este caso, uno abofetea un rostro:

Primero: Si es el de un extraño, en cuyo caso suele seguir un duelo.

Segundo: Cuando, pese a ser un familiar, no es tan próximo como el familiar al que critica, en cuyo caso siempre sigue una pelea.

Pero Pepe había pasado varios años en Inglaterra y muchas de sus peculiaridades españolas habían desaparecido. Por lo tanto, no le reprochemos su diplomático silencio.

—Sí —prosiguió el Prefecto—, desde que murió tu padre y dejó a mi pobre hermana sin un duro, he tenido que hacerme cargo de ti y de tu hermano Gastón, que también es demasiado orgulloso para trabajar. Ya te digo que es cosa de familia. Cuando Gastón volvió de aquel viaje suyo a París, había sufrido un cambio. Parece ser que esa ciudad le sacó los verdaderos colores. Empezó diciendo que la pensión de cincuenta duros al mes que yo le había asignado no era suficiente para mantener a un caballero, que al haber viajado conocía ahora más sobre la vida, que había adquirido gustos mejores y que tenía decidido vivir de acuerdo con el nivel al que su apellido le daba derecho. Todo ello a costa de mi dinero, imagínate, ¡de mi dinero! No sabes las cosas que han ocurrido desde que te fuiste, cosas de las que ni siquiera quiero hablar. Y ahora llegas tú, expulsado del colegio y tras haber malgastado mi dinero de forma deplorable. ¿Es ése el modo de pagarme todo cuanto he hecho por ti? —El Prefecto

era perfectamente consciente de que su discurso carecía de energía y no sabía a qué atribuirlo.

—Pero tío, ya le he explicado...

—Sí, sí, ya sé. Cuando leí tu carta, parecía como si la hubiese escrito tu padre. ¡Objeto de una injusticia! ¡Naturalmente, don Quijote!, eso es todo. La misma historia que con tu padre —don Benito empezaba a encontrarse de nuevo a sí mismo—. Tratas de hacer creer al mundo entero que todas tus pifias no son sino el resultado de tus generosos ideales y de tu exagerado sentido del honor... ¡Qué poca vergüenza! Así es como las llamo yo. Mira tu hermano. ¿En qué se ha convertido? En el típico macarra profesional, sí, un macarra de los peores, o de los mejores, según se mire.

A Pepe se le cayó la pipa de los labios porque justo por un momento los rasgos extranjeros que la soportaban dejaron paso a la sorpresa y su cara se mostró desnuda, desenmascarada, desconcertada e inequívocamente española:

—¿Qué ha dicho? ¿Que Gastón es un macarra profesional?

El Prefecto se sintió satisfecho. Sus últimas palabras habían alcanzado su objetivo. El efecto que él buscaba se había producido, y ahora ambos estaban en la misma situación. Desde que comenzara la conversación, don Benito había estado sintiendo que a ninguno de ambos le interesaban para nada unas palabras que sonaban vacías. Sentía, y estaba seguro de que su sobrino también, que esa oscuridad de la ciudad que impregnaba el Casino colgaba sobre todas las cosas como algo sin vida y que robaba a las palabras su brillo. Sentía que faltaba la emoción y que lejos de cuanto uno pudiera suponer, ésta no podía ser despertada por la luz vacilante de la vela, ya que estaban rodeados de circunstancias que eran más misteriosas, y consecuentemente más emocionales.

Pepe, por su parte, sentía al mismo tiempo algo más. Tras haber pasado tanto tiempo fuera de su país, había asumido inconscientemente la creencia foránea de que España es un país atrasado y de que al atravesar los Pirineos en dirección sur uno entra en la noche eterna. Naturalmente, cuando llegó a Madrid en medio de esa oscuridad general, su creencia subconsciente encontró un fuerte eco en sus sentidos. Se sintió como alguien que está soñando (lo cual, naturalmente, es un sentimiento compartido por muchos españoles al regresar a España tras una larga ausencia). Aunque la existencia de su hermano, al que no veía desde niño, era algo mítica para él, la asombrosa revelación le había soliviantado. Se le cayó la pipa de la boca. La última capa de su tinte extranjero se le había caído, la única cosa que todavía le permitía creerse un forastero o un espectador que presencia los sucesos de una tierra extraordinaria y sin realidad presente, le había abandonado, dejando que aflorase su raza. Se sintió de nuevo en casa. Sin la pipa, había sido capaz de mostrar sorpresa e incluso de exclamar convincentemente:

—¿Qué ha dicho? ¿Que Gastón es un macarra profesional?

Y el Prefecto se había sentido satisfecho. Ahora sabía que ambos compartían una emoción común. Se sentía amistoso y confidencial respecto del joven. Su

resentimiento contra su sobrino desaparecía rápidamente. Ambos eran víctimas del mismo desastre familiar. Ambos eran testigos de la misma gran catástrofe. Su sobrino no le había traicionado. (Don Benito tenía aquella noche una tremenda necesidad de simpatía y apoyo moral y emocional.) El Prefecto siempre había odiado el que la gente fallase en momentos clave. Pero su sobrino no le había fallado, su sobrino había preguntado:

—¿Qué ha dicho? ¿Que Gastón es un macarra profesional?

—Naturalmente, no lo sabías porque yo creí mejor no escribirte al respecto. Hay otras cosas relacionadas con él que ni siquiera voy a contarte ahora. Prefiero dejar que las descubras por ti mismo. Pero imagínate: el sobrino del Prefecto de Policía un chulo, un Bejarano y Calínez, alguien que lleva mi apellido, ¡un chulo profesional! Porque estaremos de acuerdo en que por muy quijote que fuera tu padre, nunca hubiese caído tan bajo; aun cuando hubiese cumplido condena en la Cárcel Modelo.

—Ya sabe lo que hizo.

—Sí, todos conocemos esa historia. Felisa, tu pobre madre, siempre dijo que ése era otro de sus actos heroicos en nombre de una gran causa. Pero, ¿sabes lo que siempre he creído de todo ese asunto?

—¿Qué?

—Que las huellas dactilares no mienten nunca.

—Esa es otra historia. Ahora hábleme de Gastón. Dice que es...

—Ciertamente, lo ha sido durante algún tiempo. Le llaman el Cogote porque nunca usa corbata y enseña el cuello. Todo empezó porque, al pedirme que le subiese la asignación, yo me negué, considerando que cincuenta duros son más que suficientes, especialmente cuando uno no tiene que trabajar para ganárselos. Entonces empezó a contraer deudas que yo debía cubrir, hasta que me cansé. Un día nos vimos aquí. Él se sentó exactamente donde tú estás y discutimos.

—Bien, bien...

—Rompí con él por completo. Más tarde supe que vivía en la miseria, siempre demasiado orgulloso para trabajar... pero no lo bastante orgulloso para no pedirle dinero a su tío, o para insertar, como él hizo, un anuncio en la primera página de *El Heraldo* apelando a sus opulentos y numerosos conocidos —un anuncio que apareció en esa primera página como una mancha de vergüenza para la familia—, diciendo que a un Bejarano y Calínez no se le podía dejar morir de hambre. Pensaba que careciendo de orgullo, si no de otra cosa, yo acudiría en su ayuda.

—¿Y qué ha ocurrido con el resto de la familia?

—Bueno, ya sabes que tu hermana Mignon murió de tuberculosis, y en cuanto a tu madre y a tu hermana Carmen... Bien, mejor será que le preguntes a Gastón... Yo no puedo entrar en ciertas cosas... Tu hermano es una alhaja. Ya me he visto las caras con él profesionalmente. Ha sido arrestado dos veces aquí, en Madrid, y yo, su tío, tuve que encargarme del caso. La primera vez, a causa de un escándalo obsceno. La mujer que lo mantenía, una mujer a la que llaman la Pelos porque tiene un mostacho

de Guardia Civil, apuñaló a otra chica apodada Lunarito, que posee un lunar en cierta parte y que lo muestra por una peseta. La Pelos dijo que había apuñalado a la otra mujer porque la había encontrado en el apartamento que ella le había regalado al Cogote, enseñándole sin duda su lunar sin cobrarle la peseta acostumbrada. Dijo no estar dispuesta a aguantar que una puta barata le pusiera los cuernos y otras cosas por el estilo. Todo el asunto me repugnó y puse a Gastón en libertad, a pesar de que no me prometió reformarse.

El Prefecto continuó su relato, refiriéndose a la segunda vez que Gastón había sido llevado a su presencia, acusado de un robo más serio, pero Pepe no le escuchaba. El primer incidente era el más típicamente español y había retenido su atención. Fumaba su pipa otra vez y se sentía de nuevo un espectador presenciando cosas extraordinarias en tierra extraña. Naturalmente, había leído libros españoles mientras estaba en Inglaterra, libros que retrataban las costumbres y los caracteres de su pueblo, pero los libros sobre una tierra que nos es remota no son convincentes. Sí, ya no cabía duda, su propio hermano era un chulo. Realmente existía tal profesión en España, luego había auténticos hombres en España. Aparte, había mujeres como la Pelos y como Lunarito, mujeres generosas en sus amores e incluso en su profesión, que no tenían vergüenza de mostrar públicamente su pasión, orgullosas de la debilidad de su sexo y tomando su inferioridad como un honor, pues no tenían miedo de admitir ante sí mismas que necesitaban un hombre. Cuan diferente del país que acababa de abandonar. Y Pepe, fumando su pipa, sintió por su hermano la admiración de un turista.

Cuando volvió a centrarse en su tío, éste ya estaba poniéndose el abrigo y el sombrero.

—Vámonos, es tarde. He tenido un día terrible y necesito dormir.

Pepe siguió a su tío. Sus pies no hacían ruido mientras avanzaban por el suelo alfombrado. Sus sombras se encogieron y se concentraron según se alejaron de la vela. Todo tenía una apariencia de irrealidad, de burla oculta, de farsa de guiñol. Cuando salieron del Casino no lucía una sola estrella en el cielo usualmente límpido de Madrid.

Se detuvieron a charlar ante la puerta.

—¿Cree que debemos tomar uno de los coches del Casino, tío?

—Será mejor que lo tomes tú, yo me voy caminando.

—¿Va a ir a casa caminando en esta oscuridad? Tío, puede estar seguro de que le atracarán.

Del regordete Prefecto surgió un resoplido de furia. Levantó la mano hasta la altura de la axila en el más puro estilo torero:

—Todavía no ha parido madre al hombre con los pantalones lo bastante bien puestos como para atracarme a mí. Soy la única persona de Madrid que no ha sido robada. Como Prefecto de Policía, debo caminar hasta casa mientras otra gente tiene

demasiado miedo para salir de sus casas. No puedo permitirme aceptar ciertas cosas, ¿no crees?

Pepe lo comprendía; comprendía que después de cuanto había ocurrido, su tío tenía una avasalladora necesidad de autoafirmarse.

—Le acompaño un trecho. Yo también iré a casa caminando.

El Prefecto puso la mano en el antebrazo de su sobrino.

—Te atracarán en cuanto te separes de mí.

En realidad, aquella jactancia de don Benito le retrataba como un madrileño hasta la médula. Hablaba en el más puro estilo español.

Esta vez, el resoplido vino de Pepe. Tenía levantada la mano hasta la axila y su tío lo advirtió porque era ése el brazo que él le sujetaba.

—Los antepasados del hombre que ha de robarme todavía no han iniciado las hostilidades. Si alguien intentase algo tan imprudente, me limitaría a darle una zurra y devolvérselo a su mamá.

—Teníamos razón al llamarte el Españolito —dijo su tío, riendo encantado. Sintió que volvía a tener afecto por su sobrino otra vez y, rebosante de una súbita alegría, dijo:

—¿Hacemos una apuesta?

—Adelante.

—Mil pesetas si no te roban esta noche.

—Trato hecho —gritó rápidamente Pepe, sin pararse a considerar que no poseía las mil pesetas y que podía ser robado. Decididamente, cada vez se estaba volviendo más español. Casi con alarmante celeridad.

—¿Y qué pasa si le roban a usted, tío?

—Eso está fuera de lugar, muchacho.

Caminaron por la calle de Alcalá. En el cruce de Peligros había un débil resplandor proveniente de una vela encendida en el Café Fornos, que estaba en la misma esquina. Y fue allí donde decidieron separarse.

—Bueno, Pepe, que haya suerte. Será mejor que enciendas la pipa y les hagas creer que eres un detective, en cuyo caso a buen seguro que te atracarán.

—Hasta la vista, tío, cuídese y prepare las mil pesetas.

El Prefecto desapareció en las sombras de la calle Peligros y Pepe empezó a cruzar Alcalá.

Apenas si habría dado unos cinco pasos cuando alguien tropezó con él:

—Usted dispense —dijo la persona.

—Igualmente —respondió Pepe. Pero antes de llegar al centro de la calle tuvo una sospecha. Hurgó en su bolsillo. La cartera había desaparecido.

Sin dudarle un instante, retrocedió de un salto y, a la tenue luz procedente del Fornos, vio la figura de un hombre perdiéndose en la oscuridad. Pepe corrió detrás y en la calle Peligros entrevió a un hombre débilmente silueteado por el resplandor de una cerilla^[7]. Antes de que él alcanzara al hombre, la cerilla se extinguió, pero Pepe

había tomado la distancia y dio un salto, sosteniendo la pipa con la mano derecha. Su mano izquierda fue a caer en el pescuezo del otro y le metió la boquilla de la pipa en plena espalda.

El otro trató de escapar a la presa de Pepe, pero éste le mantuvo sujeto por el cuello.

—Devuélveme la cartera —gritó Pepe.

El otro no esperó a que se le repitiese la orden. Sacó la cartera y la entregó.

—Eres un canalla —dijo Pepe—. Esta vez, te vas a ir sólo con esto —y le propinó una devastadora patada que alcanzó de lleno en los glúteos al otro. En ese momento, un reloj dio las dos.

Pepe oyó que el otro desaparecía a la carrera y se echó a reír:

—Era un hábil ratero, pero un mal bandolero —y reemprendió el camino hacia la casa de huéspedes sintiéndose muy orgulloso de sí mismo.

Cuando llegó a su habitación, Pepe procedió a examinar el contenido de su cartera para asegurarse de que no faltaba nada. Naturalmente, quedó muy sorprendido (mucho más sorprendido que el lector) al descubrir que no era su cartera.

La volvió del revés, en busca de una clave identificatoria. No contenía tarjetas personales, ni siquiera un monograma. Su único contenido, que en esos días de robos generalizados debiera ser lo más importante, eran varios billetes de banco que totalizaban la suma de quinientas pesetas.

Bien, era una extraña situación. Acababa de atracar a un inocente. Se había convertido en un atracador. ¿Sería la influencia de esos días lo que gobernaba las acciones de la gente? ¿Las negras circunstancias que se vivían en Madrid le estaban envolviendo para convertirle en un criminal, como todo el mundo? Pepe se echó a reír. No, él era una persona honrada y no se dejaría tentar. Mañana mismo le llevaría la cartera a su tío, no fuera a ser que alguien la reclamase, por más remota que fuese esa posibilidad en aquellos tiempos de escepticismo.

En ese caso, ¿qué había ocurrido con su cartera? Lo único seguro era que alguien se la había robado. ¿Sería una forma adoptada por la Providencia para recompensarle? ¿Sería una ley de compensaciones que había descendido sobre Madrid para defender a sus habitantes cuando la policía no podía, o no quería, cumplir su deber? Esa cartera contenía el doble de dinero que la suya. Lo justo era quedarse la mitad y devolver la otra mitad, dejando que fuera la tangible Providencia, cuya existencia era bien manifiesta, quien compensase al propietario de la cartera.

Pero no, Madrid, por más eficaz que fuera en la desmoralización de la gente, no podía erradicar tan rápidamente la influencia de tantos años en Inglaterra, y ya había discutido el asunto consigo mismo. Era demasiado tarde. Sólo con que hubiese dado por hecho que la cartera era la suya, tal y como lo creía cuando se la entregaron, hubiera sido correcto. Podría haberse gastado el dinero sin indagar en la cartera y sin admitir que no era suya (un caballero puede no ser consciente del dinero que tiene). Ello hubiera sido perfectamente correcto, incluso en Inglaterra. Pero ahora era

demasiado tarde. Ya sabía que la cartera no le pertenecía. Lo había admitido casi en voz alta en la soledad de su habitación. Su único testigo había sido el borroso reflejo de sí mismo en el espejo iluminado apenas por la vela. Pero eso bastaba. Ahora debía devolver la cartera. Y Pepe, pensando en lo bajo de fondos que estaba en ese momento, deseó no haber estado nunca en Inglaterra.

Se fue a la cama. Durmió. A la mañana siguiente se levantó y llevó a cabo sus abluciones tras llenar con agua fría la jofaina que había en un rincón del cuarto. La carencia de agua caliente le anonadaba. Y también la carencia de una bañera. Había, es cierto, una bañera en el extremo opuesto del corredor, pero sólo tenía agua fría y era necesario calentar una tremenda cantidad de agua para llenarla. Nunca hasta entonces había caído en la cuenta de la cantidad de agua que se necesita para darse un baño. Pepe decidió ser patriota y no bañarse, cosa que después de todo costaba una peseta. La peseta dio un salto en su mente y encontró eco en los sucesos de la noche anterior. Por una peseta había en Madrid una Lunarito, y quizá más, que te enseñaba el lunar. La misma cantidad que costaba tomar un baño. Indudablemente, los españoles tenían un asombroso sentido de la proporción. Arrojó un poco de agua fría sobre tales pensamientos y resopló otra vez. Se sintió parcialmente compensado poco después, cuando la criada le trajo un excelente chocolate con churros.

La criada que le trajo el desayuno era una niña de doce años, hiperdesarrollada incluso para los habituales cánones españoles de pubertad. El corto vestido infantil que llevaba, los calcetines que surgían de los zapatos de tacón alto y que se aguantaban en un soberbio par de piernas, le conferían un aspecto altamente provocativo.

Pepe la vio en el espejo. Imaginó en la pronunciada curva de sus pechos y caderas una dureza mineral que le estaba siendo comunicada. Olió la firme carne juvenil y, al volverse, la encontró mirando el cuello abierto de su pijama, que dejaba ver su pecho velludo. Los ojos de la chica estaban fijos en ese emblema de hombría mientras depositaba la bandeja con el desayuno sobre una silla. Pepe estaba seguro de haber despertado la admiración femenina. Sus típicos rasgos españoles se abrían paso en él. Se puso las manos en las caderas, abriendo un poco más el cuello del pijama. Notaba un persistente temblor en la garganta y una cierta opresión en el plexo solar. Para ocultarlo, pues ciertas personas creen que ni siquiera en las situaciones más crudamente carnales debe uno mostrar demasiado abiertamente sus propios deseos, si es que uno quiere satisfacer tales deseos, hizo algo sorprendentemente ingenuo, que demostró lo poco que en realidad sabía sobre España. Tomó la toalla que llevaba al hombro y, sosteniéndola desplegada con ambas manos ante sí, miró a la chica y gritó:

—¡Eh, toro! —Y, girando la toalla como si fuese una capa, añadió—: ¡Olé!

De no ser por sus palabras, la indumentaria era tan inadecuada y su estilo tan tosco, incluso ante tan graciosa vaquilla, que podría no haber sido reconocido. La chica, sin embargo, dio muestras de indudable sagacidad. Siempre mirándole el pecho, como hipnotizada por él, se inclinó con los brazos tendidos al frente y cargó a

la manera de un toro. Pepe, como un torero de verdad, no se movió, limitándose a girar ligeramente para tomarla en sus brazos. El rostro de la chica quedó aplastado contra el pecho desnudo y sus narices se hundieron en el abundante vello.

Y bien, cuando Pepe salió de la casa de huéspedes, después de haberse bebido el chocolate frío, se preguntaba cómo en España una simple niña podía enseñar a un adulto tantas cosas nuevas. La mañana era espléndida, una de esas típicas mañanas madrileñas, gaya, alegre, ruidosa y maloliente, salpicada de buhoneros y vendedores que anunciaban sus mercancías cantando:

—El florero... Clavelitos, quién compra claveles...

—El afilador...

—Cambio cerezas por chatarra.

Pepe observó que al hombre que vendía cerezas a cambio de chatarra ya no le quedaban cerezas, a pesar de lo cual seguía voceando una mercancía inexistente. El hombre había acostumbrado sus pulmones a ese grito periódico y probablemente explotara si no lo dejaba escapar. Pepe se dio a pensar cómo podría dormir ese hombre sin despertarse de pronto por sus propios gritos, pero vio interrumpidos sus pensamientos por un mendigo que le abordó:

—Caballero, una limosnita por el amor de Dios.

El hombre exhibía una actitud humilde muy estudiada y su aspecto era increíblemente andrajoso. Era una representación de la miseria como sólo puede verse en los países latinos, si se me permite decirlo.

Pepe preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

—Laureano Báez, pa servirle, caballero.

Pepe se sentía feliz y generoso esa mañana y le dio una limosnita.

—Dios se lo pague —dijo el mendigo, encaminándose ya hacia otra persona, y Pepe pensó que por una vez Dios ya le había pagado esa mañana. Por un instante, su felicidad se vio oscurecida debido a una intensa piedad por ese país suyo, por la interminable miseria y pobreza que había encontrado desde que cruzara los Pirineos. El oscurecimiento no tardó en verse disipado por la fragancia de la violeta que una muchacha le estaba prendiendo en la solapa. Pepe, que aquella mañana se sentía dicharachero y curioso, preguntó, echándose el sombrero hacia atrás y haciendo girar el bastón entre los dedos como hacen los auténticos madrileños en tales circunstancias:

—¿Cómo te llamas?

—Raquel Meller —dijo la muchacha, riendo al tiempo de retirar la mano. Decididamente, su gesto no había logrado hacer olvidar su vestimenta y ella continuaba tomándole por un extranjero.

La muchacha prendía ya otra violeta en otra solapa. Pepe se admiró de la volubilidad profesional y el rápido ingenio del pueblo español y, camino de la oficina de su tío, se complació en lo hermoso de la mañana.

Los clientes de los cafés hablaban de política mientras un camarero esparcía agua por entre las mesas. Grupos parados en las esquinas interrumpían de cuando en cuando su sempiterna discusión sobre toros para lanzar un piropo a alguna belleza que pasaba.

Señoritas con mantillas, pero mantillas negras y sobrias, sin peineta. Cosa que obligó a Pepe a corregir una falsa impresión. Desde su llegada no había visto una sola mantilla de madroños o blonda sobre una peineta. No había encontrado vistosos chales españoles, sino simples mantones negros sin bordados. Pepe había pasado fuera de España el tiempo suficiente como para esperar ese tipo de cosas, pero entonces cayó en la cuenta de que las únicas damas que lucían tales adornos estaban hechas de cera y permanecían en cajas de cristal. Sin embargo, vio a un par de hombres que lucían cordobeses y chaquetilla corta. Y luego vio algo que nunca cambiaría en España. Vio el cielo azul y ese sol deslumbrante que provoca un exagerado contraste entre luz y sombra. Sombras agudas, negras y espesas, impenetrables. Y una luz todopoderosa y estridente.

Pepe tenía aquella luminosa mañana un sentimiento de seguridad que hacía parecer los peligros de la noche pasada más un sueño que una realidad. Se palpó el bolsillo. Sí, la cartera seguía allí. La sacó para convencerse de que no había soñado y se encontró frente a la oficina del Prefecto de Policía.

Pepe entró sin llamar y encontró a su tío de pie frente a la mesa, apoyado en las manos y con la cabeza gacha como un toro a la espera del golpe definitivo. La mesa parecía atestada de papeles.

El Prefecto alzó la cabeza y miró tímidamente a su sobrino, al tiempo que abarcaba la mesa con un gesto:

—Aquí tienes. Cartas de protesta, quejándose, insultándome... Es un río continuo de cartas a lo largo del día...

Entró un chico con un nuevo puñado de cartas y las dejó encima de las otras. Don Benito miró a su sobrino y sacudió la cabeza exactamente como lo haría cualquiera en su situación. Ni siquiera faltaba la sonrisa amarga.

Pepe sintió lástima por él.

—Venga, hombre, ánimo. Esto no puede durar siempre. Volverán las luces y la paz será restablecida.

—Hmm... ¿vienes a traerme una queja más? ¿Te robaron anoche como te dije?

Pepe se sintió heroico:

—Sí, debo confesarlo. Una notable actuación, diría. Sin embargo, quiero excusarme por no poder pagarte las mil pesetas de inmediato.

El Prefecto hizo un elocuente gesto con la mano que venía a decir:

—Te lo advertí.

—Sería un auténtico robo cobrar esas mil pesetas.

—No tiene importancia. Me preocupan otros asuntos de mayor gravedad.

Y si todo esto lo dijo la mano, el Prefecto añadió:

—Pepe, espero poder confiar en ti...

Pepe no llevaba el tiempo suficiente en Madrid como para entender la elocuencia de una mano y lo malinterpretó:

—Naturalmente, tío, sabe que le pagaré.

—No me refiero a eso, Pepe, no seas tonto. Soy un buen tío y nunca les cobro las deudas a los sobrinos. Me refiero a si puedo confiar en ti como para confesarte algo.

Y Pepe trató de parecerse todo lo posible a un confesor.

Don Benito prosiguió:

—Pepe, hijo mío, me han robado...

El rostro de Pepe se contrajo de forma simpática.

—Sí, me han robado. Anoche, después de dejarte a ti. Cinco hombres armados cayeron sobre mí y me rodearon con sus armas. Supe que era inútil luchar. No es que tuviese miedo, pero debo mi vida a la seguridad de Madrid. El público depende de mi existencia para defenderla. Me resultó imposible arriesgar una vida que apenas me pertenece. En fin, que se llevaron mi cartera.

Pepe abrió la boca.

El Prefecto no le dejó hablar.

—No me importa el dinero, naturalmente. Es la cartera lo que lamento. ¿Comprendes? Me fue regalada por cierta persona. Seré más franco contigo: fue una dama. Esta dama es muy sentimental y siempre quiere que guarde los regalos que me hace. Estoy seguro de que la próxima vez que la vea me preguntará si continúo usando la cartera que ella me regaló. Basa toda nuestra relación sentimental en esas fruslerías, y estoy seguro de que en cuanto descubra que ya no tengo la cartera será un desastre. Nunca me lo perdonará. Si le digo que la he perdido, alegrará que no valore los regalos que me hace. Y si le digo que me la han robado, haré el ridículo. Y no puedo decirle que estaba demasiado vieja y que la he puesto en un cajón con otros recuerdos, porque sólo hace dos semanas que me la regaló. ¿Qué puedo hacer?

Pepe volvió a abrir la boca para responder, pero su tío le indicó que guardase silencio. Su pregunta había sido puramente formal.

—Estaba pensando en poner un anuncio ofreciendo mil pesetas de premio, pero eso sería exponerme a la rechifla general. La gente se burlaría. ¡El Prefecto de Policía robado! Las circunstancias que se dieron durante el atraco no suavizarían el hecho de que el Prefecto de Policía haya sido robado. Con independencia de lo heroicamente que me porté en esa ocasión, sería el hazmerreír de Madrid. Como si un prefecto no fuera humano, como si... bien, ya me entiendes. No tiene sentido... sería...

Pepe permanecía de pie al otro lado de la mesa. Estaba inclinado hacia delante y con una mano sobre el hombro del Prefecto. En otras palabras, Pepe había adoptado una actitud protectora.

—¿A qué hora ocurrió?

—Un reloj dio las dos durante el atraco.

—¿Y cuánto dice que ofrece en recompensa?

—Mil pesetas... pero como te he dicho...

No acabó. Pepe estaba sacando algo y tenía una astuta, una muy astuta sonrisa en los labios:

—¿Es ésta su cartera?

Don Benito Calínez, el hombre que detestaba a la gente que fallaba en los momentos clave, estuvo perfecto. Emitió sin la más leve vacilación una serie de exclamaciones de lo más correcto y apropiado, dadas las circunstancias, y terminó diciendo:

—Pero, ¿de dónde la has sacado?

—Psss... Eso es asunto mío, tío. Es uno de mis pequeños secretos, ¿no lo sabía? Mientras estuve en Inglaterra estudié para detective bajo la supervisión personal de Sherlock Holmes.

Dado que era Prefecto de Policía, don Benito sentía un decidido desprecio por las historias de detectives y, por lo tanto, desconocía si Sherlock Holmes era o no una persona real.

—¿Ah, sí? ¡Qué sinvergüenza! —Sentía una amistad casi loca hacia su sobrino y le dio un golpe en las costillas—. ¡Mira que no habérselo dicho nunca a tu tío!

—Bueno, era una pequeña sorpresa que le tenía reservada. Ésa es quizá la razón principal de que me hayan expulsado del colegio. No prestaba suficiente atención a mis estudios, ya que me pasaba el tiempo ayudando a la policía. Y, ya que sale, ésa es también la razón por la que no he tenido tiempo de recuperar mi cartera. Sabía que la suya era más importante. Sabía que tenía una historia sentimental.

El Prefecto estaba realmente asombrado.

—Pero cómo puedes saber...

—Es la forma que tenemos los detectives de enterarnos de cosas, tío...

—Bien —el Prefecto se sentía efusivo y dignificado—. Debo felicitarte, no sólo en tanto que tío orgulloso, y no sólo en tanto que amigo agradecido que te debe un gran favor, sino como un colega que te admira. Dime qué puedo hacer por ti. Tu tío nunca olvida las buenas obras de sus sobrinos.

Pepe se encogió de hombros con modestia.

—Sí, Pepe, sí. Debería escribir una carta, una carta oficial a ese caballero, a ese gran hombre... ¿has dicho que se llamaba Chermolovsky?

—Sherlock Holmes —corrigió Pepe.

—Bien, debería escribirle una carta diciéndole que puede estar orgulloso de su pupilo, que...

—Oh, no te preocupes por eso. Lo que he hecho carece de importancia. Si te contara alguno de los casos que he resuelto en Inglaterra...

Se abrió la puerta y el chico que había traído el nuevo puñado de cartas entró portando un paquete que depositó frente al Prefecto.

Don Benito miró el paquete y se lo entregó a Pepe:

—Es para ti, me lo han mandado para que lo guardara.

Pepe abrió el paquete. Contenía una cartera que reconoció como la suya. Encima de la cartera había una carta escrita en recado del Café El Diamante.

La nota decía:

Querido Pepe:

Perdona por haberte robado la cartera. Te aseguro que fue un error y te la devuelvo. No conozco tu dirección y se la envió al tío Benito, que te la dará a ti. Espero que te guste España. Debes de haberla encontrado muy cambiada desde que te fuiste. Perdona otra vez. Buena suerte y, si no eres demasiado orgulloso para aceptarlo, recibe un fuerte abrazo de tu hermano que te quiere

Gastón

P. S. Si alguna vez necesitas algo, no dudes en acudir a mí. Siempre podrás encontrarme por medio del dueño de El Diamante.

Pepe sintió otra vez el mismo temblor en la garganta y la misma opresión en el plexo. Esta vez, por causas diferentes a las de esa mañana temprano.

«Qué país, España —pensó—. Dos veces en la misma mañana, y debido a estímulos diametralmente opuestos, mi sistema de simpatías ha resurgido. Dos veces en la misma mañana esta tierra emocional ha puesto de manifiesto mi humanidad. Lo que ha sido puesto de manifiesto en mí es lo que nos hace empezar en la vida y desear seguir adelante.» Y Pepe metió la nota doblada en la cartera y se guardó ésta en el bolsillo.

—Bueno, tío, ¿comemos juntos? Supongo que ahora se siente más feliz. Yo también me siento feliz.

—Déjame descansar un poco, hijo mío. Últimamente he pasado mucho —y el Prefecto se dejó caer en el sillón sólo para levantarse lentamente, con el rostro contraído por el dolor. Seguía estando terriblemente magullado.

Chinelato

I

EL OGRO

Hay individuos cuyas vidas están tan colmadas de acción y aventuras que parecen elásticas para dar cabida a tantos incidentes sin romperse; incidentes que en muchos casos tienen añadido un sabor romántico perteneciente a una época ya pasada y acabada.

Tal era el caso de cierta persona que una vez vivió en los suburbios de Madrid, en la calle de Ayala, para ser más exactos.

A las diez en punto de la mañana podía verse su landó parado frente a su casa con un cochero y lacayo ataviado con una impecable librea. Entonces salía él, con dignidad y lentitud exageradas. Usualmente con sombrero de copa, un ligero abrigo veraniego de color marrón claro que no ocultaba la parte baja de sus pantalones a cuadros y sosteniendo un bastón con empuñadura de marfil.

Ése era un rito habitual. El lacayo abría para él la puerta del jardín y luego la del landó, en el cual introducía el amo su majestuosa persona.

Entonces, su público permanente del verano (nadie en el grupo debía de tener más de seis o siete años) permanecía agrupado a respetable distancia, y súbitamente rompía a cantar a coro:

*Alto, gordo y chato,
Juan Chinelato;
tira los garbanzos
y se come al gato.*

Él solía mirarlos con enojo evidente y murmurar algo para su bigote en un idioma que no comprendían.

Pero aun cuando esa repetida reacción frente a una persona que de tal modo irradiaba cosmopolitismo confería a aquellas calles suburbanas un aspecto decididamente provinciano, tanto la reacción como la cancioncilla estaban más que justificadas por la extraordinaria persona que había irrumpido en unas vidas curiosas e incipientes como un meteoro o una nota discordante.

Juan Chinelato, o al menos el caballero conocido por tal nombre, que visiblemente le molestaba, había alquilado una casa en los suburbios de Madrid. En realidad, era oficialmente conocido como el señor Olózaga e ignoro quién inventó o

descubrió el otro nombre. Ni siquiera recuerdo cómo aprendieron los niños la cancioncilla que era su forma de saludarle cada vez que se dejaba ver.

Sin embargo, Juan Chinelato, o el señor Olózaga, era un gigante. Era alto y sus hombros, extraordinariamente anchos. En pocas palabras, era un hombre grande, cuadrado y corpulento como un atleta. Su cara, además, era asimismo digna de atención. De rasgos planos y mandíbula fuerte, tenía los ojos fríos y pronunciadamente oblicuos y, en aquel tiempo, su pelo todavía era negro, tanto en la cabeza como en el curvado mostacho. Tenía una marcada apariencia oriental que contrastaba excesivamente con su atuendo europeo. Podría haber sido tomado por un chino, de no ser por el tono verde oliva de su piel. Quiero decir oliva en el sentido literal, no el color oliva que suele atribuirse a los españoles, sino el auténtico color oliva que confería a ese hombre un aspecto malayo.

Algunos habían visto el interior de su casa y decían que estaba lujosamente amueblada y en un estilo exótico y raro, y otros le habían visto salir al balcón vestido con una bata de vivos colores y fumando una larga pipa.

Se decía que podía despacharse él solo un cerdo asado entero y un barril de ron, que era bígamo y que sus otras esposas habían desaparecido de forma misteriosa. En realidad, atraía la curiosidad del vecindario entero y se contaban de él las historias más fantásticas. Naturalmente, no era español y en sus venas se mezclaba la sangre de todas las razas para dar como resultado un personaje extraño y peligroso.

Todo lo cual era más que suficiente para despertar la curiosidad de los niños y suscitar su interés y sus murmuraciones, por no mencionar las de los mayores, y durante los veranos el vecindario entero parecía enfebrecido. Esa persona atemorizaba y atraía a todo el mundo, y muchas veces debió de aparecer en los sueños de la mayoría, a veces como un ogro negro, otras como un dragón chino, siempre escupiendo fuego y devorando criaturas.

Eso era lo que la imaginación había inventado o descubierto acerca de la persona del señor Olózaga, un excéntrico y exótico caballero que en casa vestía una bata de colores y fumaba a veces una larga pipa, que había alquilado una casa para el verano en los suburbios de Madrid y que todas las mañanas salía de casa y se dirigía en su carruaje al centro de la ciudad dejando atrás un grupo de niños excitados que cantaban a coro:

*Alto, gordo y chato,
Juan Chinelato;
tira los garbanzos
y se come al gato.*

LA MISIÓN

Al señor Olózaga le encanta hablar de sí mismo. En verdad, su vida es un fantástico tema de conversación. Pero tengo la impresión de que guarda para sí mismo una gran parte que deja a oscuras, y de que en ocasiones cambia los nombres de personas y lugares. Mucho de lo que sé acerca de su vida se lo debo a él, pero también a personas que le han conocido en diferentes períodos.

Su opinión sobre sí mismo y la opinión que tienen sobre él otras personas, difiere en ocasiones radicalmente. Mientras que él insiste en que por sus venas corre sangre de dinastías remotas y príncipes legendarios, otras personas insisten en que se trata de un vulgar aventurero que descende de parias coloniales de baja extracción o de sabe Dios qué. Y yo digo que podrá ser un aventurero, pero no vulgar. Realmente ignoro de qué raza o razas proviene, pero sé que es español y que viaja con pasaporte de tal. Tengo la impresión de que posee tantos enemigos como amigos, y de que hace amigos con facilidad. Creo que muchos envidian su innata habilidad para hacer un éxito de su vida, el poder mostrar fotografías en las que aparece junto a la realeza y los grandes nombres europeos, el hablar con facilidad todas las lenguas existentes, y el vivir como un príncipe, gastando una tremenda cantidad de dinero. Tiene mucho de exhibicionista y de cínico, pero en conjunto es un tipo excelente.

Sus orígenes son oscuros. Ni él ni nadie han sido capaces de darme una idea de quiénes fueron su padre y su madre. Recuerda vagamente un día, siendo niño, en que llegó a una casa frente a la cual había reunida mucha gente. Cuando entró, vio una mujer muerta en el suelo. Entonces vino alguien y se lo llevó.

Después de eso queda la memoria de un día y una noche viajando, y luego otro día más a lo largo de terrenos pantanosos y campos de arroz en los que trabajaban hombres y mujeres, y montañas nevadas en la distancia. Todo ello acompañado de la imagen de un caballero de espesa barba y que olía fuertemente a tabaco. A continuación viene el recuerdo del despertar en una cama y del hombre de la barba espesa que entraba en la habitación para llevarle a otra más grande, donde había más hombres de barbas espesas que también olían fuertemente a tabaco. Después de eso comió arroz con leche y recuerda el sabor del chocolate por vez primera en su vida. Le llevaron a un jardín en el que había más niños.

Todos sus recuerdos de aquella época son confusos. No recuerda si fue esa misma tarde o algunos días después cuando se encontró en una gran sala con ventanas de cristales policromados, al fondo de la cual había una suerte de mostrador cubierto de blanco mantel. Había hombres y mujeres vestidos en su mayoría con ropas azules y rojas que llevaban aros dorados en la cabeza, y numerosas velas que un hombre barbudo iba encendiendo.

Entonces se encontró suspendido sobre una pila de mármol mientras le vertían agua sobre la cabeza. Oía hablar en un tono de voz monótono y de lo alto llegaba música suave. A partir de entonces, fue llamado Juan Chinelato.

Permaneció algún tiempo con esas gentes y se encontró a sí mismo hablando en español. Le enseñaron el catecismo y matemáticas y geografía, y así fue como

descubrió que aquel lugar pertenecía a una entidad mucho más amplia llamada Imperio Chino. Esa gente le enseñó asimismo a ayudar en la misa y llegó a ser capaz de pronunciar algunas frases en latín. Aprendió a manejar el incensario y a robar ocasionalmente un trago o dos de la vinajera del vino de consagrar.

Dos veces al mes era introducido en una cabina oscura donde encontraba la misma barba espesa y el fuerte olor a tabaco, y se le hacían las mismas preguntas, que él siempre contestaba lo mejor que sabía. Le pedían que rezara tales o cuales plegarias. Invariablemente, al día siguiente, antes del desayuno, era conducido en fila con otros chicos hasta el fondo de la gran sala, donde estaban las numerosas velas, y otra barba espesa que olía a tabaco le daba una insípida oblea para que se la tragase.

Hasta que una noche, cuando él debía de tener unos diez años, se produjo una gran confusión en el lugar. Se oían voces y también el sonido de disparos. Él y los demás niños se levantaron de la cama medio dormidos y vagaron por los pasillos. Allí encontraron un gran desorden. Los monjes iban y venían portando fusiles. Se asomaban a las ventanas y disparaban contra la oscuridad. Juan Chinelato no sentía miedo, sólo curiosidad. Mientras los demás niños se apretujaban en una esquina, bajó tranquilamente las escaleras y encontró una barricada en el vestíbulo principal y a otros monjes con armas apostados en las ventanas.

Entonces oyó voces fuera, voces extrañas que le trajeron el recuerdo de otra noche en una gran casa cuyo frontis estaba iluminado por el rojo resplandor de un incendio, así como de un hombre blanco que luchaba contra chinos, iluminado por aquella luz roja, y de una mujer que gritaba en el interior de la casa. Esos recuerdos le invadieron con fuerza irresistible, despertando en él un ansia insospechada de gestas heroicas y salvajes que él había imaginado muchas veces en sus noches insomnes. Algo surgió en su interior que le empujó hacia una ventana, y al mirar hacia fuera oyó más nítidamente las voces y los disparos en la oscuridad. Algo chocó contra la ventana y todo quedó a oscuras.

Cuando despertó, cabalgaba a velocidad de vértigo sobre un caballo, sostenido por dos fuertes brazos. Quedó confuso y cuando alzó la cabeza su mejilla entró en contacto con una barba espesa y sus narices percibieron el conocido olor a tabaco. Entonces dijo una voz:

—¿Cómo va tu cabeza?

Miró a lo alto y vio al mismo monje que ya le había salvado algunos años atrás. Le contó que había tenido lugar un alzamiento de bandidos chinos, quienes habían atacado la misión, asesinando a casi todo el mundo y prendiendo fuego al edificio. Juan había resultado herido y el monje había logrado apoderarse de un caballo para escapar con él a través de las líneas chinas.

Juan se llevó la mano a la cabeza y encontró una venda. La noche ahora era clara, casi deslumbradora, y había una luna enorme, como las que pintaban los chinos en los biombos. Juan volvió a ver las tierras pantanosas y los campos de arroz, y a lo

lejos vio asimismo las montañas nevadas recortadas contra el cielo. Y recuerda que corrieron como el viento en la noche, y que se quedó dormido.

Aquella deslumbrante noche de aventura constituía el telón de fondo de su vida.

AVENTURA

Alrededor de los dieciséis o dieciocho años de edad, la fuerza de Juan Chinelato debió de ser realmente notable.

Se sabe que estuvo remando en algún tipo de barco de condenados en el que los remeros iban encadenados a los bancos.

Juan Chinelato hablaba con el hombre que remaba frente a él cuando llegó el guardián.

—Tú, mono asqueroso —gritó—. Te voy a enseñar a tener la boca cerrada y a ocuparte de tu trabajo —y le propinó un latigazo terrible en la espalda desnuda.

Era la primera vez que Juan Chinelato se veía tan brutalmente insultado en público y él se ufanaba de que nadie le hubiese hecho eso impunemente en toda su vida. Sus fríos ojos refulgieron como dos carbones ardientes. Soltó el remo y, de un solo tirón, tanto la cadena como el banco quedaron rotos y retorcidos. Entonces se volvió contra el aterrorizado guardián, que no tuvo tiempo de pedir ayuda, y de un solo golpe con la gruesa cadena lo mató, abriéndole la cabeza como un melón.

Todos los remeros en torno a él quedaron en silencio debido al temor por la súbita tragedia. Juan Chinelato estaba perdido. Otros guardianes se acercaban, armados con pistolas y cuchillos. Sólo se podía hacer una cosa, y Juan Chinelato la hizo. De un salto prodigioso, pasó por encima de la borda y desapareció bajo el agua en un mar infestado de tiburones.

Los guardianes dispararon un par de veces por mera formalidad y luego procedieron a restablecer el orden, pues sabían que, de todas formas, la justicia no tardaría en ser ejecutada.

Pero ésa fue una de las diversas ocasiones en la vida de Chinelato en que la justicia no llegó a ser ejecutada. Su persistente fortuna, unida a su hercúlea constitución y a una infinita reserva de energía, le llevaron con éxito a lo largo de una vida que hubiera acabado con diez hombres normales. Estuvo flotando durante dos días consecutivos hasta ser recogido por un barco mercante que navegaba entre China y las Filipinas y cuyo capitán, un español de pésima reputación, efectuaba bajo mano tráfico de opio y otros bienes prohibidos.

Su poderío físico debió de ganarle el respeto y la amistad de la tripulación y su capitán. Tras los trabajos del día, cuando la cena había sido consumida y los marineros se sentaban en corro a ver ponerse el sol tras el horizonte, solían

organizarse sesiones de lucha en las que Juan Chinelato salía invariablemente vencedor.

La fama y la popularidad de su fortaleza no tardaron en extenderse y en todos los puertos que tocaban se enfrentaba al más fuerte de las demás tripulaciones y lo derrotaba con facilidad, hasta hacerse con el indisputado título de Campeón del Mar de China.

Mientras tanto, fue incrementando su influencia sobre el capitán. Para entonces, ya hablaba español, chino y varios dialectos. Lo cual, unido a su rápida inteligencia, su ingenio siempre a punto y la elasticidad de su conciencia, debía de conferirle un incalculable valor a los ojos de su anciano capitán, que empezó a considerarle su mano derecha en toda suerte de oscuros negocios.

Todo lo que se sabe de esta etapa de su vida es que, en compañía del capitán, recorrió aquellos mares e islas, y que fue así como hizo su primera fortuna; que un día, tras haber estado fuera durante algún tiempo, reapareció en Mindanao sin el capitán, con el mando absoluto del barco, ahora dotado de nueva tripulación. En el primer puerto vendió el barco y la tripulación, y se estableció en Manila.

Allí se dio a la bebida y llevó una existencia tumultuosa... Sus dos principales debilidades habían sido el juego y las mujeres, y ambas cosas a punto estuvieron de disolver su fortuna en menos de dos años. De nuevo volvió a encontrarse al borde de la miseria, pero no era hombre al que asustasen tales nimiedades. Poseía una gran fama, buena o mala, su reputación estaba bien establecida en aquella parte del globo y poseía demasiados contactos para permanecer mucho tiempo sin fortuna. Así que puso firmes los hombros y se preparó para ir en busca de nuevas aventuras.

UNA VISIÓN

Una tarde, mientras Chinelato se dirigía en su carruaje hacia La Luneta, vio a una de las pocas mujeres a las que realmente habría de amar en su vida.

Fue una súbita e inesperada visión que momentáneamente perturbó todas sus facultades mentales. Ella iba en un carruaje ligero, completamente vestida de blanco, pero su traje, al igual que sus rizos dorados y su nívea complexión, quedaban teñidos de un rosa subido procedente del parasol rojo que ella sostenía sobre su cabeza y la de la anciana dama sentada a su lado, y esos reflejos rojos hacían que sus grandes ojos azules pareciesen dos maravillosas amatistas púrpura.

Chinelato no percibió los detalles. Había quedado paralizado por esa fugaz visión en rojo y oro que se alejaba en el crepúsculo envuelta en una nube de ilang-ilang y sampaguita. Él se volvió literalmente dentro de su carruaje y se apoyó en la capota plegada como si fuese una ventana, con la boca abierta y los ojos clavados en el rojo

parasol que se empujaba en la distancia como una amapola arrastrada por el viento en la incandescencia del atardecer.

El caballero sentado a su lado le tiró de la manga y dijo suavemente:

—¿Le gusta, señor Chinelato?

—¿Quién... es? —preguntó, todavía no del todo repuesto de la impresión.

—Es la señorita Bejarano, hija única de don Esteban Bejarano y Ulloa, un funcionario del gobierno español.

—Bien, pues es la criatura más hermosa que yo haya visto en mi vida, aunque sea hija de un funcionario del gobierno español.

—Pero, señor Chinelato, creía que usted ya había pasado la época de mirar a las mujeres hermosas. Es usted un hombre casado.

—Usted sabe perfectamente lo mucho que, en estos países, el matrimonio se interpone en el camino del amor... Esa muchacha es sencillamente maravillosa y si yo...

—Pero también su esposa es muy bella, señor Chinelato...

A Juan Chinelato siempre le enfurecía el que la gente pusiese objeciones a lo que deseaba.

—Si encuentra que mi esposa es tan bella, quédesele —dijo brutalmente.

El otro alzó ligeramente las cejas, pero volvió a sonreír con suavidad:

—Qué cosas dice usted, señor Chinelato.

—¡Qué diablos! Digo lo que pienso y lo digo claramente. Mi esposa ya no me interesa. Busco la diversión donde sea. Ella puede buscar sencillamente alguien que la ame más asiduamente que yo, salvo que sea un cura.

El otro se echó a reír.

—De verdad, no me importa ser un cornudo, pero me niego a ser el proveedor de un cura. ¡Qué diablos! Ellos son los sempiternos destrozahogares de este país. No hay ni un solo hogar en el que no hayan escondido a su bastardo en alguna esquina. Están todos gordos y lustrosos... y ya sabe usted cuánto me gustan las mujeres gordas y lustrosas.

—Sí, la señorita Bejarano está llenita y muy desarrollada para su edad.

A la sola mención de su nombre, Chinelato cayó en una ensoñación. Parecía hablar para sí mismo y chasquear la lengua mentalmente. Permaneció silencioso un rato más y entonces concluyó en voz alta:

—... sí, es una mujer de bandera —y volvió a caer en la ensoñación para no hablar de nuevo durante el trayecto.

Cuando despertó de sus pensamientos, el carruaje estaba parado y su acompañante le invitaba a cenar.

Chinelato se excusó y dijo adiós. Cuando el cochero empezaba a dar la vuelta hacia la casa, le tocó en el hombro con el bastón y dijo:

—Llévame a dar un paseo de una hora por donde sea. No me importa la dirección que tomes, límitate a dar vueltas y luego llévame a casa de don Esteban Bejarano —y,

echándose hacia atrás en los cojines, cerró los ojos.

Y durante largo rato permaneció en la misma posición, sin abrir los ojos, hasta que el coche se detuvo frente a la casa de don Esteban Bejarano y Ulloa.

II

EL MANDARÍN NEGRO

—¿Así que conoce usted al Mandarín Negro?

—Nunca le he visto personalmente, pero he oído hablar de él.

—Era un personaje novelesco y no puedo evitar admirarle. De haber tenido más hombres de su talla, quizá España no hubiera perdido las Filipinas frente a los Estados Unidos.

—Pssé... No sé qué decirle. Quizá con más hombres de su talla, España hubiera perdido las Filipinas frente a los nativos. Y quizá, de no ser por los Estados Unidos, él hubiese acabado por quedarse con todo el país. Prácticamente lo gobernaba él... y eso que tenía enemigos a ambos lados de la trinchera.

—Sí, era un personaje poderoso y, por aquel entonces, el hombre más influyente. Le tenían miedo. En conjunto, conocía demasiado bien a la humanidad.

—Poseía dinero y conocía el precio de los hombres. En sus transacciones con las autoridades españolas, decía que si deseaba convencer a un hombre ponía un montón de oro para ir añadiendo piezas, y que cuanto más alto se hacía el montón, más débil se volvía el hombre, hasta que caía la pila y el hombre caía también. Era un filósofo, y también un cínico.

—Sí, todo el mundo tenía su precio allí, pero fracasó una vez. Ciertamente que no se trataba precisamente de un asunto político, sino personal, pero ésa fue la primera vez que no obtuvo lo que se había propuesto. Y también fue la primera vez que no se pudo vengar... Pero, ¿no ha oído hablar de aquel incidente?

—Tengo sólo una vaga idea.

Un día, el Mandarín Negro llamó a la residencia de don Esteban Bejarano y Ulloa.

Cuando le fue anunciada, don Esteban no llegó a mostrar la natural sorpresa que tan excepcional visita debiera haber provocado en él. El Mandarín Negro no tenía por costumbre relacionarse con las autoridades españolas; más bien se dignaba recibirlas en su propio palacio, donde las agasajaba de forma condescendiente y regia.

Sin embargo, don Esteban Bejarano y Ulloa no parecía estar sorprendido. Ni siquiera cuando apareció ante él el Mandarín Negro. Era sabido que el Mandarín Negro vestía invariablemente su atuendo nativo, costosas telas de colores contenidos que ocasionalmente dejaban entrever forros centelleantes. Pero aquel día el Mandarín Negro iba ataviado con un immaculado traje blanco cerrado hasta el cuello, cuya blancura hacía que su gigantesca figura pareciera aún más alta, y llevaba el sombrero en una mano y un abanico en la otra. Salvo por el rostro y las manos, el Mandarín Negro parecía perfectamente europeo.

Por tercera vez afirmo que don Esteban Bejarano y Ulloa no estaba sorprendido. Se limitó a dar unos pasos para recibir a su huésped y decir:

—¡Señor Chinelato! ¿A qué debo el honor de su visita?

El Mandarín Negro se inclinó e intercambió un apretón de manos al más puro estilo europeo, pero su rostro, tan impenetrable como la superficie de un lago, no se curvó bajo la insinuación de una sonrisa.

Don Esteban le indicó un asiento y tomó asiento a su vez en una silla frontera, y de una mesita cercana tomó un pay-pay con el que empezó a abanicarse lentamente.

Aunque en el exterior el día era tan abrasadoramente cálido como de costumbre, en la estancia donde estaban sentados los dos hombres prevalecía un cierto frescor. Las cortinas echadas proporcionaban una pronunciada y refrescante penumbra que confería, especialmente al pálido rostro de don Esteban, una tonalidad grisácea. Los dos hombres se abanicaban rítmica y silenciosamente. Hasta que, a través del porche y procedentes de alguna de las habitaciones, las notas de una melodía interpretada al piano vinieron a incrementar la quietud del momento.

Don Esteban Bejarano y Ulloa volvió a hablar:

—Sí, señor Chinelato, ha sido una gran suerte que haya venido hoy. Mañana a esta hora estaré bajo los efectos de la fiebre, y me hubiese visto privado de este placer.

El Mandarín Negro parecía distraído. O bien escuchaba la música, o bien pensaba en las veces en que otros hombres más importantes que el ahora sentado enfrente suyo habían venido a él temblando de fiebre y a duras penas capaces de andar, pues no se sabía que el Mandarín Negro hubiese propuesto nunca una entrevista por dar gusto a alguien.

Don Esteban llevaba el peso de la conversación:

—Sí, esta fiebre periódica es muy fastidiosa... Ésa es mi hija, que toca el piano.

El Mandarín Negro cerró el abanico como quien cierra la *cadenza* de una melodía.

—Señor Bejarano, llevo algún tiempo tratando de discutir un asunto que usted pospone persistentemente —su español era perfecto. En su pronunciación no había una sola *l* en lugar de una *r*. Sonaba más bien como el de un latinoamericano—. Hoy he venido a obtener una respuesta definitiva. He venido a solicitar la mano de su hija.

Don Esteban perdió dos golpes de abanico y luego prosiguió abanicándose sin decir nada. El Mandarín Negro siguió el abanico con sus ojos oblicuos y helados. Don Esteban contó cinco golpes y dijo:

—Señor Chinelato, aprecio el honor, y estoy seguro de que mi hija también sabrá apreciarlo —había un ligero tono de burla en la voz de don Esteban. La música había cesado en la habitación contigua—. Señor Chinelato, usted no lo comprende.

El Mandarín Negro decidió no entenderlo.

—Naturalmente, señor Bejarano, siempre habrá ciertas objeciones en cuestiones de esta naturaleza... después de todo, es la costumbre —el Mandarín Negro se

mostró cínico, y quizá ligeramente insultante. Don Esteban siguió abanicándose plácidamente.

—Señor Chinelato, no me cabe la menor duda de que es usted consciente de esa tan cacareada intuición femenina que supuestamente les sirve a las mujeres para sustituir todas las restantes cualidades espirituales de las que carecen... Bien, no piense ni por un momento que me estoy tomando la libertad de hablar por mí mismo. Mi hija me ha dicho esta mañana que en la eventualidad de que usted nos concediese el honor de una visita y una propuesta, ella me autorizaba a rehusar en su nombre... De no ser así, señor Chinelato, yo le hubiera puesto en contacto con ella.

Desde la habitación contigua llegaron ahora las notas del *Rondeau Capriccioso* de Mendelssohn^[8]. Las chispeantes frases se perseguían unas a otras de forma alegre y bienhumorada. El Mandarín Negro se puso tieso:

—Pero, señor Bejarano, ¿qué objeciones hay? Indudablemente, su hija se ha precipitado un poco. Soy un hombre influyente y de posición. Para ponerlo francamente, y sin vanagloria, puedo decir que soy un partido muy apetecible. Decididamente, su hija no ha considerado mi influencia y posición...

—Señor Chinelato, es innecesario prolongar más esta penosa situación. Se lo agradezco personalmente y en nombre de mi hija, y créame que lamento verme obligado a negarle lo primero que me ha solicitado usted desde que he tenido el privilegio de conocerlo.

El Mandarín Negro estaba empezando a perder la paciencia. Había razones por las que un hombre como él no debía esperar aquel rechazo ni el verse en la necesidad de ser tan persistente.

Dijo:

—Pero estoy dispuesto a esperar. No puedo contar con ser aceptado de inmediato por su hija, aunque no veo qué razón hay para ello. Pero aceptemos que hay personas que necesitan cierto tiempo para decidirse. Todo lo que pido es que se me permita visitar a su hija, hablar con ella, verla... y lo espero como hombre enamorado y como caballero.

—Es inútil, señor Chinelato... usted no lo entiende... y no parece querer comprenderlo... ¿Sabe usted, señor Chinelato? Mi hija es blanca...

Aunque el Mandarín Negro estaba sentado contra una ventana cerrada y sus rasgos quedaban en penumbra, don Esteban vio centellear sus ojos. Se produjo un largo silencio, durante el cual el Mandarín Negro se contempló las manos al tiempo que su pecho poderoso se agitaba. Un viento de salvajismo trajo a su mente olvidadas visiones que regresaron con insoportable claridad. Se representó la fachada de una casa iluminada por el rojo resplandor de un incendio y a un hombre blanco luchando con chinos, y luego oyó nítidamente los gritos de una mujer y sintió un latigazo en su espalda desnuda y se encontró a sí mismo en el remo de un barco de galeotes. Su pecho se hinchó y volvió a deshincharse, y sus ojos, ahora helados, descendieron una vez más hasta sus manos.

Don Esteban prosiguió:

—Lamento infinitamente tener que mencionar este hecho, pero...

El Mandarín Negro hizo un gesto en el aire con su abanico cerrado: un gesto convencional, de disculpa a su interlocutor, que su expresión desmentía. En la habitación contigua sonó de nuevo la música. Tras una corta pausa, el tema del rondó había reaparecido saltando en el teclado como el riente eco de una frase cómica alternándose con acordes amplios, excesivamente persuasivo, demasiado impertinente.

El Mandarín Negro se puso de pie.

—No esperaba otra cosa de un hombre de su clase, pero me sorprende que no advierta la conveniencia de mi propuesta, tanto para su hija como para usted. Usted no es más que un tonto aprisionado por viejas ideas y prejuicios.

Don Esteban dejó su pay-pay y se levantó a su vez:

—Señor Chinelato, creo haberme comportado con gran educación. Ahora debo rogarle que me ahorre la desagradable visión de su persona.

El Mandarín Negro recogió su sombrero del asiento.

—También yo me he comportado con gran paciencia, ya que no con educación, señor Bejarano, y permítame decirle que comprendo bien su posición, una posición que usted rehúsa mejorar pese a estar en situación de hacerlo, y que por su estúpido prejuicio racial está rechazando a un hombre por cuyas venas circula la sangre de las más encumbradas dinastías, un hombre que podría haberle salvado de la ruina y haber hecho feliz a su hija.

—¿Hacer feliz a mi hija? ¡Señor Chinelato! Yo puedo ser estúpido, pero no hasta ese extremo. Aunque mi hija le aceptase a usted, y aunque no existiera el prejuicio racial, todo lo cual es llevar demasiado lejos la hipótesis, yo me negaría, señor, me negaría... ¿Acaso, como le ocurre a todo el mundo, no conozco su pasado? Podría preguntarle: ¿qué les pasó a su primera y a su segunda esposa? Señor Chinelato, está usted loco sólo con soñar que yo podría confiar mi única hija a las manos de un hombre como usted... Indudablemente, no está usted en sus cabales.

Las frases burlonas del rondó se habían magnificado ahora en una melodía profunda, sólo para retornar abruptamente al tono juguetón.

—No, no lo estoy. No he vuelto a estar en mis cabales desde el día en que vi a su hija... Sí, he estado loco, no he pensado en nada más, e independientemente de la clase de hombre que haya sido, ¿se me puede negar el derecho a estar enamorado? He venido aquí lleno de sinceridad y con los mejores sentimientos... He venido a poner mi fortuna, mi nombre y todo cuanto tengo, a los pies de su hija, y me encuentro con burlas insolentes, una actitud insultante, e incluso se me ha echado en cara mi raza como si fuera un estigma... —Su puño se cerró y el abanico cayó al suelo, destrozado como una flor arrancada y pisoteada.

—Señor Chinelato, repito que no entiende, que se niega a entender...

De la otra habitación llegó con estridencia una falsa nota y la música cesó. Más tarde, la alegre frase fue reiniciada con dificultad, como un chiste mal contado y más ofensivo en su torpeza. El Mandarín Negro dijo:

—Yo comprendo, señor; afortunadamente he recuperado mis sentidos. No es ésta la primera vez que usted me ha disgustado. He sido demasiado indulgente con usted, pero, por Cristo que le voy a expulsar de este país.

Don Esteban Bejarano y Ulloa estuvo inimitable. Se inclinó ligeramente y dijo de forma suave:

—Lamento profundamente no poder complacerle ni siquiera en eso. Ya he presentado mi dimisión. Mi salud se ha visto gravemente afectada por este clima y regreso a España con mi familia. Buenas tardes, señor Chinelato.

El Mandarín Negro permaneció allí, mirando a don Esteban. Sentía un irresistible impulso de pegar a aquel hombre. Pero se encasquetó el sombrero en la cabeza y salió.

Mientras cruzaba el jardín, oyó la voz de un niño procedente de una ventana:

—¿Quién es ese chino tan feo?

Y una voz femenina:

—Cállate, Gil.

Sintió que la sangre le subía a la cabeza y se le escapó un duro epíteto. Acababa de sufrir otro latigazo en la espalda desnuda.

En la puerta del jardín, oyó un poderoso ladrido y una voz que gritaba en dialecto filipino. Se volvió y vio un enorme perro que corría hacia él, con un pedazo de correa rota colgando del cuello, y un pequeño tagalo que corría detrás.

El Mandarín Negro se plantó firmemente. Alzó las manos y aguardó el ataque. El perro dio un salto y las poderosas manos de Chinelato se cerraron como mandíbulas en torno a su cuello. Por un momento, fue la pelea de un animal contra otro animal. El perro se echó hacia atrás y se retorció, pero en vano; la presa era como un torniquete que se estrechaba cada vez más, los dedos de hierro se cerraron sin piedad en torno al cuello del animal. El rostro de Chinelato se iluminó con una alegría salvaje. Mantuvo al perro colgando al tiempo que apretaba aún más la presa. El perro quedó inerte. Entonces se oyó gritar a una mujer dentro de casa y Chinelato soltó su presa. El enorme perro cayó al suelo como un harapo.

Tanto el pequeño tagalo como su propio cochero habían presenciado la escena sin pronunciar una palabra y temblando de miedo. El Mandarín Negro entró en su carruaje y le dijo al cochero:

—Llévame adonde quieras, no me importa la dirección que tomes, límitate a dar vueltas durante una hora y luego... llévame a casa —y, echándose hacia atrás sobre los cojines, cerró los ojos.

—¿Y qué pasó con la señorita Bejarano y el Mandarín Negro?

—Ella volvió a España con su familia y se casó con un rico comerciante; y en cuanto al Mandarín Negro, durante algún tiempo se le tuvo por muerto, asesinado.

Desapareció poco antes de que los Estados Unidos tomaran posesión de las Filipinas. Pero entonces algunas personas se enteraron de que estaba vivo y, ¿sabe usted? Ese hombre, que tan influyente había sido, llegó a España paleando carbón en un barco.

—No lo sabía. Su vida estuvo ciertamente plena de contrastes, fue un personaje muy pintoresco. Dicen que su casa en Manila era un palacio suntuoso que la gente visitaba como si fuera un museo.

—Hmmm... Fue un hombre muy interesante. ¿Otra copa?

LA PLANTACIÓN

Juan Chinelato no permaneció mucho tiempo en España la primera vez. Se marchó casi de inmediato.

Gracias a un hombre que decía saberlo todo sobre él, me enteré de que pasó algún tiempo en las Indias Occidentales y en México, y más tarde en algún punto de Sudamérica. Sin embargo, Cuba parecía ser el lugar más adecuado para él. Allí hizo una fortuna con plantaciones de azúcar y trata de blancas. El hombre que decía saberlo todo sobre Chinelato, obviamente, tenía de él una pobre impresión, mezclada con lo que parecía admiración. Supe por él que, cuando Chinelato llegó a Cuba por vez primera, no tenía ni un céntimo a su nombre. Se puso a trabajar en una plantación de azúcar propiedad de un rico vasco llamado Iturbe. Allí no tardó en ganarse el respeto de los demás trabajadores, debido a su poderío físico y a su capacidad para ganar a todos bebiendo ron. Siempre amante del juego, jugaba con los otros operarios y así redondeaba su magra paga.

Un día, la señorita Iturbe fue a visitar la plantación en compañía de su padre. Allí vio por primera vez a Chinelato. Ella detuvo el caballo mientras su padre se adelantaba para hablar con un capataz, y durante largo rato admiró al gigante. Chinelato estaba desnudo de la cintura hacia arriba. Ella quedó asombrada. Bajo su piel bronceada y brillando de sudor bajo el sol tropical, sus músculos se entrelazaban en masas espesas y protuberantes para luego esparcirse en gruesos nudos por toda su enorme osamenta como olas en un mar negro. Ella advirtió asimismo su mostacho caído, y los ojos oblicuos y apagados, que le daban la enigmática apariencia de un fauno desdeñoso. La señorita Iturbe regresó muchas veces y detuvo el caballo en el mismo lugar y contempló larga y soñadoramente a Chinelato. Era pálida y con una decidida tendencia a la anemia, y leía repetidamente los versos de Campoamor.

Chinelato la miraba como a una igual, quizá como a una inferior, y en ocasiones no la miraba en absoluto.

Según el hombre que decía saberlo todo acerca de él, ella parecía decir:

—Yo sé que tú quieres y que también quiero yo, pero es imposible.

Pero Chinelato lo hizo posible. Ambos contemplaron la misma gigantesca luna colgada muy bajo en el cielo brillante, y él pensaba en tierras pantanosas y campos de arroz e imaginó montañas nevadas en la distancia, y ella pensaba en él y recitaba mentalmente los poemas de Campoamor. Luego, ambos olieron y bebieron el mismo café fuerte y recién hecho, y ella interpretó danzones y él cantó guajiras, y en sus bocas se disolvieron los mismos frutos de mango. En verdad que lo hizo posible, pues una noche la raptó.

EL CAMPEÓN

La siguiente vez reapareció en La Habana, casado con la señorita Iturbe. Ella ya no estaba anémica, pero había contraído otras afecciones y todavía leía a Campoamor. En cuanto a Chinelato, participó en unas cuantas exhibiciones de lucha libre y después ganó el campeonato.

Una vez campeón, Chinelato volvió a brillar a los ojos del público. Era pintoresco, un consumado exhibicionista, y sabía cómo hacer bien las cosas. Fuera en exhibiciones o en combates, siempre aparecía envuelto en una lujosa y elegante bata china y hacía que la orquesta interpretase el *Skaters Waltz* de Waldteufel, y sonreía mostrando una fila de dientes maravillosamente blancos. Era el favorito del público. El hecho de estar casado con una mujer blanca y empezar a cansarse de ella incrementaba su notoriedad y la admiración pública.

Entonces fue a los Estados Unidos por un compromiso profesional. Allí también tuvo éxito y se casó con otra mujer blanca. Pero su anterior esposa, que le seguía a todas partes con o sin su consentimiento y que, según el hombre que decía saberlo todo, estaba loca por él, armó un terrible escándalo en Nueva York y él tuvo que huir del país acusado de bigamia.

Regresó a La Habana y se entregó a una existencia licenciosa. Recorría la ciudad por las noches en compañía de un grupo de amigos y provocaba peleas en los cafés, su fuerza y su salud cada vez eran más insultantes. Nunca perdonó a su esposa la jugada que le había hecho en Nueva York, y ahora la maltrataba de la manera más cruel.

El hombre que lo sabía todo acerca de él, me contó que para entonces era prácticamente el dueño de una callejuela de un barrio de La Habana, hasta entonces casi desconocida. Allí instaló cafés, lugares de diversión y otra clase de establecimientos donde uno podía procurarse drogas o cualquier otro tipo de cosa que pudiera ser ilegal. Se le veía borracho casi todas las noches, alternando con prostitutas y con toda clase de gente golfa. Para entonces, su esposa estaba encinta y, debido a la vida que le daba, en su estado, parecía muy vieja y enferma. El hombre

que sabía solía decirme que era una vergüenza que una aristocrática dama blanca como era ella se estuviese matando a sí misma por semejante negro.

Una noche, ella salió a la calle en busca de su marido para pedirle dinero.

Él estaba borracho, como de costumbre. La agarró brutalmente por el brazo y la puso frente a dos damas pintarrajeadas que se sentaban con él a la mesa.

—Míralas a ellas y mírate a ti misma. Cuando puedas hacer lo que ellas hacen, ven a pedirme dinero. Ahora arrodíllate ante tus superiores y lárgate.

En su estado, hubo de arrodillarse frente a las dos mujeres y marcharse en medio de la rechifla general.

Madame Chinelato dio a luz un niño. Su esposo, inmediatamente, aprovechó la ocasión para mortificarla. Empezó a decir que el niño no era suyo. Contrató a uno de sus mozos de establo para que declarase que él era el auténtico padre.

Dice el hombre que lo sabe todo:

—En realidad, la gente que vio al niño dijo que éste era el vivo retrato de Chinelato, y ni una sola persona, ni siquiera los amigos que les conocían a él y a su esposa, puso en duda ni por un momento que ése fuera su hijo legítimo. Sin embargo, todos le rieron la broma y encontraron muy inteligente por su parte decir eso y presentarse públicamente como un cornudo.

Cuando su esposa se acostumbró a tales acusaciones acerca de la legitimidad del niño, él se dedicó a mortificarla de otra forma.

Podía salir al balcón con el niño y lanzarlo al aire, justo encima de la calle, diciendo: «¡Salta, pequeño bastardo, salta!», y mantener el juego hasta que el niño empezaba a llorar. La pobre madre miraba, paralizada por el pánico, sin atreverse a decir ni a hacer nada, no fuera a ser que él dejase caer al niño.

Cuando oí esto, dije:

—¿Y por qué no huyó con el niño?

Por una vez, el hombre que lo sabía todo pareció dudar:

—Bien... no sé qué clase de fascinación ejercía ese hombre sobre ella, que la hacía su esclava.

Por alguna razón, Chinelato disfrutaba haciendo sufrir a su esposa. Una vez, en el aniversario de su boda, Chinelato se comportó muy afablemente con ella; había sido exageradamente amable con ella durante toda la semana y ella tenía miedo, porque normalmente esos estados de ánimo anunciaban alguna de sus refinadas crueldades. En ese particular aniversario él sobrepasó su límite habitual de amabilidad para con ella.

Chinelato era conocido por su gran afición al cerdo asado; muchas veces se comía él solo un cochinillo entero, y en esta ocasión despidió á todos los sirvientes, y le dijo a su esposa que iba a asar un cerdo entero y servir él mismo la cena para no ser molestados y poder disfrutar de una segunda luna de miel. La pobre mujer se sintió sobrepasada. Recibió carta blanca y aquella tarde se fue de compras.

Al volver a casa, echó en falta al niño, pero su esposo le dijo que no se preocupase porque tenía una sorpresa para ella muy especial. La cena fue servida y Madame Chinelato se sentó a la mesa sin saber qué pensar.

Entró Chinelato luciendo un delantal y un gorro de cocinero, y portando una gran bandeja de plata con una tapa en forma de cúpula. Estaba de muy buen humor y esbozó unos pasos de danza, mostrando una fila de dientes maravillosamente blancos.

Colocó la bandeja frente a ella. Él tomó asiento al otro lado y pidió a su esposa que la destapase.

Cuando ella destapó la bandeja se puso lívida como un cadáver, con la boca desencajada y los ojos saliéndosele de las órbitas hasta que, muy lentamente, se desvaneció sin pronunciar una sola palabra y todavía sosteniendo la tapa en la mano, al tiempo que Chinelato lanzaba fuertes y prolongadas carcajadas para celebrar su broma en la casa desierta^[9].

Ese terrible shock acabó con Madame Chinelato. Perdió totalmente la razón. Durante tres días permaneció con los ojos perdidos en el espacio, alzando ocasionalmente la mano como para destapar algo y luego lanzar gritos horribles. Durante tres días y tres noches estuvo en ese trance. Se negó a comer y nadie fue capaz de alimentarla, y la última noche, cuando salió de casa, Chinelato vio que un grupo de niños había encendido una hoguera en la calle.

La fachada de la casa estaba iluminada por un resplandor rojo. Gritó a los niños para que se fuesen y los persiguió calle abajo. En el interior de la casa, la mujer demente gritaba; murió aquella misma noche.

Cuando escuché este extraño incidente, no pude evitar pensar que era un poco melodramático y exagerado. Dije:

—Pero eso fue un crimen. ¿Qué pasó con las autoridades? ¿No hicieron nada al respecto?

Y el hombre que lo sabía todo dudó de nuevo:

—Bueno... —dijo.

EL ENCANTADOR DE MARIPOSAS

Tras la muerte de su esposa, Chinelato prosiguió su vida disipada. Se casó con una mujer a la que había conocido en su calle y continuó bebiendo y jugando. Su calle, carente de una administración adecuada, no tardó en empezar a declinar. Cuando estaba borracho, insistía en pagar todo lo que se había consumido; convidaba a todos sus invitados y muy pronto dilapidó su fortuna.

Poco después vino la pérdida de su título de campeón. El combate se celebró en La Habana y su contrincante era un hombre blanco todavía más gigantesco que él, frente al cual incluso Chinelato parecía pequeño.

Hay quien dice que Chinelato, debido a la vida que llevaba, se encontraba en baja forma para el combate y que no se había entrenado en absoluto. Otros, entre ellos el hombre que lo sabe todo acerca de él, dicen que se vendió a sí mismo por una gran suma de dinero, que su oponente, aunque grande, era un blandengue que no podía compararse en fuerza y técnica con Chinelato, que éste jugó con él mucho rato, para ofrecer al público un buen espectáculo, antes de tirarse al suelo por sí mismo, ponerse las manos de su contrincante en los hombros e incluso guiñar el ojo a unos amigos del público.

El hecho es que, tras perder el campeonato, se encontró con un montón de dinero y se fue a España, recorriendo triunfalmente el país en compañía de su otra esposa blanca.

De entonces data, creo yo, su adopción del nombre de Olózaga. En calidad de señor Olózaga, fue propietario de un circo que actuó en diversas ciudades españolas. Él actuaba en aquel circo, pero no como atleta sino como domador de mariposas.

Recuerdo haberle visto cuando su circo visitó San Sebastián. Por las mañanas aparecía en la playa ataviado con una lujosa bata. Toda su vida mostró una marcada preferencia por las batas vistosas. Entonces, al borde del agua, dejaba caer la bata en las manos respetuosas de un criado sempiternamente atemorizado y exhibía su magnífico físico en beneficio de todos.

Las mujeres le admiraban y revoloteaban en torno suyo como mariposas y él se permitía ciertas libertades con ellas, siempre sonriente y mostrando una fila de blancos dientes; libertades que nunca les serían permitidas a los raquíuticos caballeros con monóculo que observaban desde lejos con disgusto.

Después de lo cual tomaba su baño matutino y se entretenía jugando con los niños, cogiéndolos con una mano y arrojándolos al agua como si fuesen pelotas. En esas ocasiones nunca me pareció el hombre que me había sido descrito, sino más bien un caballero amable y amante de los niños.

También recuerdo haberle visto actuar en su circo. Tenía una gran curiosidad por verlo. Según la gente, había adiestrado a las mariposas hasta el extremo de obligarlas a hacer lo que él quisiese. Las portaba en un abanico y volaban por todas partes o permanecían cerca suyo haciendo un montón de cosas inteligentes. La parte más sensacional de la actuación era al final, cuando su abanico se agitaba ligera pero rápidamente y todas las mariposas se posaban sobre él formando un semicírculo y agitando las alas hasta dibujar su nombre. Pasaba por ser el único hombre del mundo capaz de llevar a cabo ese número. Había quien decía que las mariposas eran de verdad.

Yo estaba en primera fila la noche en que le vi actuar. Salió con una magnífica túnica de mandarín, sosteniendo gran abanico en la mano. En el centro del escenario había una mesita con una caja y un pequeño xilófono.

La orquesta rompió a tocar un vals.

Chinelato abrió el abanico con gesto magnífico, lo cerró y volvió a desplegarlo con gestos graciosos y rítmicos, al compás de la música. Entonces abrió la caja y tomando un martillito acolchado golpeó una de las teclas del xilófono, en armonía con la orquesta: una mariposa surgió de la caja y se posó en su abanico. Golpeó otra tecla y otra mariposa surgió para ir a posarse junto a su hermana. Lo repitió siete veces, hasta completar la escala, siempre en armonía con la música, y entonces, con un solo movimiento, recorrió en sentido ascendente las teclas del xilófono y un enjambre de mariposas escapó de la caja volando en todas direcciones hasta llenar el escenario. Entonces recorrió las teclas en sentido descendente y cesó la música, y todas las mariposas confluyeron en él, posándose en el abanico, y en sus brazos y hombros. Quedó cubierto de mariposas.

A continuación, sonó de nuevo el vals y él se puso a balancear el abanico al compás de la música. Lo batía como un ala. Era hermoso de ver. Reunió las mariposas en una nube y luego las esparció en grupos, en pares y en tríos. Era maravillosa la docilidad con que seguían al abanico encantado. Como si fueran un batallón, las disponía en columnas de cuatro en fondo o en largas dobles filas, llevándolas a través de todos los ejercicios de un bien entrenado ejército. Iban de atrás adelante siguiendo el abanico como si éste fuera una inmensa mariposa, a veces ondulando lentamente, como algo que se está quedando dormido, para luego aletear furiosamente en súbito despertar. Volaban en círculo en torno a él, luego descendían casi hasta el suelo y, al tiempo que subía el abanico, se elevaban a lo alto.

Era un auténtico artista y ejecutó todos los movimientos de una danza en perfecta concordancia con el vals, girando, deslizándose por el escenario y guiando sus mariposas, con la túnica en torno como si fuese otro abanico que dejaba entrever su dorado interior, y con su enorme figura y sus rasgos impasibles iluminados por las candilejas, como si el escenario fuese un altar, como si fuese una danza ritual petrificada para la eternidad por efecto del tiempo.

Finalmente llegó el momento en que todos íbamos a presenciar la acción casi milagrosa de las mariposas que dibujarían su nombre.

Yo prestaba toda mi atención, pero no estaba destinado a ver esa extraordinaria parte del programa. Hubo un silencio, la orquesta dejó de tocar y el pianista empezó el *Rondeau Capriccioso* de Mendelssohn.

Al principio pensé que ese contraste estaba concebido como cierre de la actuación, pero, para mi gran sorpresa, el encantador de mariposas ordenó bruscamente al pianista que se detuviese, cerró el abanico con visible disgusto y, como por encanto, las mariposas volaron en sentido descendente y desaparecieron dentro de la caja.

Chinelato cerró la caja en medio del silencio general, hizo una reverencia al público y desapareció.

Como he dicho, el señor Chinelato, o el señor Olózaga, actuó con su circo en diversas ciudades de España. Sin embargo, tenía la manía del juego, y por éste perdió

una gran cantidad de dinero. Muchos de sus artistas y músicos empezaron a quejarse de que no les pagaba y, finalmente, el circo se disolvió.

Después de lo cual, el señor Olózaga se trasladó a Madrid y se aposentó. Allí se dedicó a promover toda suerte de espectáculos. El de *showman* era su oficio de siempre y sabía que ése era el campo en el que podía hacer dinero. También empezó a apoderar a malos toreros y con ello perdió una gran cantidad de dinero y probablemente a su esposa, que se fugó con el torero al que apoderaba en aquel momento.

III

TÍA MARIQUITA

—¿No conoció usted a tía Mariquita?

—No, nunca tuve el placer.

—Entonces se ha perdido a una persona muy curiosa. De no haber sido por ciertas discrepancias, hubiera podido ser un personaje muy armónico, perteneciente a una época pasada.

No recuerdo el apellido exacto de tía Mariquita. Todos la llamaban así. Tenía un gran número de sobrinos y parientes, próximos y lejanos.

Tía Mariquita poseía una magnífica imaginación y se dejaba llevar por ésta de tal forma que uno no podía distinguir lo verdadero de lo falso cuando se trataba de ella. Debido a esa saludable falta de respeto por la exactitud que la caracterizaba, fui incapaz de averiguar nada acerca de sus orígenes o de su vida antes de conocerla.

Recuerdo sus reuniones de los domingos por la tarde, una complicada mezcla de personas ordinarias y extraordinarias: poetas sudamericanos, escritores y actores cuyas obras o actuaciones nadie había visto, y además una interminable fila de sobrinos y sobrinas. Pálidos jóvenes apergaminados y prematuramente envejecidos, y también ultrarreligiosas muchachas con bigote. Todos ellos la imagen de la tuberculosis alimentada por una vida de interior. Recuerdo asimismo a los padres de aquellos chicos y chicas escuchando distraídamente la conversación mientras vigilaban estrechamente a sus retoños, siempre al acecho de una conducta inconveniente.

Recuerdo particularmente a un chico larguirucho y encorvado, con pantalones cortos que dejaban ver unas feas piernas peludas y que de inmediato desviaban la atención hacia su tétrico rostro barbudo. Ese chico se comía ávidamente las uñas.

Desde el extremo opuesto de la estancia, su madre le dijo por señas que lo dejase, pero el gesto fue demasiado vehemente como para pasar inadvertido.

El chico asintió dócilmente con la cabeza y siguió haciéndolo con más gusto si cabe.

La madre, advirtiendo que había sido vista, se sintió obligada a dar explicaciones:

—Es muy nervioso. Últimamente le ha dado por pasear dormido. La otra noche, le sorprendimos en el pasillo camino del cuarto de las criadas.

El chico se puso tan rojo como lo permitía su persistente anemia, y siguió mordiéndose las uñas, con ambas manos en la boca al mismo tiempo.

—¿Le ha mandado algo el doctor De los Ríos?

—No —era el padre quien hablaba ahora—. Dice que es mejor no mandarle a la cama tan temprano y dejar que se dé un paseo nocturno porque el aire de la noche le

hará bien y podrá dormir mejor.

En aquellas reuniones del domingo por la tarde, tía Mariquita recitaba poesías y se acompañaba ella misma al piano. Entonces tenía ya bien cumplidos los sesenta, y una prestancia principesca que ella resaltaba celosamente. Su cabello lucía una suerte de reflejo zanahoria y el maquillaje se le resquebrajaba sobre las profundas arrugas. Vestía unos trajes fantásticos con muchos bordados en oro y lazos y mucha pluma de marabú en derredor, aparte de que eran vestidos muy largos y que se arrastraban por detrás.

La casa estaba amueblada en armonía con ella. Había demasiadas cortinas, cojines y alfombras, y demasiado de todo. Las paredes se empalmaban con los suelos mediante tapices, pieles de oso y de tigre, y floreros. Había que luchar contra siete capas de tejidos diferentes antes de poder abrir una ventana. Había palmeras en los rincones, en las puertas de las habitaciones y colgando del techo. Había candelabros y peceras, dos jaulas de canarios y un perrito faldero... Ah, y cajas con chucherías y un mar de curiosidades exóticas, conchas pintadas y baratijas colgadas de las paredes o esparcidas por el piano, las mesitas y los manteles.

Todo lo cual, naturalmente, lo mismo que la dueña de la casa, parecía algo avejentado, deslustrado, polvoriento y remendado. Tía Mariquita y su casa transmitían la impresión de haber conocido tiempos mejores. Por supuesto que el conjunto estaba pasado de moda, pero había algo más que eso, y era la sensación de antigüedad de sólo unos pocos años, que es más intensa que una antigüedad de siglos, y no sé por qué uno sentía que bastaría quitar una simple pieza de aquel mobiliario para que el conjunto entero se derrumbase y desapareciese en el aire. Tía Mariquita adoptaba con frecuencia una pose triste y hablaba vagamente de su pasado:

—¡Qué tiempos aquellos! Recuerdo aquellas recepciones y la vez que al entrar me tomaron por la reina de... Ya no recuerdo de qué país, pero sé que me tomaron por una reina. ¡Qué tiempos aquellos!

Hablaba con frecuencia de la pérdida de una gran cantidad de dinero, y yo imaginaba entonces que el puñado de parientes se mostraba obviamente alarmado.

El doctor José de los Ríos, que fue quien me llevó allí y que la conocía muy bien por haberla tratado durante uno o dos ataques nerviosos, hizo un intento de diagnóstico:

—Sabe usted —me dijo—, la culpa es de la atmósfera en la que vive. Allí todo ha quedado estancado, todo es de antes de ayer, y ella lo tiene como punto de referencia. Las ventanas están siempre cerradas y el aire de fuera no entra nunca. Probablemente todo se evaporara si lo hiciera. Incluso la propia tía Mariquita. Posiblemente no pudiese soportar el aire de fuera. La mataría. Le tengo prohibido hacerlo, si es que quiere seguir viva. Cuando sale, debe utilizar un viejo carruaje enteramente cerrado y con tantas cortinas y cojines en el interior como sea posible.

—¿Cree usted que está tan mal?

—Absolutamente; determinadas atmósferas pueden demostrarse fatales. Mire a su secretario. El pobre padece una tos persistente, que ha sido tratada una y otra vez sin resultado. La tos se ha imbricado de tal forma en la casa que ya es imposible erradicarla. Probablemente ya estuviese en la casa desde sabe Dios cuándo y él la haya heredado. Cree tener un tipo de tos diferente cada vez, pero le he persuadido de que es siempre la misma tos, con cortos intervalos, durante los cuales se toma un descanso y desaparece entre las cortinas para luego volver a él. Es una tos persistente, una tos ineludible que se ha apoderado de la casa y de él, y que ha echado raíces en ambos. Una tos tradicional atrapada entre aquellas paredes. Todo está tan envuelto aquí, que la tos ni siquiera resuena y por lo tanto no perderá nunca su energía. Esas toses tradicionales son muy comunes en España.

El doctor De los Ríos era un médico extraño. Al oírle hablar, yo tenía muchas veces la tentación de creer que la medicina era casi una ciencia.

Tía Mariquita estaba recitando algo y lo acompañaba con un vals ejecutado suavemente al piano. Cuando terminó, entre el aplauso general, confesó que la poesía era suya. Entonces prosiguió con un aria de ópera, pero, interrumpiéndose con la brusquedad del auténtico genio, exclamó en pleno éxtasis:

—Aunque la literatura ha sido siempre mi pasión, la música es mi debilidad y por eso me gustan tanto las óperas.

Alguien dijo algo acerca de las óperas, pero yo estaba observando a tía Mariquita y no escuché. Ella respondió:

—Oh, sí, he oído a Gayarre el Divino, como le llamaban, y desde entonces no puedo pensar en *II Trovatore* ni en *Rigoletto* sin que se me salten las lágrimas... Vino a visitarme, hablamos de música y me dijo que nunca había conocido persona tan entendida. Él estaba ahí, justo donde está usted.

Todo el mundo miró a un caballero con aspecto de sufrir un cólico crónico y que permanecía de pie junto al piano. La expresión pensativa que adoptó vino a incrementar su aspecto de tribulación. Tía Mariquita prosiguió:

—Sí, se puso ahí y cantó su famosa aria «Spirito Gentile» y yo le acompañé. En aquel tiempo yo cantaba; ahora no soy más que una sombra de lo que fui... —Y tía Mariquita siguió explicando que al terminar ambos lloraban como niños y él exclamó en un arrebató:

—Usted es una inspiración, es un privilegio ser acompañado por usted. Hoy he descubierto el auténtico «Spirito Gentile» y nunca volveré a cantarlo con nadie más.

Y tía Mariquita añadió:

—¡Era tan galante! Pobre Gayarre, murió poco después y nunca más volvió a cantarlo. ¡Qué tiempos aquellos!

El caballero que estaba donde Gayarre cantara dijo:

—¿Y recuerda aquel aria de *La Forza del Destino* que él solía cantar? Tralalara, lara... ¿La recuerda?

—Naturalmente —tía Mariquita interpretó algo de otro compositor mostrando el blanco de los ojos, vocalizando y engarfiando los dedos, sin prestar atención a la perpleja expresión del caballero que no alcanzaba a reconocer el aria de *La Forza del Destino* y que seguía los arpeggios y las escalas con la boca torcida. Iba a protestar, pero todo el mundo exclamaba ya al unísono:

—Maravillosa, maravillosa...

Y hubo de conformarse con permanecer donde estuviera Gayarre.

Después de lo cual fue servido el chocolate y todo el mundo se lanzó sobre él con prontitud y resolución. Los jóvenes sobrinos y sobrinas, sin embargo, fueron mantenidos a raya por una andanada de miradas paternas y tía Mariquita, tomando una bandeja, fue de uno en uno ofreciéndoles una pasta redonda y aplastada:

—El bizcocho de la tía Mariquita.

De lejos, parecía exactamente un sacerdote al dar la comunión.

En aquel momento, otra persona hizo notar su presencia mediante una tos profunda. Era el secretario de tía Mariquita, un individuo llamado Cendreras, cuyo rostro siempre parecía recién salido de un baño de vapor.

Cendreras se deslizó sobre el suelo alfombrado sin hacer el menor ruido. Iba en zapatillas y con una americana de *smoking*. Sin saludar a nadie, se sirvió un chocolate con bizcochos y se mezcló en la conversación general como si acabara de salir de la habitación un minuto antes, tosiendo intermitentemente.

Una vez en que una tos sonó particularmente fuerte, miré hacia Cendreras, pese a que la tos no parecía venir de ninguna dirección determinada.

—Esta vez no ha sido él —dijo el doctor De los Ríos—. Es la tos de la casa.

Me volví hacia el doctor De los Ríos.

—Sí —prosiguió—, todo esto es absurdo. ¿Ve usted toda esta gente hambrienta? Todos han sido influidos por este entorno y esta fantástica mujer. No existen, no son más que sombras suyas, son la familia perfecta vista desde la óptica de uno de sus componentes. Tan sólo una sombra, algo que confiere a cada uno una relativa posición social. Esperan impacientes su muerte, el día en que ella sembrará su identidad y su dinero entre todos ellos. Entonces vivirán, o al menos existirán.

Le sugerí al doctor De los Ríos que bajase la voz.

—No tema, no pueden oír. Viven en otra dimensión y no pertenecen a nuestro mundo.

En efecto, hablaba en voz alta pero nadie parecía oírle y el doctor De los Ríos continuó hablando conmigo.

Supe por él que la única persona en toda la familia con algún sentido era su esposo. Que tenía además un buen sentido del humor. Era el único que había dado con un uso práctico para los cortinajes, alfombras y cojines. Cuando le sobraba algo de dinero, cambiaba un billete y esparcía el cambio por toda la casa, con el resultado de que si se encontraba corto de fondos siempre se le podía ver a cuatro patas buscando bajo una silla o una cama, sacudiendo un florero aquí y levantando un cojín

allá. Así reunía su dinero de bolsillo. De acuerdo con el doctor De los Ríos, nunca paraba mucho en casa, porque estaba fuera y viajando, y era así como conservaba el sentido.

—Es un tipo curioso —concluyó el doctor De los Ríos—. Es muy entretenido escucharle. Ha tenido una vida muy activa y aventurera. Le gustará cuando le conozca.

—¿Cómo se llama? Porque yo a esta señora sólo la conozco como tía Mariquita.

—Se llama Olózaga. Le conozco desde hace mucho tiempo. En realidad, le conocí mucho antes de que se casara con tía Mariquita.

—¿Dónde le conoció?

—Hace mucho tiempo, en las islas Filipinas, cuando éstas aún eran españolas. Yo ejercí allí la medicina por primera vez. Yo era muy joven y lo único que sabía era cómo administrar quinina a barriles.

—Tengo entendido que debe tomarse mucha en las colonias.

—Depende hasta cierto punto de quién sea el colonizador y dónde estén situadas las colonias.

El doctor De los Ríos, por iniciativa propia, centró la conversación en Olózaga.

En su opinión, Olózaga tenía una fuerte personalidad, y la tía Mariquita no era sino una más de las increíbles vueltas que había dado su vida. La familia de ella era una colección de figuras de cera sin vida propia, que le permitía mantener una cierta normalidad mientras faltase la extraña fascinación de la presencia de Olózaga. Y el doctor De los Ríos añadió:

—A ratos, cuando veo todo esto, lo imagino detrás de la escena, riendo burlonamente... Hay quien le tiene por un malvado. A mí me gusta... Después de todo, éstos no son más que figuras de cera.

Recordé entonces que el doctor De los Ríos ya había hablado una vez de Olózaga, cuando iba a presentarme a tía Mariquita. Dijo entonces:

—Ella es un aspecto pintoresco de la vida de él.

Entonces acabó la merienda y tía Mariquita anunció que iba a leer una obra de teatro escrita por ella. El doctor De los Ríos se excusó diciendo que debía ir a visitar a un paciente y, como yo me sentía allí un tanto perdido sin él, decidí marcharme también.

Tía Mariquita nos acompañó a la puerta hablando con el doctor De los Ríos acerca de sus nervios. En el pasillo, mientras nos abríamos paso sorteando cachivaches y antiguallas, ella se detuvo ante una consola y adoptó una pose teatral digna de Sarah Bernhardt.

—Ésta es la tumba de mi hijo. Guardo aquí todas sus ropitas y las cosas que utilizaba antes de morir y ser arrojado al mar eterno —su representación era muy convincente y nos puso las manos sobre los hombros como si fuésemos dos personajes secundarios frente a un público numeroso: puro estilo Sarah Bernhardt.

—No le mencione esto nunca a Olózaga —ella siempre se refería a él por el apellido—. No quiere que se lo recuerden. Le rompe el corazón. Ésa ha sido la tragedia de nuestras vidas. Estábamos destinados a no ver crecer a nuestro hijo.

Volvió a mostrar la consola:

—Es un mueble muy antiguo. Viene de Oriente y perteneció a un antepasado de Olózaga, un príncipe chino cuya única hija también...

—Pero, tía Mariquita —la interrumpió el doctor De los Ríos—, a mí me parece un típico bargueño español, y en absoluto viejo; ¿sabe?, el buen pino español barnizado...

Tía Mariquita se volvió hacia él indignada:

—Eso es sólo envidia, usted siempre ridiculiza lo más sagrado.

—No se enfade, tía Mariquita, ya sabe que me gusta meterme con usted.

Ella se volvió hacia mí, en súbita concesión:

—No le crea. Siempre está bromeando. En realidad, es una vieja obra de arte oriental.

Aunque no veía nada de oriental en el mueble, asentí respetuoso.

En la calle, el doctor De los Ríos me preguntó:

—¿Sabe por qué ha insistido en que no le mencione a Olózaga el asunto de la tumba-del-hijo o-único?

—Porque le entristece, imagino.

—Por supuesto que no. Es porque él no sabe nada al respecto. Es una de las historias que ella se ha inventado. Es tan estéril como una mula y no podría tener un hijo aunque yaciera con un obispo.

—¿Y qué hay del antepasado chino de su esposo?

—Se me olvidó comentárselo. Olózaga parece tener algún tipo de sangre oriental. Ignoro si china o de otra clase. Ya lo verá en sus rasgos cuando lo conozca. Quizá sean imaginaciones también. Él tiene un cierto gusto por lo romántico y creo que ha fomentado la falta de respeto de tía Mariquita por la verdad.

Le recordé al doctor De los Ríos que se le suponía visitando a un paciente.

—Sólo lo dije para marcharme. ¿No la oyó decir que iba a leer una pieza suya? No podía quedarme a oír esa cosa otra vez.

—¿Ya la ha oído?

—Mil veces.

—¿Y es buena?

—Es horrorosa, pero ella insiste en que es una autora teatral.

EL TEATRO

Entonces supe que la obra en cuestión había sido la causa de su boda con Olózaga.

Él estaba en Madrid en aquella época produciendo espectáculos ínfimos. Se conocieron por casualidad. Ella le mostró su obra y él se la produjo. Era tan mala que todo el mundo se puso a decir que era lo peor que se había visto nunca. Todo el mundo iba al teatro a pasar un buen rato riéndose de la obra. Exigían la presencia de la autora en el escenario y aplaudían y silbaban largo rato y ella salía encantada, tomándolo como un auténtico homenaje a su genio. Y quizá lo fuera, en cierto sentido. De esa forma llenaban el teatro cada noche y hacían dinero. Un día, Cendreras, el secretario, le dijo a Olózaga que el público sólo ridiculizaba a su esposa y que pasaba un buen rato a costa suya, pero Olózaga respondió que su esposa era feliz y que ambos ganaban dinero, o sea que mejor olvidar tal nimiedad.

Después entraron en el negocio teatral y se fueron de gira por España haciendo vodevil. Todo lo hacían en la forma más barata y ramplona posible. Reunieron a un puñado de actores muertos de hambre y dispuestos a trabajar prácticamente por nada y tiraron una temporada. Representaban piezas de uno o dos actos en las que actuaba tía Mariquita. El público seguía mofándose de ella y aplaudiendo y pagando. Ella poseía una colección de mantillas y cada vez que el público la reclamaba aparecía con una diferente y al público le dio por agotar la provisión de mantillas hasta que ella apareció con una ya usada y alguien gritó: «Ésa ya la hemos visto.» Entonces ella se sintió insultada y llamó al público *cochons*, una palabra que había tomado del francés y que encontraba muy insultante. Cendreras le contó todo eso al doctor De los Ríos.

Un día que estaban en Bilbao decidieron volver a representar su obra. Había sido reconvertida en comedia musical con música de un tal Paroddi, un italiano al que habían sumado a su vida teatral. Fue una representación sórdida. La actriz principal cayó enferma y tía Mariquita hubo de ocupar su lugar. No pudieron encontrar una orquesta lo bastante barata y alquilaron un piano desafinado. Los cantantes a su vez desafinaban e iban a destiempo respecto del piano. Los decorados no iban con la obra y temblaban amenazadoramente. Al final del segundo acto, los decorados se vinieron al suelo y tía Mariquita sufrió un ataque en pleno escenario. Fue una representación desastrosa. El público local no era tan paciente y empezó a silbar y a patear. Tía Mariquita, que se había repuesto, se puso furiosa por esa forma de comportarse y mostró a la audiencia su dedo corazón, un gesto vulgar que había aprendido de las huestes teatrales pero cuyo significado ofensivo aparentemente desconocía. Aquello enfureció al público, alguien tiró algo al escenario y estalló la tormenta. El público empezó a gritar y a llamarles toda clase de cosas. Salieron a la calle exigiendo la devolución de su dinero y los calzoncillos de Olózaga. Nunca he logrado entender el significado de dicha exigencia.

Se encontraron con Olózaga en la puerta de atrás. Éste propinó un puñetazo terrible al primero que se le acercó. En aquel tiempo debía de tener sesenta años. La multitud cargó y él golpeó a derecha e izquierda y con la pobre ayuda de Cendreras logró contener al populacho hasta la llegada de la policía. El pobre Cendreras quedó

seriamente herido en la pelea, pero Olózaga salió sin el menor rasguño, aunque muy cansado. Cuando se tienen más de sesenta años, no se está en la edad ideal para enfrentarse a una multitud enfurecida.

—¿Y qué hicieron después?

—Dejar el teatro y establecerse en Madrid. Desde entonces, él ha intentado diversas aventuras empresariales, pero con escaso éxito. Ahora es muy viejo, sabe usted, y empieza a decaer. Es la obra del tiempo. Por mucha vitalidad que tenga un hombre, el tiempo le alcanza antes o después. Todo decae.

Hablamos largo y tendido sobre Olózaga y tía Mariquita, y el doctor De los Ríos me contó entonces algunos de los negocios que aquél había intentado.

LOS NEGOCIOS DEL SEÑOR OLÓZAGA

Un día estaba yo sentado en un café de la Plaza de Cataluña de Barcelona. Mi atención, así como la de diversos transeúntes y clientes del café, se vio atraída por un extraño grupo que cruzaba la plaza.

Eran seis hombres vestidos de forma fantástica. Portaban americanas con gruesas franjas verdes y amarillas y también sombreros de copa con el mismo tipo de rayas. Venían hacia el café.

Cuando estuvieron más cerca, me fijé en un hombre que caminaba delante y que hacía todo lo posible por sumergirse en sus ropas. Buscaba literalmente un agujero en la tierra que se lo tragase.

Finalmente, el pobre tipo acabó de cruzar la plaza y tomó asiento ante una de las mesas del café. Los seis le siguieron con toda seriedad, tomaron asiento ante una mesa cercana y permanecieron silenciosos e inmóviles. Le pregunté a un camarero qué era todo aquello.

—Pertenece a una agencia especializada en el cobro a morosos. Hace aproximadamente un mes que funciona.

La agencia trabajaba de la siguiente manera:

Si una persona no pagaba una deuda, el asunto era puesto en manos de la agencia. Inmediatamente, seis hombres vestidos de la forma descrita se apostaban ante la puerta de la víctima. En cuanto el acreedor salía de casa, le seguían de cerca. Si tomaba un coche, ellos tomaban otro. Si iba de visita, ellos le esperaban a la puerta y luego reanudaban su actividad. Le seguían a todas partes, constantemente, hasta que todo el asunto se convertía en una pesadilla. Incluso el moroso más recalcitrante se rendía ante semejante persecución y, con vistas a librarse de esa peste y del ridículo público, pagaba su deuda para que le dejaran en paz. No se sabía de nadie que hubiese aguantado una semana. La agencia se quedaba una parte de la deuda, y ése era su negocio.

Evidentemente, el hombre que se había sentado en el café estaba sobre ascuas. Se giró en la silla y les dio la espalda a sus verdugos. La gente empezaba a agolparse, señalaba a los hombres y al moroso, y se reía.

Finalmente, el pobre hombre se levantó. Se acercó a uno de los seis y cambió unas palabras con él. Llamaron un carruaje y todos se metieron en él. En la espalda de uno de ellos pude ver claramente escrito:

AGENCIA OLÓZAGA

El mismo Olózaga de siempre, pensé, un espíritu lleno de recursos e imaginativo, con el mismo amor colorista por llamar la atención, siempre nuevo y refrescante en sus ideas.

Cuando me fui de Barcelona, oí que la agencia había sido disuelta por la policía alegando que era escandalosa, abusiva y perturbadora del orden.

Cuando volví a Madrid me encontré a Olózaga metido ya en otro negocio.

La cosa consistía en vender ropa perteneciente a personas muertas. La idea no era original y, en realidad, ya se había puesto en práctica muchas veces en España.

Cuando muere un hombre en España (y supongo que en cualquier otro lugar, por la cuenta que trae) se le viste de forma decente. Sea pobre o rico, al meterle en el ataúd se le pone un buen traje, generalmente el de los domingos, que suele ser negro. Tal es la psicología del negocio.

La cuestión es hacerse con el traje, y ésta es la técnica: si la familia es pobre, entre que ha perdido su principal soporte y que tiene los gastos del funeral, necesita fondos y en ocasiones resulta sencillo comprar barato el traje antes de que se cierre el ataúd. A veces, hay que subir el precio ligeramente, porque hay alguien en la familia cuyas medidas coinciden más o menos con las del difunto. Pero por lo general el encargado del negocio se presenta como miembro de alguna organización caritativa. En elocuente discurso, hace ver que el traje será más útil si cubre la desnudez de alguna persona pobre que bajo tierra. Éste será un acto de caridad que complacerá mucho al difunto, que suscitará la gratitud del pobre en la tierra y del Señor en el Cielo, y que valdrá muchas plegarias para el alma generosa del muerto. Dadas las circunstancias, la familia normalmente hace entrega del traje sin más investigaciones.

Sin embargo, en los casos difíciles, hay que negociar con el sepulturero en el cementerio y lograr que ejerza su influencia sobre el muerto.

Esos trajes, normalmente en buen estado tras un poco de cepillo y plancha, son vendidos, no como ropa usada, sino como tarada, y normalmente dejan un suculento beneficio. Para erradicar algunos olores que pueden haberse incrustado en ellos, son rociados con un potente desinfectante, cuyo olor ha llegado a ser identificado con el de la muerte y es de lo más persistente e insidioso.

El resultado es que si una persona inocente compra uno de esos trajes *tarados* con la esperanza de parecer normal, va por ahí dejando una estela acusadora y funeraria,

cosa que sus amigos detectan de inmediato con la consiguiente burla y bromas irreverentemente sarcásticas.

Olózaga se metió en ese negocio en sociedad con otro hombre, don Laureano Báez, un tunante al que la policía seguía los pasos desde hacía tiempo.

Me encontré con Olózaga un día de verano en la calle de Alcalá. Al verlo venir recortado contra el sol poniente todavía parecía un hombrón grande, pero no tanto como antes. Iba vestido con un abrigo oscuro y pantalones blancos de franela, y llevaba un bastón de paseo. Su piel era más clara ahora, pero sus ojos seguían siendo oblicuos y con grandes bolsas. Su mostacho caído y su cabello eran blancos y no tan largos por las puntas, y tenía un pesado abdomen. Europa le había ablandado tanto como era posible, pero seguía exhibiendo ese aire exótico y optimista.

No nos habíamos visto desde hacía algún tiempo y nos sentamos en La Elipa y me contó cosas de sus negocios.

—Sí —dijo—, ahora todo es decadente. Incluso yo, que toda mi vida he sido tan activo y lleno de recursos, tengo que contentarme ahora con estos míseros negocios. En mi tiempo había aventuras y oportunidades. Hoy en día, uno sale a la vida y la vida no le ofrece oportunidad para demostrar sus habilidades. El tiempo de las oportunidades ha pasado. He sobrevivido a mi época y ése es el peor error que puede cometer un hombre. Me siento superfluo.

Bebimos algo y charlamos, y luego paseamos lentamente hacia La Castellana.

EL ÚLTIMO FULGOR

Unos días después de haber visto yo a Olózaga, Madrid fue sacudida por un crimen en el que él estuvo indirectamente implicado. Todo el asunto salió en los periódicos, que se llenaron de historias.

Parece ser que don Laureano Báez, el socio de Olózaga, tenía una hija bien parecida llamada María Luisa, conocida por el mote de Lunarito. A Olózaga le gustaba la chica y durante algún tiempo trató de llegar con don Laureano a un acuerdo mediante el cual éste le entregara a Lunarito a cambio de cierta cantidad de dinero. Habían tenido unas cuantas peleas al respecto sin alcanzar un acuerdo. Don Laureano quería más dinero.

Olózaga empezó entonces a jugar y a ganar en el Casino de Madrid. Lo hizo durante varias noches seguidas y una noche en la que había sido particularmente afortunado recibió un mensaje. Era una carta de don Laureano Báez, que decía estar dispuesto a aceptar el precio que habían discutido y que se presentara de inmediato. Que encontraría la puerta abierta y a Lunarito esperándole.

Olózaga se puso en contacto inmediatamente con su secretario, Cendreras, y lo envió a casa de don Laureano, siguiéndole él a cierta distancia. Al llegar, vieron la

casa de don Laureano totalmente a oscuras. En la calle, frente a la casa, alguien había encendido una hoguera y toda la fachada parecía iluminada por un rojo resplandor.

Olózaga vio a Cendreras entrar en la casa. Esperó largo rato, pero Cendreras no salió jamás.

Hubo ciertos incidentes repugnantes relacionados con este caso y que se filtraron, pero que no es necesario describir. Lunarito fue declarada culpable de asesinato, al igual que don Laureano. Éste fue condenado a cadena perpetua a la edad de ochenta años y Lunarito, debido a su edad y tras un largo y notorio proceso, fue enviada a un correccional.

Los españoles tienen a veces reacciones románticas y novelescas que resultan curiosas en un país tan viejo. El caso de Lunarito conmovió grandemente la imaginación pública y varios jóvenes de la buena sociedad se ofrecieron a casarse con ella para redimirla. Un joven conocido en la ciudad, llamado Gastón Bejarano, que disfrutaba de cierta popularidad debido a su vida alegre y a la largueza con que dilapidaba el dinero, logró casarse con ella y se hizo más famoso aún.

Me encontré con Olózaga unos días después y me enseñó riendo un periódico:

—Qué necio era Bejarano —dijo—; como todos los de su familia. Conocí a su abuelo y era tan necio como él. ¿Sabe usted? Es curioso. No hay muchacha ni mujer a la que yo haya amado, que no se haya casado bien... Cinco de ellas se casaron conmigo —dijo, riendo otra vez.

Entonces buscó en otra página del periódico:

—Esos estúpidos franceses acaban de arruinarme un buen negocio. Aquí hay un artículo en el que se dice que pretenden inundar el Sahara para convertirlo en un mar. Yo estaba a punto de montar una empresa para explotar ese desierto. Un químico amigo mío me dijo que no hay mejor limpiador que la arena y yo estaba a punto de vender el Sahara a diez céntimos la caja. Otro buen negocio arruinado.

—También es mala suerte —dije.

Paseamos en silencio durante un trecho.

—Pero ahora que lo pienso —dijo Olózaga de pronto—, esa idea de convertir en mar un desierto es realmente fascinante y ofrece infinitas oportunidades. Creo que voy a ponerme en contacto con un hombre al que conozco, que me dará unas cuantas pistas, y tal vez pueda hacer algo grande con ellas.

Nos cruzamos con una joven modistilla. Por la fuerza de la costumbre, Olózaga le echó un piropo y ella sonrió y le guiñó un ojo.

Olózaga me estrechó la mano.

—Lamento dejarle tan pronto, pero tengo cosas importantes que hacer. Hasta la vista.

—Hasta la vista.

Entonces pensé:

Sigue en la edad de los sueños y de las aventuras sin sentido. Tanto Olózaga como el gran Chinelato, siempre tras el amor y la aventura, y de ahí la paradoja... por

correr siempre detrás de lo práctico, ha vivido una vida de lo más romántica. Su vida es una lección. Pero ahora su tiempo se ha acabado. Tiene razón: ha sobrevivido a su época... y eso es triste.

La necrófila

Mi verdadera amistad con el doctor José de los Ríos data de la época de los incidentes que paso a relatar. Aunque le conocí algún tiempo antes, no entré en estrecho contacto con él hasta entonces.

Los incidentes ocurrieron como sigue:

Doña Micaela Valverde era una mujer de mediana edad que vivía sola con una sirvienta en el barrio de Salamanca, la misma parte de Madrid en la que el doctor José de los Ríos tenía su residencia.

Carente de parientes cercanos y, al parecer, sin otro interés en la vida, doña Micaela centraba sus actividades casi exclusivamente en ir a la iglesia. Iba al amanecer a la primera misa, a la bendición por la tarde y, durante la parte intermedia del día, siempre participaba en alguna clase de novena, o en ese tipo de plegarias acumulativas durante las cuales uno reza un padrenuestro el primer día, dos padrenuestros el segundo y así sucesivamente, hasta cincuenta o cualquiera que sea el número máximo, para luego ir disminuyendo la dosis correlativamente, exactamente como se hace con las medicinas dosificadas, aumentando y disminuyendo el número de gotas.

Se supone que con esas plegarias dosificadas uno obtiene prácticamente cualquier cosa que caiga bajo el dominio del santo al que van destinadas, o que el santo puede ser movido, ante tal perseverancia, a utilizar su influencia con santos mayores o con Dios mismo.

Esas demandas acumulativas al cielo eran una especialidad de doña Micaela, pero he sido incapaz de descubrir qué podría solicitar con tanta persistencia y constancia.

Doña Micaela era exactamente como el lector pueda imaginarla, pero con la particularidad de que no era flaca. Naturalmente, sus rasgos y su expresión eran rígidos y su piel pálida, pero no estaba flaca y, de hecho, se la podía considerar bien desarrollada. De no haber sido por su sempiterno atuendo negro, y algo en torno suyo que resultaba más difícil de definir, podría haber sido descrita como atractiva.

Sin embargo, había algo en torno a doña Micaela que resultaba extraño. El doctor José de los Ríos llamó mi atención sobre ello. Era su aspecto de figura de cera que, por más fiel que sea a la naturaleza, siempre resulta sórdida. Las ropas no envolvían a doña Micaela en una caricia cálida y suave, como les ocurre a otras personas; colgaban de ella con aprensión y frialdad, visiblemente disgustadas por el íntimo contacto. Esas ropas no cubrían una carne elástica que cede y se adapta al contorno, sino que parecían cubrir una estructura rígida, y ello con la reluctancia de quien cumple un penoso deber. Viendo a doña Micaela, uno caía en la cuenta de que la ropa en ocasiones tiene sentimientos.

Aparte de ir a la iglesia, doña Micaela tenía otra afición, que era asistir a velatorios. Los adoraba y estaba presente en todos aquellos en los que lograba introducirse. Y como sus amistades no llegaban a proporcionar material suficiente para satisfacer su voracidad, se sabía que recorría todo Madrid espionando a través de puertas y ventanas, y allí donde descubría el más leve signo de muerte se colaba dentro y, bajo cualquier excusa, forzaba literalmente su presencia en la reunión transida por el dolor, alegando muchas veces haber conocido al difunto algún tiempo atrás. Dejaba escapar comentarios indelicados y de mal gusto, recreándose en los más repugnantes detalles.

Podía decir, devorando el cuerpo con los ojos:

—¡Qué delgado está! Ha debido de sufrir mucho.

—¡Qué dice, doña Micaela! Ha tenido una muerte plácida, afortunadamente, casi como si se hubiera ido a dormir.

—Hmmm... me parece que sus rasgos están contraídos. Ha debido de sufrir una larga agonía... Hmm... sí, es terrible. Recuerdo que mi pobre Joaquín... sí, fue una apoplejía y se le puso la cara toda negra... Hmmm... fue terrible... Yo estaba como loca y no quería dejarles que se lo llevaran... pero los vecinos empezaron a quejarse del olor... Hmmm... fue magnífico... Hmmm... quiero decir terrible.

Doña Micaela le echaba una última y prolongada mirada al cuerpo, e incluso lo tocaba si nadie miraba, y se iba corriendo a otro velatorio, dejando a la familia en peores condiciones que antes.

Entraba en el siguiente velorio con aspecto profesional.

—Hmmm... veo que hoy tenemos una muerta. Soy doña Micaela Valverde, a su servicio. Hmmm... ustedes no me conocen, pero yo era buena amiga de ella... Sí, es terrible.

—Es muy amable de su parte, señora Valverde, rendir esta última visita...

—Venga, venga, hija mía... Hmmm... es un placer, se lo aseguro.

Doña Micaela daba varias vueltas en torno a la cama o al ataúd, según fuera el caso, con aire crítico, mirando, olisqueando y, de ser posible, tocando.

—¿Ha tapado bien todos sus orificios, hija mía? Hmmm... déjeme atar bien el pañuelo en torno a su rostro, está flojo y la boca no se cierra del todo... Hmmm... parece una persona con dolor de muelas y no un cadáver como Dios manda —y doña Micaela procedía a ajustar el pañuelo con manos ágiles y de una palidez a juego con el cadáver, alargando la operación todo lo posible, manoseando el cuerpo y sin dejar de hablar:

—Recuerdo cuando murió mi pobre Nicolás... Olvidé cerrarle la boca y cuando se lo llevaron la tenía abierta del todo... como si continuara gritando a causa de los dolores que sufrió antes de morir... Nunca olvidaré los ratos en el cementerio mientras enterraban a mis dos pobres esposos... Hmmm... Todavía puedo oír el ruido de la primera paletada de tierra contra el ataúd.

Y doña Micaela se iba apresuradamente.

—Adiós, hija mía, y no te olvides de avisarme la próxima vez.

Doña Micaela llegaba a casa sin aliento.

—Jacinta —le decía a su vieja criada—, cinco velatorios hoy... Hmmm... ha sido un buen día... sí, no he perdido el tiempo.

Jacinta sacudía la cabeza y se iba silenciosamente a su cocina.

Por las noches, doña Micaela frecuentaba, en su misma calle, la tertulia de un empresario de pompas fúnebres, y allí, para gran gozo de su corazón, hablaba de muerte y discutía largamente con su anfitrión. Al empresario le interesaba la muerte en un sentido filosófico. La consideraba un asunto comercial, en tanto que doña Micaela la consideraba únicamente desde un punto de vista estético. Le gustaba la muerte por sí misma. Sin embargo, ambos estaban de acuerdo en una cosa: en que no había tantas muertes como hubiesen deseado, y muchas veces sostenían conversaciones como ésta:

—No entiendo qué pasa este invierno. Parece que no hace suficiente frío.

—No. Todavía no he oído de un simple caso de neumonía, y ni siquiera de un mal resfriado.

—Sí... es terrible. Se habla mucho de la famosa brisa del Guadarrama... Hmmm... pero todavía no he visto que haga mal alguno.

—¡Y con la cantidad de ancianos que hay en Madrid! Todo cuanto necesitan es un poco de aire frío y...

—Sí... Hmmm... bastante descorazonador... Hmmm... quiero decir... sí.

Doña Micaela y el empresario de pompas fúnebres eran buenos amigos. Ella le ayudaba en el negocio y él la ayudaba en su afición. Ella se había convertido en una hábil rastreadora de muerte. Podía olería a un kilómetro de distancia. Solía decir que era capaz de ver en el rostro de la gente si se iba a morir pronto, de modo que podía comunicar con tiempo esos presentimientos a su amigo para que éste tomase las medidas pertinentes.

A su vez, él la dejaba participar en la parafernalia funeraria y ella incluso le había visto trabajar en varias ocasiones. Naturalmente, ellos no admitían de modo abierto su común debilidad, pero cada uno sabía que podía contar con la simpatía del otro. Hablaban de su tema favorito con un tono de voz untuoso, que rayaba en la obscenidad:

—¿Conoce usted a García, el poeta que vive enfrente de mi casa? Pues bien, sé que va a morir pronto. Nunca me ha gustado... siempre recitando a todo el mundo sus poemas de segunda fila acerca de la vida y la naturaleza... Hmmm... está ciego y sé que no tardará en morir... Hmmm... puedo ver en su rostro los síntomas de la agonía. Y esa chica que vive con él, Lunarito... Hmmm... sí, ella le está matando... es una bestia... Hmmm... y esos dos perros grandes y tristes que él tiene, son como la reencarnación de almas en pena... Hmmm... sí. Aúllan de noche... Hmmm...

Doña Micaela amaba la muerte. Era una obsesión que había alcanzado proporciones indecentes. No hablaba de otra cosa, no pensaba en otra cosa, y la gente

empezó a advertirlo subconscientemente. Ella aparecía como por milagro en el lugar adecuado y todo el mundo empezó a temer su presencia. Había además ese aire de figura de cera, esa nube de horror que parecía colgar encima suyo. Y esa mirada profunda en sus ojos, que parecía buscar el cadáver en todos cuantos encontraba, que buscaba la muerte latente en todo lo vivo. Esa mirada penetrante suya, que atravesaba la piel y acariciaba la calavera, esa tediosa mirada que recordaba a todos cuantos veía el hecho de que sus días estaban contados. Esa mirada que le envolvía a uno como un sudario.

Andaba también de una forma espasmódica, como si fuese una rígida muñeca mecánica. Con sus negras vestiduras, una noche, en una callejuela oscura y solitaria, debía de ser más que suficiente para aterrorizar al más valiente, y en aquella época las calles del barrio de Salamanca eran muy oscuras y solitarias.

Entonces descubrí otra cosa importante acerca de doña Micaela Valverde.

Sufría una extraña enfermedad. Una vez al año, y por espacio de dos o tres meses, caía en un estado de inconsciencia que era lo más parecido a la muerte. Era algo parecido a la catalepsia, pero más aguda. Se ponía fría y rígida, y todos los esfuerzos para reanimarla eran vanos.

Al principio, esos trances no eran tan profundos y podía oír y sentir, aunque no pudiera moverse ni hablar. Pero con el tiempo empeoraron y se quedaba exactamente como si estuviera muerta. Se le afilaban las facciones y se le ponía una expresión cadavérica y, cuando volvía en sí, no recordaba nada.

Poco a poco fue adquiriendo el poder de detectar la proximidad de esos trances anuales y, cuando ello ocurría, iba a despedirse de las pocas amistades que conservaba, como si se fuera de vacaciones al otro mundo. Poco a poco, esas rondas de visitas a amigos se fueron convirtiendo en un rito que tenía lugar todos los años por la misma época: la primavera. Entonces se retiraba a su habitación, la casa quedaba cerrada y ella yacía muerta para el mundo.

El doctor José de los Ríos, que, poco o mucho, la atendía, me dijo un día:

—Su caso me interesa, y me gustaría saber más acerca de él, pero ella no quiere contar nada. Creo que disfruta con la situación. Le gusta morir periódicamente y creo que en realidad no quiere que la cure. Piensa, inocentemente, que nosotros, los médicos, somos enemigos de la muerte. Sé que no le gusto nada, pero me divierte tratarla y amenazarla con la vida. Es sorprendente lo mucho que odia la vida. Siente la misma repugnancia por la vida que mucha gente siente por la muerte. Hablo de repugnancia por las manifestaciones obvias, no exentas de una cierta curiosidad. Le repugna tanto la presencia de una persona de aspecto saludable como a un ser normal la presencia de un cadáver descompuesto. Odia la vida.

Doña Micaela Valverde le había contado muy poco acerca de sí misma al doctor De los Ríos. Sin embargo, ella le dijo que presentía la proximidad de sus ataques por los prolongados accesos de melancolía que los precedían. Durante casi un mes, antes de uno de esos ataques, sentía una tristeza que alcanzaba proporciones

enloquecedoras y que casi rayaba en la insania. Entonces, según se aproximaba el ataque, sufría en todo el cuerpo calambres a intervalos regulares y ella sabía así que había llegado la hora de hacer sus preparativos.

Como queda dicho, al principio los ataques eran más temperados; yacía inmóvil, pero le temblaban los párpados y, en ocasiones, de sus ojos surgían lágrimas. Podía ver, oír y oler, y en ocasiones incluso sentir. Pero con el tiempo los ataques se hicieron más severos. Perdía la conciencia, quedaba completamente aquejada de *rigor mortis*, le bajaba la temperatura hasta que quedaba fría, y ni el más sensible estetoscopio podía detectar el latir de su corazón. Así permanecía durante uno o dos meses en la cama, en una habitación con las persianas corridas y tras haber ordenado de antemano a su anciana criada que no le prestase atención.

La pobre criada deambulaba por la casa con indiferencia suprema. Aparentemente, se había acostumbrado a esos estados de cosas. Trabajaba y ponía orden sin siquiera ir a mirar en la estancia de su ama, y así iba pasando el tiempo hasta que un día doña Micaela se despertaba y se levantaba de la cama, apenas capaz de andar. Entonces la anciana criada veía abrirse la puerta de su ama y a doña Micaela avanzar tambaleante por el corredor como un cadáver viviente y murmurando en voz cavernosa:

—He estado muerta... he estado muerta...

La criada sacudía tristemente la cabeza y seguía con lo suyo.

El doctor José de los Ríos había examinado a doña Micaela durante uno de sus ataques, y me dijo:

—Le he hecho todas las pruebas que la ciencia conoce en relación con estos casos, y puedo asegurarle que está muerta. Se muere durante uno o dos meses y luego resucita.

—Pero eso no es posible. Tiene que ser un ataque agudo de catalepsia o algo por el estilo.

—Le he hecho todas las pruebas y puedo asegurarle que está realmente muerta.

El doctor De los Ríos insistía, pero yo no acababa de convencerme.

No tardó en crearse una superstición en torno a doña Micaela Valverde, y la gente empezó a llamarla la muerta. Nadie osaba acercarse a ella. Todo el mundo la rehuía. Los niños echaban a correr aterrados. Las únicas personas que continuaban tratándola eran la anciana criada y el empresario de pompas fúnebres de su calle.

Doña Micaela había previsto el peligro de ser enterrada durante uno de sus ataques y le tenía dicho a su criada que no permitiese tal cosa a menos que fuese absolutamente necesario, y que bajo ninguna circunstancia debía permitir que el empresario de pompas fúnebres ni nadie que se dijese pariente entrasen en la casa durante el trance. Parecía saber tanto acerca de los vivos como acerca de los muertos.

Doña Micaela continuó viviendo en soledad. Salía de casa con el crepúsculo y paseaba por las afueras de la ciudad presa de una tristeza y una melancolía infinitas, luego se dirigía a la iglesia y pasaba largo rato en un rincón oscuro, orando. Su

tristeza se hizo más persistente y empezó a caminar con la cabeza gacha. Lloraba con frecuencia, y lloraba más cuando veía a la gente apartarse de ella.

Todos la habían abandonado, huyendo de la espesa atmósfera de muerte que la envolvía, y cuando yo la vi, en aquella época, supuse que durante esos períodos de su vida sus rasgos se habían dulcificado y que en su rostro había una expresión más humana.

Sin embargo, las repetidas visitas de la muerte la habían marcado. La muerte había dejado, con su huella profunda, una marca indeleble en su expresión. Su piel había adquirido un tono verdoso, sus ojos estaban hundidos y rodeados de sombras negras, y al pasar dejaba un rastro de ese olor peculiar que no era precisamente desagradable. Era un olor ligeramente rancio, mezclado con una penetrante fragancia a rosas marchitas que golpeaba pesadamente en las narices.

Y además estaba esa mirada en sus ojos hundidos, esa mirada que buscaba la muerte en cuantos encontraba. Pero ahora esa mirada también se había dulcificado y ya no tenía aquella chispa de burla, era tan sólo una larga y triste mirada, muchas veces velada por las lágrimas.

Sí. Había en doña Micaela una profunda belleza oculta, y debía de haber sido una mujer intensamente atractiva. En realidad, se había casado tres veces. Sus dos primeros maridos murieron y el tercero, llamado Cendreras, la abandonó durante uno de sus trances mortuorios.

El doctor José de los Ríos, que conoció a Cendreras, me contó que éste le había dejado a él el siguiente mensaje para su esposa:

«Dígale que la abandono porque siento que la insania me acecha.

»Dígale que la amo más que a nada en este mundo, pero que el amor es vida y con ella todo es muerte.

»Dígale que cada vez que la veo venir por el pasillo desierto de nuestra casa siento un terror frío en la médula.

»Dígale que era hermosa, pero que cada vez que me abrazaba sentía que mi tumba se cerraba sobre mí.

»Dígale que nuestro matrimonio nunca fue consumado, que en nuestros más íntimos momentos nocturnos, cada vez que me acercaba a ella veía las manos celosas de sus difuntos esposos surgiendo de un negro abismo para defenderla de mí.

»Dígale que en esos momentos sus ojos eran los más bellos que yo haya visto, pero que me rechazaban con su expresión no terrenal. Que yo sabía sacrilegas mis intenciones... ¡Había una mezcla de burla y tristeza en esos ojos...! Como si me recordasen que no pertenecían a este mundo. Quizá haya sido eso lo que me salvó de una completa unión con la muerte.

»Dígale que durante sus trances de muerte yo vagaba por la casa como un demente, que era como vivir con un cadáver y que, cada vez que regresaba a la vida, si yo hacía un esfuerzo por dirigirme a ella alegremente debido a su recuperación, me

miraba con esa expresión de burla y tristeza como diciendo: *No te olvides de ti mismo, porque algún día tú estarás rígido y muerto.*

»Dígale que cada vez que me miraba yo me veía muerto en sus ojos.

»Dígale que la abandoné mientras estaba muerta porque de lo contrario me hubiese mantenido sujeto a su extraña fascinación.

»Dígale que he huido de esa casa de muerte para no volver más, pero que nunca amaré a otra. Que ella ha despertado en mí el germen de muerte que duerme en todo ser vivo.

»Y dígame que tomaré medidas para que, una vez muerto, mi cuerpo le sea enviado.»

Entonces el doctor De los Ríos me dijo:

—Todo lo que rodea a esa mujer es muerte y nadie que viva con ella tardará en morir. La muerte es una enfermedad contagiosa que mata. Con ella se ha vuelto endémica y periódica. Ella muere con frecuencia, pero la muerte no puede matarla del todo. No hay mejor antídoto contra la muerte que la muerte misma. Todos cuantos la rodean han debido morir.

—Entonces, ¿qué ocurre con su vieja criada? Está viva.

—Es demasiado vieja, ya no tiene emociones y ha pasado el punto peligroso. Sí, es demasiado vieja; la muerte se ha olvidado de ella. Al igual que muchos ancianos, no morirá, sencillamente se desvanecerá.

—Sin embargo, doctor, doña Micaela se ha casado tres veces. Y después de todo, eso es un signo de vida. El matrimonio, según yo lo entiendo, es la consagración de un acto de naturaleza, de vida, de amor.

—No sé nada al respecto. Muchas cosas se consagran una vez muertas y quizá eso fuese lo que ella sentía. Sentía que el matrimonio mataba eso que es uno de los más claros símbolos de la vida. Tres hombres cedieron a su atracción a pesar de ese algo que la rodeaba, y que apartaba a todo el mundo de ella; y a los tres les puso la misma condición para casarse, la misma condición muerta. Dos de ellos pagaron con sus vidas y el tercero, Cendreras, no hizo más que retrasar el pago. Murió no mucho después, víctima de un crimen espantoso; pero su cuerpo no pudo serle enviado a doña Micaela, como él había prometido, porque sólo se encontró una parte de él y encima en fragmentos, amén de que la ley se opusiera.

—Pero, ¿estaba enamorada de sus maridos?

—No lo creo. Lo que amaba de ellos eran sus cadáveres. Estaba enamorada de la Muerte y creo que los sacrificó en homenaje a ella. ¿Sabe usted? No creo que consumase ninguno de sus matrimonios. Lo supe por su tercer marido. Ella siempre fue fiel a la muerte.

Y un día el doctor De los Ríos me llevó a casa de doña Micaela Valverde, que se encontraba en uno de sus trances mortuorios.

Cuando llegamos, nos recibió la sirvienta. Saludó afablemente al doctor De los Ríos y dijo:

—Ella está en su habitación, muerta. Ya sabe dónde está su habitación.

Había una gran indiferencia en su gesto, y la frase resonó con límpido y trágico humor por la casa vacía.

Avanzamos por un pasillo iluminado por una ventana situada a nuestras espaldas, que proyectaba nuestras sombras en el suelo. Caminamos, empujando nuestras sombras hacia delante, hasta que alcanzaron la pared del fondo y empezaron a trepar por ella. Se alzaron amenazadoras ante nosotros, pero, cuando nos acercamos, se desvanecieron. Al fondo estaba la habitación de doña Micaela Valverde.

La estancia estaba muy oscura. Percibí vagamente la silueta de su cuerpo sobre la cama. El doctor De los Ríos la rodeó y recorrió las cortinas. La estancia se vio iluminada por la luz amarillenta del atardecer. Estaba destantalada, tenía muy pocos muebles, y a éstos los había cubierto el polvo. Las paredes desnudas estaban manchadas y agrietadas en diversos lugares. Había asimismo una gruesa capa de polvo sobre los cristales de la ventana, que estaba cerrada. Eso hacía más desvaída y fría la luz amarillenta.

Doña Micaela yacía en el lecho totalmente cubierta, incluida la cabeza. El doctor De los Ríos apartó la sábana y mostró a la muerta. Ambos la miramos largo rato. Tenía los ojos abiertos y era evidente en ellos el hielo de la muerte, pero mantenían esa extraña y profunda belleza que los caracterizaba, y estaban rodeados de círculos negros que se alargaban hasta las sienes, donde se perdían bajo el cabello, que caía seco y ceniciento sobre la almohada.

En la pared de la cabecera de su cama había un Cristo de marfil sobre una cruz negra, que se inclinaba sobre la muerta con infinita clemencia.

El doctor De los Ríos comentó:

—La sirvienta se ha olvidado de cerrarle los ojos esta vez.

—Son bellos —dije yo.

Y el doctor De los Ríos repitió:

—Sí, son bellos.

Permanecí en silencio, estudiando su cuerpo desnudo. Entonces, el doctor De los Ríos habló de nuevo:

—Le digo que esto es muerte y nada más que muerte. Esta mujer lleva muerta un mes y probablemente esté muerta durante dos más.

Y miró, pensativo, por encima de la muerta y recitó en tono melancólico:

«El trueno ominoso resonará en la distancia sólo para morir inadvertido en el leve temblor de sus tímpanos.

»El sol abrasador coronará silencioso el meridiano sobre su silencio, sin obtener de ella, en respuesta, una sola gota de sudor para congelarlo sobre el glaciar de sus ojos.

»Las brillantes estrellas de la noche se extinguirán al caer como gotas de luz en la absoluta soledad dejada por su alma.

»El amanecer rojo sangre de los días palidecerá y se desvanecerá sobre su cuerpo lívido.

»Y el brillante desfile de la felicidad se acallará cuando pase ante su cuerpo, y se dispersará, en indiferente futilidad, bajo el gran palio de su negación.»

Y entonces el doctor De los Ríos sacó un bisturí y con brutal resolución infligió un corte profundo en un muslo.

—¡Mire! —exclamó, mostrándome la gélida herida sin una gota de sangre—. Toque —dijo, y apretó mi mano reluctante contra su carne fría como el hielo. La retiré rápidamente, al tiempo que otra triste escena cruzaba mi memoria, y miré hacia el crucifijo, cuya cabeza pendía con graciosa resignación.

El doctor De los Ríos prosiguió:

—No son pruebas concluyentes, pero conmueven al lego. He hecho con ella experiencias científicas, y le digo que está muerta. Cuando reviva, no tendrá memoria de su condición y habrá perdido todo sentido del tiempo. Pensará que se fue a dormir un momento antes, pero tendrá vagas sensaciones relativas a lo que ha ocurrido, una sensación inequívoca. Sentirá la opresión de la muerte como un eco. Ella es una especialista y lo puede decir. Dirá que ha estado muerta y estará en lo cierto.

—¡Pero eso es absurdo! —exclamé—. Si lleva un mes muerta, ¿cómo es que no se ha producido la putrefacción?

Mi frase pareció durar mucho tiempo. Todo en aquella habitación parecía encontrarse en estado de movimiento suspendido. Permanecíamos en lados opuestos de la cama; el doctor De los Ríos estaba de espaldas a la ventana y yo sólo veía su silueta contra la luz difusa. La noche caía rápidamente y la última luz se había concentrado en el crucifijo de marfil y el cuerpo inerte que yacía entre ambos. Mi frase colgaba aún en el aire como si fuera incapaz de atravesar la pared de muerte que nos separaba. El doctor De los Ríos se incorporó lentamente y su silueta creció hasta alcanzar proporciones tan inmensas que me asusté. El bisturí centelleó en sus manos, en las sombras que se espesaban, como un último rayo de sabiduría que tratase de sajar las tinieblas del misterio y se esforzara por alcanzar y diseccionar el más allá. Entonces contestó:

—Porque la putrefacción es el regreso a la vida. Es entonces cuando la vida arrebatada un cuerpo a la muerte y lo reclama como propio. Esta mujer ama demasiado la muerte.

Ama la muerte por sí misma y la ha desvinculado de todos los íntimos lazos que la atan a la vida. A través de la descomposición, un cuerpo regresa a la vida, una vez perdida su identidad y su personalidad. Ella pretende seguir siendo ella misma, de modo que, cuando reviva, sabrá que ha estado muerta. Sólo desea la parte decorativa y efímera de la muerte. Mira la muerte sólo en su sentido más puro, separada de todos los desarrollos normales y necesarios en la naturaleza. Por eso no empieza en ella la putrefacción. Es un signo de vida demasiado obvio y ella odia la vida. Pero cómo

puede detener la muerte, cómo su voluntad puede ir más allá de los límites de su vida, es algo que se me escapa.

Y el doctor José de los Ríos pareció alzarse aún más, buscando con el brazo una verdad invisible y fugaz. Entonces la luz se apagó en su bisturí y quedamos inmersos en una espesa tiniebla. Todo cuanto recuerdo es que el doctor De los Ríos me tomó del brazo y atravesamos apresuradamente las sombras para abandonar aquella casa de muerte.

Nunca sabré si mis experiencias de aquel día fueron sueño o realidad. Estuve muy ocupado todo el verano y no volví a ver al doctor De los Ríos hasta el otoño. Cuando le vi, hice una referencia al asunto.

—Finalmente, logré diagnosticar su caso con más claridad —dijo—. ¿Sabe usted? Doña Micaela Valverde estaba enamorada de la muerte, como tantas veces le dije. Naturalmente, casi todo el mundo está interesado en la muerte, de la misma forma que está interesado en el sexo. Es la curiosidad natural por los inicios y por el fin de la existencia, que afecta a cada uno muy directamente. Pero ese interés se había convertido, en el caso de doña Micaela, en amor y pasión. No hablaba ni pensaba en nada más.

Supe entonces que ella solía visitar la *morgue* y que pasaba largas horas allí, así como que iba mucho al cementerio.

Al final, espaciaba sus visitas a la *morgue* porque tenía que su debilidad fuese advertida. Por otra parte, prefería los velatorios, donde la muerte tenía aspectos decorativos. Era una auténtica pasión para ella. Le gustaba todo aquello que tuviese relación con la muerte. Le gustaban los maniqués y coleccionaba títeres y toda clase de muñecas. En realidad, todo aquello en lo que pudiera detectar un símbolo. Doña Micaela estaba locamente enamorada de la muerte. Aquellos trances mortuorios que sufría eran, según el doctor De los Ríos, pequeños viajes que hacía para reunirse con la Muerte y celebrar sus nupcias con ella. Y el doctor De los Ríos dijo por último:

—Llegué a la conclusión de que doña Micaela estaba preñada de la muerte y que la única cura posible consistía en practicarle un aborto.

Para cuando el doctor De los Ríos alcanzó esa conclusión, doña Micaela estaba mal. Había quedado paralítica y los trances eran más frecuentes. Pasaba más tiempo muerta que viva y la muerte había hecho de ella una presa horrible.

Y el doctor De los Ríos dijo:

—La pobre doña Micaela me llamó para que la examinara. Yo sabía ya la clase de medicina que necesitaba. Usted sabe que creo en el suicidio como panacea universal. Y bien, el suicidio es también un aborto de muerte.

Por lo tanto, y una vez que ella le contó sus cuitas al doctor De los Ríos, éste dijo que no podía curarla, que su caso era desesperado y que lo mejor que podía hacer era suicidarse. Que la muerte era el mejor antídoto contra la muerte. La muerte no vendría a buscarla si ella no iba en su busca. Su reacción fue de lo más sorprendente. Aquella mujer que había muerto tantas veces, había desarrollado ahora un tremendo

amor por la vida y la perspectiva de una muerte temporal, y no digamos de una muerte permanente, como la que el doctor De los Ríos proponía, la puso realmente furiosa. Le insultó y dijo que no sabía de qué hablaba, que ella nunca le había gustado y que no deseaba curarla.

El doctor De los Ríos era infatigable. Habló del suicidio tan elocuente y convincentemente como todo aquel que no lo practica, y se marchó dejando sobre el mantel un revólver cargado con balas de fogeo.

—¿Funcionó el truco? —le pregunté al doctor De los Ríos.

—A la perfección —respondió.

Parece ser que enloqueció tanto ante la proximidad de la muerte, que ella podía presentir, que en un momento de fortaleza decidió matarse. Cuando disparó la pistola, se desmayó, pero bajo el efecto de un jarro de agua que su sirvienta le vació en la cabeza, empezó a sentirse bien. Se levantó de la silla donde había estado confinada y se puso a caminar como si nada hubiese ocurrido.

Y doña Micaela Valverde se encuentra ahora perfectamente. El doctor De los Ríos le ha hecho tirar todas sus colecciones de marionetas, maniqués y muñecas, le ha sugerido que se mude a otra casa más alegre y le tiene prohibido ir a la iglesia.

Dice el doctor De los Ríos:

—¿Sabe usted? Ese asunto de la religión tiene demasiado que ver con el más allá y crea una obsesión con la muerte. Hay muchos casos en España como el de doña Micaela Valverde. ¿Se ha fijado en esas filas de fanáticos vestidos de negro y con aspecto de cadáveres que van a la bendición por la tarde? Pues bien, todos ellos tienen una tendencia más o menos marcada hacia la necrofilia. Por supuesto, el de doña Micaela era un caso agudo y rayaba en la obscenidad. Ya estaba preñada de la muerte, pero hay muchos otros que, pese a no llegar tan lejos, muchas veces coquetean con la idea y un día de éstos se van a ver atrapados.

—Es un caso realmente extraordinario.

—Y con muchos toques de romanticismo. Doña Micaela, apartada de la vida por su pasión y yendo a buscar a su amante en los solitarios senderos de la nada. Finalmente, no todo lo relacionado con el amor es obsceno.

—¿Y dice usted que ahora se encuentra perfectamente?

Un romance de perros

I

Estudiantes

Tras la muerte de mi amigo García, el doctor José de los Ríos, que le atendió en sus últimos momentos, me trajo este manuscrito, que forma parte de una suerte de autoestudio que García había realizado a lo largo de su vida.

El doctor De los Ríos me dijo que el manuscrito podría interesarme, ya que trata justamente de la época en que García y yo éramos compañeros de estudios y se menciona mi nombre.

Aparte del interés que esta narración tenga para mí en tanto que documento de mi temprana amistad con García, y por la vívida reconstrucción que hace de aquel período de nuestras vidas, considero pertinente darle un lugar en este libro, por lo que me tomo la libertad de incluirlo.

El manuscrito quizá sea un poco desordenado, oscuro e incluso incoherente, pero su profunda sinceridad hace que sea, en mi opinión, merecedor de una lectura tolerante.

Todos mis recuerdos de cuanto tenía diez años están envueltos en una nube parecida a una de aquellas nubes celestiales que salían en las imágenes de santos que solían regalarme y que yo rechazaba con un seco y desabrido sentido del deber. Esos recuerdos están salpicados de sádicas escenas representadas en las imágenes: una mujer con el corazón atravesado por numerosas flechas, un hombre clavado en una cruz, ensangrentado y con una corona de espinas en la cabeza, o una representación en celuloide de sólo un corazón en llamas.

Hay otras muchas imágenes que no logro ver claramente, pero esas tres surgen de la niebla que envuelve mis recuerdos y destacan con tanta claridad como un hombre y una mujer a los que también recuerdo de esa época, y un sutil sentimiento romántico respecto de sus vidas, a las que mi intuición infantil descubrió, o mi imaginación infantil supuso, íntimamente relacionadas con la mía.

El que mis recuerdos de aquella época sean tan confusos no debe ser esgrimido en contra de mi memoria. Me jacto de haber desarrollado una notable capacidad para recordar cosas y en realidad puedo recordar con asombrosa precisión, como se verá en las partes iniciales de esta autobiografía, cosas que ocurrieron antes de las que voy a narrar. Pero cuando ahora miro hacia atrás, sé que no sufrí entonces un ataque de amnesia ni tampoco de estupidez. Sencillamente, estaba soñoliento.

Sí, alrededor de los diez años de edad, yo estaba terriblemente soñoliento. Recuerdo lo que ocurrió entonces como uno recuerda las cosas que ocurren cuando se está medio despierto. Y en realidad fue durante ese estado de continuo adormilamiento cuando empezaron a despertar muchas cosas en mí, y caí en una mayor somnolencia arrullado por el vaivén de las olas de corrientes encontradas de sentimientos y emociones, y en una gran confusión debida a problemas que no comprendía pero sospechaba y a la que me enfrenté con soñolienta curiosidad y adormilado temor.

Cuando tenía once o doce años, ni siquiera lo sé con seguridad, mi familia se trasladó a Vizcainía, un pueblo del norte de España donde solía pasar los veranos, y entré a estudiar en el colegio de los Padres Salesianos. Todavía recuerdo la primera impresión que recibí al llegar a Vizcainía. Incluso a mi edad era consciente de que el pueblo se había hecho más pequeño desde la última vez que lo había visto. No tardaría en empezar una existencia de grandes fatigas y sufrimientos para mí.

Aunque de niño nunca me gustó particularmente Vizcainía, donde siempre me sentí como un extraño, incapaz de mezclarme del todo con los otros niños, que hablaban en vascuence, una lengua que siempre fui reacio a aprender, había disfrutado allí una vida de libertad y hasta cierto punto de juego y solaz. Ahora venía a Vizcainía a vivir y a estudiar o, más bien, a estudiar que a vivir.

Recuerdo el período siguiente envuelto en una nube de confusión y horror que ha dejado en mí, hasta hoy, un decidido sentimiento de odio hacia todo lo relacionado con escuelas y estudios, y quizás otros muchos sentimientos cuya descripción no es éste el momento de intentar.

No estaba interno. Vivía con mi familia y había sus buenos dos kilómetros desde casa al colegio, que yo recorría dos veces al día, a las siete de la mañana y a las nueve de la noche.

El tiempo entre esas dos caminatas estaba lleno de estudios, recitaciones, presiones mentales, disciplinas, castigos, miedo... Para luego caminar de vuelta a casa con el corazón encogido y la obligación de aprender ochenta páginas de historia para el día siguiente. Estudiar en casa era envenenar los pocos momentos de libertad por los que había suspirado durante todo el día en aquella prisión escolástica, pues debía hacerlo en el calor de mi familia y la tolerancia de mis padres, tan diferente de la cruel rectitud de aquellos curas.

Y como si el día entero no fuera bastante para acabar con mis nervios, aquella caminata hasta casa era la última, amarga y temible experiencia de la jornada. Para llegar a casa debía atravesar cierta calle, y en aquella estrecha, solitaria y oscura calle había un enorme perro, un perro que parecía haberse propuesto aterrorizarme, ladrándome y atacándome. Recuerdo que daba un largo rodeo para evitar al perro o permanecía aterido y adormilado bajo la lluvia esperando a que el horrible animal se fuera, y recuerdo los confusos pensamientos que entonces cruzaban por mi cerebro.

Había oído a los curas decir una y otra vez que era necesario sufrir para alcanzar la felicidad, y que al demonio le gusta hacernos sufrir para probar nuestra fe en la Providencia. Esas cosas las decían los curas en la escuela, y muchas otras cosas que yo no entendía muy bien. Incluso a esa edad, yo era vagamente consciente de lo absurdo de una actitud ante la vida tan trágica y autopunitiva. Sin embargo, allí estaba el perro. Aquel perro se interponía entre mi casa y yo, y mientras su sombra surgía frente a mí, y mientras yo permanecía allí o daba un rodeo por el pueblo, me venían a la memoria las palabras de los curas. Sufría una confusión de experiencia desdichada y enseñanza machacona, y aquel perro se convirtió para mí en el símbolo del sufrimiento previo a alcanzar la felicidad. El perro estaba allí para probarme o para tentarme. Yo no lo sabía bien, y todavía hoy no sé si yo lo tomaba por Dios o por el diablo.

Pero sé una cosa: que el perro se convirtió para mí en una pesadilla, en un enemigo. Era objeto de miedo continuo y ello, unido al hecho de que mi sistema nervioso estuviese afectado por la falta de sueño y el exceso de trabajo, constituía una obsesión que me perseguía noche y día.

Salía de la escuela de noche y llegaba a casa tarde. No tenía hambre para comerme la cena y la consumía a toda prisa para preparar los deberes. Deberes, después de pasar catorce horas en la escuela. Cada noche, mientras mi madre me presionaba para que comiera y me preguntaba por la escuela, sentía el mismo deseo enloquecedor de llorar y rogarle que me sacara de allí, pero las ideas de deber, estudio y sacrificio estaban impresas en mi joven cerebro por aquellas prédicas y enseñanzas, siempre mezcladas con doctrinas místicas y religiosas. Yo era demasiado joven para sopesar libremente esas cuestiones. Me encontraba terriblemente cansado y todo parecía confuso. Sólo sabía que había un deber, el de estudiar, e incluso a mi edad sentía que si hablaba no me entenderían, de la misma forma en que yo no les entendía a ellos cuando hablaban.

No dije lo que deseaba y ello empeoró las cosas. Le decía a mi madre que todo iba bien y empezaba a estudiar; mi cerebro cansado hacía inútiles esfuerzos por memorizar como se nos exigía, palabra por palabra, coma a coma, unas lecciones escritas en un lenguaje demasiado abstruso para cualquier niño, pasajes retóricos y floridos repletos de palabras vacías cuyo significado ningún joven podía entender, y me aplicaba a ello con miedo en el corazón hasta quedarme dormido, a medianoche. Entonces mi madre me quitaba los libros y cuadernos de debajo de la cabeza y decía: «No estudies más»; pero yo no podía oírla. Cada noche me dedicaba al estudio, pero todo era en vano.

En las mañanas de invierno, cuando a las cinco todavía es oscuro, recuerdo a la criada entrando en mi habitación con los ojos medio cerrados y portando una taza de café negro.

—Señorito, señorito, despiértese.

Y yo me incorporaba y me bebía el café, y ella se volvía a dormir. Entonces recogía los libros de la cama (incluso dormía con ellos) y empezaba otra vez a estudiar o, más bien, a convencerme a mí mismo de que mirar tontamente los libros y pasar las páginas era estudiar.

Para mí, el deber se había convertido en una serie de actos mecánicos y sin sentido; mientras los ejecutase, mi conciencia se sentía tranquila, pero por debajo había miedo.

Después me vestía, tragaba el odioso desayuno y corría hacia la escuela para llegar a tiempo a la misa de siete y media. Esa misa diaria, esa misa sempiterna, esa infalible y persistente misa en una capilla oscura y en un oscuro latín. Aquel soporífero ritual y aquel soporífero lenguaje, después de sólo cinco horas de sueño. Un día más.

Por eso digo que a los diez años de edad yo estaba terriblemente adormilado y que todos mis recuerdos se vuelven borrosos y como confusos. Una mezcla de niebla y temor, de sufrimiento e incomprensión.

Recuerdo pocas cosas placenteras de aquella época, pero quiero mencionarlas. Una de ellas eran lo que nosotros conocíamos por los Madrileños. Un grupo formado por los pocos chicos de aquella escuela que procedían de Madrid.

Las provincias vascongadas tienen, por una razón u otra, un gran resentimiento contra Madrid y todo lo que de allí procede. En las provincias vascongadas, o al menos en Vizcaitía, llaman a los madrileños maquetos, una palabra que creo insultante y que alude a un origen dudoso. Y así es como los demás chicos nos llamaban: El Círculo de los Maquetos; esa animosidad generalizada nos unió y nos mantuvo fieles los unos a los otros. Tras las lecciones, mientras los demás chicos hablaban vascuence, nosotros lo hacíamos en castellano y estábamos orgullosos de ello. También nos sentábamos juntos en la sala de estudio.

Los madrileños formábamos un grupo muy reducido. Éramos sólo cuatro: Julio Cavañas (al que siempre llamamos Cavañitas), Pepe Bejarano, Felipe Alfau y yo mismo.

Otra cosa agradable era el padre Inocencio. Aunque era vasco, nacido en Bilbao, había vivido mucho tiempo en Madrid, donde tenía grandes amigos y a donde todavía iba en cortos viajes. Sentíamos, naturalmente, que simpatizaba con nuestra causa y nos prestaba apoyo moral.

Como queda dicho, todo lo relativo a aquel período es muy vago en mi mente, pero sé que ostentaba algún cargo de importancia, como director, capellán o algo parecido, en un convento situado en la misma calle, puerta con puerta con nuestro colegio. Cuando estaba en Vizcaitía, pasaba siempre una parte del día en nuestra escuela, enseñando literatura, y el resto en el convento, presumo que atendiendo a las obligaciones que allí tuviese. Para ser franco, desconozco si hay capellanes directores en los conventos porque, como he olvidado decir, mi ignorancia acerca de los asuntos que constituían mi rutina diaria en aquella época es asombrosa. Cosa fácil de

comprender, considerando en qué condiciones estaba mi mente durante aquellos días. Pero sé sin lugar a dudas que el padre Inocencio estaba relacionado con el convento, donde ejercía algún cargo de importancia.

El padre Inocencio era en cierto modo una excepción y un personaje revolucionario en el pueblo y entre los restantes curas. Era un buen amigo de mi familia y, cuando estaba en Vizcainía, un asiduo asistente a reuniones en nuestra casa.

Todas esas circunstancias me hacían sentir que tenía un amigo y un protector cuando él estaba en el colegio. Desarrollé un gran afecto por el padre Inocencio y a mi madre le gustaba, lo cual le hacía aún más excepcional a mis ojos porque en casa no era ningún secreto, ni siquiera para mí entonces, que mi madre sentía una decidida antipatía por todo lo relacionado con la Iglesia. La única razón por la que mi madre permitió que yo asistiese a un colegio de curas fue que ése era el único colegio de Vizcainía que podía considerarse bueno, ya que todos los colegios fiables de España están en manos de curas y monjas, y difícilmente puede encontrarse una escuela en España donde no haya escondido en alguna esquina algo perteneciente a la Iglesia. Quizá el padre Inocencio también tuviese algo que ver.

Pero, como decía, a mi madre le gustaba el padre Inocencio y, al intentar describir su carácter, la cito parcialmente a ella.

El padre Inocencio era un hombre de mundo. Le gustaban la buena sociedad y las artes. Era un notable pintor paisajista y un buen poeta. Su vasta cultura y sus finos modales le ponían muy por encima de la turbamulta de curas hispanos, cuyos métodos sórdidos y rampantes son de lo más odioso, y que literalmente se cuelan en las casas y en los bolsillos de gentes en verdad bondadosas con toda clase de trucos y explotando con habilidad una combinación de supersticiones y miedo al infierno.

El padre Inocencio no se mezclaba mucho con los demás curas. Por las tardes, cuando las calles de Vizcainía rebosaban de caballeros en sotana procedentes de todos los monasterios cercanos, ataviados de negro como un ejército de cucarachas, se podía ver al padre Inocencio paseando solo por algún apartado camino y leyendo su libro de plegarias, quizá soñando, limpiamente afeitado, tranquilo y discreto, en vivo contraste con los restantes curas.

Y sin embargo, el padre Inocencio no era un asceta de nacimiento. Se lo oí decir a mi madre. Ésa era su forma de alejar los pensamientos mundanos y domeñar la carne recalcitrante. El padre Inocencio era un romántico por naturaleza y amaba demasiado el mundo. Había tomado las órdenes y aunque ello era más de lo que podía soportar, antes doblegaría sus sentidos que sacrificar una promesa que había hecho públicamente y asumido por voluntad propia, y siempre estaba zafándose de las trampas puestas a su paso por los siete pecados capitales, según mi madre solía explicar.

El padre Inocencio se encontraba en un continuo estado de guerra interior. Le gustaban las mujeres tanto como él gustaba a las mujeres. Su atractiva personalidad le

había ganado el favor de todas las damas de Vizcainía y éstas no deseaban confesar sus pecados a nadie más, o sólo deseaban confesárselos a él.

Pero por más tentaciones que sufriera, el padre Inocencio nunca se rendía y he oído decir a mi madre que él era el único cura de España que llevaba una vida casta y ascética.

Y por lo que yo pude saber, así era su carácter: El padre Inocencio era un sacerdote excepcional. Nunca robó.

Nunca prevaricó.

Nunca cometió violación.

Siempre se sacrificó.

Y un día se suicidó.

Por qué se quitó la vida el padre Inocencio es más o menos un misterio para todos cuantos le conocieron. Para mí fue la fatalidad. Todo cuanto ocurrió en aquella época está impreso en mí bajo una nube de confusión tal que barre mi memoria como un huracán de hechos incoherentes, sin causa ni efecto aparente.

Hay quien dice, entre otros mi madre, que los votos eran una carga excesiva para él y que se sabía incapaz de llevar la vida de un sacerdote. Otros aseguran que hubo un desgraciado asunto amoroso, que los votos se interpusieron entre él y su amada y que decidió destruirse a sí mismo antes que destruir sus votos. Tengo para mí que ambas explicaciones son la misma cosa. No tengo opinión personal al respecto. Trataré únicamente extraer de entre la niebla que los rodea, los pocos sucesos importantes que recuerdo que precedieron a ese desdichado fin.

Un día nos enteramos de que el padre Inocencio se iba a Madrid y, lo que es peor, que se llevaba consigo a Pepe Bejarano, cuya familia pensaba enviarlo a un colegio en Inglaterra.

El padre Inocencio intercedió por nosotros, y los Madrileños obtuvimos permiso para acompañarlos a la estación.

Ninguno habló durante el trayecto. Nosotros, los que nos quedábamos, sentíamos una mezcla de tristeza y admiración por nuestro afortunado compañero.

Por alguna razón, sentíamos que hablar a Pepe en aquel momento era tomarse demasiadas libertades con tan importante persona. Una embarazosa barrera de formalidad había surgido de pronto entre nosotros, que tan íntimos habíamos sido. Todos guardamos silencio, y ni siquiera el padre Inocencio pronunció más palabras que las indispensables. En aquel momento me complacía pensar que él debía de estar triste por separarse de nosotros. Ahora sé lo poco importantes que debíamos de parecerle, con nuestros calcetines caídos, nuestras sucias ropas escolares y nuestras boinas polvorientas.

Cuando subieron al tren, hubo una cierta efusividad. Pepe dio ejemplo: abrazó a Cavañitas y, después, a cada uno de nosotros. El padre Inocencio nos dio un golpecito en las mejillas y después puso en las manos de Alfau un cucurucho de caramelos:

—Son para todos, y no os peleéis. Ahora volved derechos al colegio y sed buenos chicos.

Cuando arrancó el tren, Pepe gritó desde la ventanilla:

—Sostened el buen nombre de los Madrileños.

Sonrojados y sintiéndonos completamente tontos, respondimos a coro que lo haríamos y nos quedamos allí viendo alejarse el tren.

Después viene otra nube en mi memoria, de la cual un solo incidente surge con claridad, como una fotografía en color contra un fondo en blanco y negro.

No logro recordar las circunstancias, ni tampoco cómo ocurrió. Sólo recuerdo que estaba con mi madre en una carretera que llevaba al colegio y que ella hablaba con un hombre que sostenía un caballo por la brida.

Entonces el hombre ayudó a mi madre a subir al caballo y ella cabalgó hasta el colegio y regresó, al galope tendido.

Mi madre era muy rubia e iba vestida con un traje verde. El sol estaba alto y el caballo era grande y blanco.

Recuerdo que el cabello de mi madre se despeinó y flameó al viento como oro fundido, y cuando la vi acercarse así, sobre el gran caballo blanco y al galope tendido, salté instintivamente hacia atrás y me agarré al abrigo del hombre con una mezcla de temor y admiración. Recuerdo con asombrosa claridad aquella deslumbrante escena, con mi madre avanzando ominosamente sobre aquel caballo blanco. No sé por qué, pero desde ese día dejé de sentirme seguro respecto de ella.

En contraste con esa vívida experiencia, no recuerdo lo que pasó después, pero sé que a continuación vino un período de estudios bajo las insoportables circunstancias que ya he descrito. Nunca más supe nada de Pepe Bejarano. Poco después acabó el curso y empezaron las vacaciones de verano.

Pero antes de proseguir mi narración debo contar un incidente que, si he de confiar en mis confusos recuerdos de aquella época, empezó y se desarrolló durante la ausencia del padre Inocencio, y culminó poco después del infortunado incidente que puso fin a la vida del padre Inocencio.

Me refiero a otro perro, tan enorme y feroz como aquel del cual antes hablé. Este perro pertenecía al colegio. Era un perro guardián.

Cada día, a la hora en que empezaban las clases, soltaban al perro en el patio que debíamos atravesar para llegar a las escaleras que conducían a las clases. La idea era, imagino, que el perro nos atacase y nos asustase si llegábamos tarde a clase.

Recuerdo que un día llegué tarde y me topé con el perro. Recuerdo que el corazón se me cayó a los pies. Miré la puerta que daba a la escalera, al otro extremo del enorme patio, distante, pequeña e inalcanzable.

Estuve allí parado durante largo rato, con el perro mirándome. Pensé en rodear el colegio, pero abandoné la idea porque ya sabía que no había otra forma de llegar a mi clase.

El perro y yo permanecemos un tiempo considerable mirándonos el uno al otro. El tiempo pasaba y mi retraso aumentaba. Entonces tomé una decisión: cogí un objeto, no recuerdo qué era, y lo arrojé hacia el rincón del patio más lejano a la puerta. El perro se lanzó a por él y, justo cuando lo alcanzó, en el punto más alejado del que yo deseaba ganar, me lancé a todo correr.

Fue una carrera enloquecida. Yo no corría. Volaba, impulsado por un pánico incontrolable. Todavía oigo el aire zumbando en mis oídos y al perro, que se había girado para perseguirme, justo en mis talones. Con un último y desesperado salto, aterricé en el cuarto o quinto escalón, más allá de la puerta que, según yo sabía, el perro tenía orden de no traspasar, y allí me quedé, inmóvil y paralizado de terror, y jadeando por la tensión nerviosa y el shock.

Aquel día llegué muy tarde a clase y el castigo que recibí continúa pareciéndome totalmente desproporcionado, brutal y cruel hasta lo indecible, y por lo tanto no trataré de describirlo. Quizá me viese arrastrado demasiado lejos por mis sentimientos, sentimientos en los que no confío porque mi condición mental era tal en aquellos días que en ocasiones temo ser injusto. Temó que mi imaginación exagere mis experiencias; y que, después de todo, las cosas no fuesen tan malas ni la gente tan cruel como yo imagino. Porque parece inverosímil que un chico de esa edad pueda pasar tanto y durante tanto tiempo sin que las personas mayores lo sepan; que un niño pueda sufrir hasta ese extremo y que las personas mayores no le echen una mano. Sí, indudablemente, imagino las cosas peor de lo que en realidad eran.

Pero sé, al menos, que los dos perros de los que he hablado desempeñaron un importante papel en el drama de mi existencia, y que contribuyeron a hacer de aquellos días algunos de los más negros de mi vida. Han dejado en mí una huella indeleble que todavía me hace sufrir.

Aquellos dos perros jalonaban mi camino entre mi casa y el colegio. Había un perro que me cerraba el paso camino de la casa a la que yo deseaba ir, y había un perro que me cerraba el paso hacia el colegio al que debía ir. Esos dos animales se perfilaron fatalmente en mi infancia y enmarcaron mi vida, ribeteándola de temor, un temor que hizo nacer y aflorar a la superficie sentimientos que hubiera sido mejor dejar dormidos y que, junto con otras cosas, hicieron que mis días de escolar fuesen más dañinos que beneficiosos.

Pero estaba el verano... una sensación de libertad y de infinito alivio, en casa o en el parque del pueblo, sin libros, ni curas, ni perros. Pero también son confusos mis recuerdos de los días de vacaciones, quizá incluso más, porque son las cosas desagradables las que, debido al deseo de autodestrucción, perduran con más claridad en la mente o en el cuerpo... La memoria, en ocasiones, parece elegir las cosas ingratas del pasado con precisión masoquista, y ahora aquel verano pasa como una nube dorada por el sol, una nube efímera arrastrada por el viento presuroso del tiempo más allá del horizonte de mis recuerdos... hasta que de nuevo surge la noche. Empezó mi tercer año de bachillerato.

Las cosas se complicaron. Recuerdo haber pasado por aquel curso sin entender una sola palabra de cuanto estudié. Libros de texto absolutamente desproporcionados para nuestra edad. Una educación puramente teórica, más allá de nuestra comprensión. Profesores excesivamente malhumorados o impacientes por explicar, que nos hacían víctimas de sus sentimientos personales. Catorce horas de estudio diarias durante un año, y todas ellas desperdiciadas sin excepción. Tal es la educación que explica la prodigiosa ignorancia de un graduado español.

Pero, volviendo al tema original, poco después de que se reabriera el colegio supimos que el padre Inocencio había regresado de Madrid trayendo consigo a una joven monja destinada al convento vecino a nuestro colegio. Se habló y se cotilleó mucho al respecto, en el colegio y fuera de él. No osamos preguntarle al padre Inocencio y él no se tomó la molestia de explicar. Pero seguían los cotilleos y nuestra curiosidad aumentó.

Un día me dijo Alfau:

—García, ¿sabes quién es la nueva monja?

—No.

—La hermana de Bejarano. Ya recuerdas a Pepe. Pues bien, ella se llama Carmen Bejarano y la llaman hermana Carmela.

Mi curiosidad no conocía límites. Hicimos algunas conjeturas al respecto. Nadie la había visto. Alfau tenía las ideas más absurdas respecto a la causa por la que ella se había metido a monja.

Y aquel mismo día, me parece, subimos al tejado del colegio y miramos hacia los terrenos del convento.

—¿Ves aquella de allí?

—¿Cuál? ¿Aquella? Pero si ésa estaba ya el año pasado.

—No, ésa no, la otra. ¿La ves, junto al árbol?

Entonces la vi, junto a un grupo de árboles, y todavía hoy ignoro qué pude ver en aquella lejana figura, que despertó algo en mí.

Aquel curso nos sentimos un poco más felices. Supimos que el padre Inocencio había venido a quedarse todo el año, aparte de otras cosas nuevas. Entre otras, supe por Cavañitas que algunos curas de nuestro colegio habían sido vistos subiendo, o más bien bajando, las tapias del convento.

—Quizá fuesen a robar manzanas —aventuré, y me puse furioso porque a nosotros nos habían castigado severamente por ese mismo pecado.

Pero Cavañitas le guiñó el ojo a Alfau de aquella forma que me hacía sentir como si él fuera un hombre de mundo, y dijo que no eran manzanas lo que iban a buscar. Y añadió:

—Más te vale andar con ojo al respecto, García. Nosotros somos los Madrileños y no debemos permitir que estos comehostias nos engañen.

La forma tan irreverente en que Cavañitas se había referido a los curas me escandalizó un poco, pero tuve miedo de parecer demasiado inocente.

Era la hora de comer y nos encontrábamos en una esquina del patio. Cavañitas indicó que nos acercáramos y tras mirar furtivamente en torno suyo empezó:

—¿Conocéis al padre Mora?

—Naturalmente. ¿Qué ocurre con él? —dije. Alfau ya parecía conocer la historia.

—¿Recuerdas que el otro día me dijo que me quedara, después de la clase de francés?

—¿Te quedaste después de la clase de francés?

—Probablemente estuvieses medio dormido y no te fijaste —sugirió Alfau.

—Probablemente, pero, ¿qué ocurrió?

—Pues que se sentó a mi lado y me pasó el brazo por los hombros, y luego empezó a decir que yo era malo y un descarado y entonces...

El padre Inocencio venía hacia nosotros.

—Bueno, bueno, los Madrileños siempre juntos. Venid al convento conmigo. Quiero presentaros a la hermana Carmela. Ella también es de Madrid y es hermana de Pepe Bejarano. Él le habló de vosotros y quiere saber lo malos que sois en realidad — el padre Inocencio se echó a reír. Parecía de un humor excelente.

Por extraño que parezca, recuerdo la escena que siguió tan claramente como si hubiera ocurrido ayer.

Recuerdo que acompañamos al padre Inocencio al convento y que hablamos de nuestros estudios, pero sé que mis amigos pensaban lo mismo que yo, y que estaban poseídos por la misma curiosidad.

Recuerdo que había dos monjas frente al edificio del convento y que todos les dimos las buenas tardes. Entonces el padre Inocencio entró solo en el convento y nosotros nos quedamos fuera, a esperar.

Mientras aguardábamos, nadie se atrevió a ser el primero en hablar. Nuestra expectación era tal que todos nos olvidamos de la historia de Cavañitas con el padre Mora.

Recuerdo que vimos reaparecer al padre Inocencio en compañía de una monja. Caminaban lentamente hacia nosotros, charlando animadamente. Ella hablaba y reía alegremente, moviendo las manos y comportándose como nunca lo habíamos visto hacer a ninguna otra monja. El padre Inocencio caminaba a su lado, con una mano a la espalda y jugando con la otra con el crucifijo colgado del pecho, y sonriendo pensativo. Y supe que no hablaban de nosotros, que hablaban y pensaban acerca de algo mucho más importante.

Formaban un grupo mundano, ella tan fresca, graciosa y alegre. El padre Inocencio caminaba con tanta sencillez y elegancia, con tanta atención y galantería, que mis pensamientos revirtieron instantáneamente hacia un joven y una joven a quienes había visto una vez en el Retiro de Madrid, paseando, ajenos a todo y de una manera muy semejante.

Y supe que no hablaban de nosotros, que hablaban y pensaban acerca de algo mucho más importante. Sólo cuando se acercaron ella miró, sonrió, hizo un guiño y

agitó la mano hacia nosotros. Y aun entonces, en mi incipiente masculinidad, sentí que era un reconocimiento femenino de que ella no era como las demás monjas. Cuando se acercaron a donde nosotros estábamos, el padre Inocencio pareció despertar de un sueño.

—Aquí tienes a los raqueros.

Nosotros vimos entonces a aquella... sí, aquella mujer. Su boca era fresca, con una ligera tendencia a la carnosidad, los ojos levemente vueltos hacia arriba, y muy negros y brillantes, y su piel olivácea. Parecía muy joven para ser monja. Era tan amistosa, todo su cuerpo emanaba tal familiaridad y tan informal camaradería, que encontré muy adecuado en su caso el apelativo de hermana, así como las demás monjas siempre me habían parecido más bien unas suegras. Le dije eso mismo algún tiempo después y se echó a reír, hizo un gesto de asentimiento, y me llamó travieso al tiempo que me daba un abrazo. Después me preguntó qué sabía yo de las suegras.

Cavañitas se adelantó para besar el borde de su hábito, pero ella le tomó de los hombros y le besó directamente en la boca. Le vi ponerse colorado y sentí que el corazón me latía apresurado. Después hizo lo mismo con Alfau y conmigo y, volviéndose hacia el padre Inocencio, dijo:

—Hoy no hay nada para usted.

El padre Inocencio rió alborozado. Los demás seguimos su ejemplo, tan embarazados que no supimos qué otra cosa hacer. Habló rápidamente y de muchas cosas: habló de su hermano, de las cosas que Pepe le había contado de nosotros, y finalmente nuestro embarazo desapareció. Sabíamos que había llegado un nuevo amigo.

Lo recuerdo todo como si fuera ayer. Percibí el agradable olor a limpieza que surgía de ella, sus manos regordetas, sus uñas muy limpias. Decididamente, no era como las demás monjas.

Recuerdo cuando puso una mano sobre mi hombro y dijo con burlona seriedad que estaba un poco pálido. A continuación dijo que nos iba a enseñar el catecismo y nos comunicó que nos esperaba todos los jueves por la tarde. Una vez lo tuvo todo arreglado, le pidió su permiso al padre Inocencio.

Y, naturalmente, el padre Inocencio dio su permiso.

Cuando volví a mis clases sabía que tenía un nuevo amigo. Sí, aparte de Cavañitas y de Alfau, el padre Inocencio y la hermana Carmela eran mis únicos amigos, las únicas cosas agradables. Y asocié a ese hombre y a esa mujer íntimamente, demasiado íntimamente. Ambos eran excepcionales en la Iglesia. Aunque el padre Inocencio era mucho mayor, ya tenía el cabello blanco, ambos eran tan inusuales en aquel entorno que en mis pensamientos quedaron identificados. Todavía hoy no puedo pensar en el uno sin pensar en el otro. Pero ahora sé que eran diferentes. Fundamental y radicalmente diferentes, como un vaso de agua y un vaso de vino.

Aquel segundo año quizá no haya sido tan malo como el primero, y el padre Inocencio y la hermana Carmela contribuyeron no poco a hacerlo más soportable. Las lecciones con ella fueron una de las cosas más dulces de aquel año. Las esperábamos durante toda la semana. Recuerdo alguna de aquellas lecciones. Recuerdo cuando llegamos a los diez mandamientos y a los siete pecados capitales. Recuerdo aquellas lecciones, y que nos preguntábamos por qué se detenía tanto en unas descripciones que a nosotros nos resultaban embarazosas en su presencia. Recuerdo que había un chispazo de travesura en sus ojos rasgados mientras se extendía largamente en el sexto mandamiento y nos hacía sutiles preguntas a todos, uno por uno. Recuerdo cómo se recreaba en aquellas descripciones y, aunque no lo comentásemos entre nosotros, ella nos gustaba más por hacerlo así.

Recuerdo que solía prometer un beso al que mejor se supiese la lección, pero cada vez dictaminaba que todos la sabíamos por igual. Y recuerdo el día en que me quedé después de clase y ella tomó asiento a mi lado y me pasó el brazo por los hombros. Me preguntó que si pensaba alguna vez en amiguitas. Y cuando estaba a punto de preguntarme algo más, el padre Inocencio entró en la clase y ella cambió bruscamente:

—Padre Inocencio, mi gran problema es que los niños me gustan demasiado.

Su voz era tranquila y uniforme, pero su pecho se ondulaba agitadamente. Y ahora me pregunto: ¿era puro y simple cinismo, o lo dijo con algún otro sentido?

El padre Inocencio la miró con gran admiración y dijo:

—Si eso es un problema, es mi problema también.

Pero nunca ha existido en mi mente la más mínima duda acerca del sentido de sus palabras. Y aquel día, por vez primera, aquel hombre y aquella mujer me transmitieron dos impresiones distintas.

Lentamente, ella penetró profundamente en nuestros corazones. Hizo despertar en nosotros cosas nuevas y avivó nuevos sentimientos. Como una dulce brisa, sopló en el fuego de nuestra imaginación y los sentimientos que experimentábamos hacia ella eran de lo más extraños y confusos. Ella suscitaba celos entre nosotros, suscitaba demasiadas cosas.

¿Se complacía en jugar con niños? ¿Le producía placer despertar nuestros jóvenes corazones? ¿Era perversidad o sólo una debilidad? ¿La envanecía lo que advertía en nosotros? La pasión de un niño debe de ser muy halagüeña. Sé que debe ser la más dulce de las cosas.

Pero, ¿era eso en realidad? Quizá sólo lo imaginábamos. Ya lo he explicado antes. Estábamos tan agotados, dormíamos tan poco, trabajábamos tanto, teníamos tanto miedo y nos sentíamos tan perseguidos. Nuestras mentes no trabajaban bien. Creo que en aquel colegio éramos todos lunáticos y neuróticos. En una palabra éramos *los estudiantes*, un hatajo de emaciadas ruinas nerviosas.

Al describir el carácter de la hermana Carmela, prefiero no citar a los mayores que la conocieron. Puede que hiciera daño a otros, pero fue buena conmigo y mis

amigos. Por otra parte, siempre he sentido que ella depositó una tácita confianza en nosotros. En ocasiones, mientras paseábamos, habló de cosas que luego nos pidió que no repitiésemos. Y le gustaba hacer creer a cada cual que él era el único en sus pensamientos. No siempre era sincera y no sé... no sé... Pero, en cualquier caso, sólo puedo hablar de los sucesos que recuerdo.

Y éste era el personaje, tal y como lo recuerdo: La hermana Carmela era una monja excepcional. Era enormemente atractiva.

Siempre fue amistosa y alegre. Siempre deseaba animar a todos. En conjunto, era demasiado humana.

Y un día huyó.

Aunque mucha gente dijo haberlo esperado, pienso que en mayor o menor medida fue una sorpresa para todos. Para mí fue más que una sorpresa, fue una revelación, que me abrió aún más los ojos y dejó un sentimiento de vacío en mi alma.

Recuerdo que hubo muchos comentarios y mucha confusión al respecto. Recuerdo los corros de chicos en el patio del colegio, y a los curas haciendo todo lo posible por romper esos corros. Recuerdo cómo los más pequeños preguntaban a los mayores sobre el asunto y cómo quedaban en una oscuridad aún más grande tras sus complicadas explicaciones. Y recuerdo asimismo a mi madre discutiéndolo con unos amigos que vinieron a casa. Dijo algo acerca de una nube de desgracia que pendía sobre la familia Bejarano. Recuerdo haber oído por primera vez la palabra *incesto*, y haberla oído frecuentemente.

Recuerdo haber oído decir a alguien que ya era bastante malo para una monja huir, pero que hacerlo con su propio hermano... El pueblo entero estaba soliviantado y había opiniones encontradas al respecto. Algunos decían que su hermano mayor había sido visto el día anterior, vagando por el pueblo, aunque desconocían cuándo o cómo había llegado; que incluso había ido al convento y que había sido visto hablando con su hermana, pero que nadie había sospechado otra cosa que un gesto de hermano. Otros decían que no había sido visto. Para mí, todo estaba confuso. Los curas y las monjas tenían la costumbre de llamar a todo el mundo hermano y hermana y madre y padre, y yo había perdido el sentido de la relación familiar. Recuerdo haber pensado que hablaban de su hermano porque al ser ella una hermana... En una palabra, que no sé qué pensaba yo de aquel asunto.

Les pregunté a todos cuantos conocía bien. Les pregunté a mis amigos, pero por una vez ni Cavañitas ni Alfau sabían más que yo. Y un día le dije a mi madre:

—¿Por qué piensan que es tan malo para una monja hacer un viaje con su propio hermano? Creo que es perfectamente normal, ¿no?

Mi madre me miró fijamente y dijo despacio:

—Sí, naturalmente. Lo que pasa es que desaparecieron algunos objetos de valor en la capilla del convento, y que ellos se los llevaron.

—¿Y es a eso a lo que llaman incesto?

Mi madre me miró más fijamente aún y dio un paso hacia delante. Yo di un paso hacia atrás, porque la escena de su llegada a lomos del caballo blanco me cruzó por la mente y ella dijo:

—Bueno... no exactamente —y la tensión desapareció y yo tuve miedo de hacer más preguntas.

Entonces ocurrió otra cosa, que produjo aún más consternación en el colegio y en el pueblo entero.

Tres días después de los acontecimientos más arriba descritos, Cavañitas, Alfau y yo estábamos hablando, en el patio del colegio, muy cerca del edificio. Hablábamos de la hermana Carmela, y Cavañitas nos estaba contando algo que había oído decir a un cura. Había otros curas y chicos en derredor.

De repente, oímos un ruido sordo. Aún oigo ese sonido. Fue como un cesto de ropa sucia cayendo sobre suelo duro, y nos volvimos y vimos a unos cinco metros de distancia algo parecido a un montón de ropa negra de la que surgía un líquido rojo.

Todavía siento el frío que sentí en aquel momento... No recuerdo quién fue el primero en gritar. Sé que no fui yo. Yo estaba paralizado. Pero oí voces, y después unos curas se acercaron y se agacharon. Los chicos también echaron a correr y el nombre del padre Inocencio... padre Inocencio... padre Inocencio... llenó el aire, saliendo de todas las bocas.

Y una vez más, en mi mente, vi a mi madre avanzar rítmica y fatalmente a lomos del caballo blanco, al compás de los gritos: padre Inocencio, padre Inocencio, padre Inocencio.

Este suceso, que tuvo lugar en plena conversación sobre la hermana Carmela, suscitó en nosotros una temible asociación entre ambas cosas. Sentí que había una íntima conexión entre esa muerte súbita y la huida. La impresión fue tan fuerte que por un instante pensé y sentí con clarividencia sin par.

Supe por un instante que el comportamiento de la hermana Carmela debía de haber afectado al padre Inocencio tanto como me había afectado a mí. Por un instante fui consciente de lo que había sentido por aquella mujer extraordinaria, y supe que otros podían sentir también lo que yo sentía, y con más razón un hombre. No sé por qué esos pensamientos se apoderaron de mi cerebro. Entonces creí tener la clave de tan dramático misterio. Pero ahora dudo de nuevo. Quizá haya sido sólo mi imaginación, quizá también los otros chicos hayan imaginado cosas extrañas con tanta claridad como yo. Sufrimos demasiadas impresiones en aquellos días de colegio, estábamos tan cansados y adormilados, tuvimos tantas alucinaciones. Ahora dudo incluso de lo que vi. Quizá la mitad fuese real y la otra mitad imaginación nuestra, quizá fuese mitad sueño y mitad pesadilla. Éramos casos patológicos, estábamos locos o enfermos; en una palabra, éramos *los estudiantes*, un hatajo de emaciadas ruinas nerviosas.

Todo esto ocurrió a finales de curso. Al día siguiente, el colegio fue cerrado y se nos dijo que el padre Inocencio había sido víctima de un accidente, que, asomado a

una ventana, había sufrido un vahído y caído al vacío. Pero esas palabras carecían de peso. ¿Por qué carecían de peso? ¿Por qué sabíamos todos que había sido un suicidio? ¿Por qué reunimos los hechos inconexos para completar un drama? Quizá fuera nuestra intuición infantil agudizada por tantos sufrimientos, por aquella continua vigilia enloquecedora, por la morbosidad de la que no podíamos escapar. Verdaderamente, éramos *los estudiantes*, pero los problemas de la vida a los que nos enfrentábamos eran tan desconcertantes y abstrusos como los problemas de clase. Nos eran impuestos y resultaban excesivos para nuestros corazones y nuestras mentes juveniles. Lo que veíamos de la vida era tan confuso como lo que veíamos en los libros, sólo que más intenso y desconcertante y dramático. Tal y como venía, dejaba un trazo más profundo en nuestros espíritus y nuestra carne, y al crear una zona de inatención contribuían a que los restantes sentimientos quedasen más difuminados.

No necesito decir cómo me sentía, cómo nos sentíamos todos después de aquellos sucesos. El colegio se hizo más insoportable, si cabe. Recuerdo las misas que fueron dichas por el alma del padre Inocencio como actos amodorrantes en el curso de los cuales yo caía invariablemente dormido. Recuerdo que me sentía incapaz de continuar aquella vida. Recuerdo la insoportable modorra y la obsesión por aquellos dos perros, que llegaba a ser un pánico constante que me enloquecía, y sentí que todo estaba a punto de acabar, que no podía durar, que el drama estaba terminando.

Entonces Cavañitas sufrió un terrible castigo. Cavañitas, que era muy hábil con la honda, derribó al perro de la escuela de una pedrada en la cabeza y hubo que matar al perro.

Fue cosa del destino, y el primer signo de protesta que me lanzó a la acción. Cuando Cavañitas acabó su castigo, le di un abrazo y le pedí que me prestara una honda.

Esa noche, de vuelta a casa, llevaba la honda en una mano y la boina repleta de piedras; piedras recién cortadas, con cantos muy agudos y del tamaño adecuado. Sabía que era casi tan bueno como Cavañitas con la honda, que casi nunca fallaba, y, lo que es mejor, sabía que una honda convenientemente usada puede lanzar una piedra con fuerza terrorífica.

Aquella noche me sentía febril y había una rabia en mi corazón que pocas veces he vuelto a sentir. Al llegar a la calle, me detuve en el extremo y la vi extenderse frente a mí, estrecha y larga. Una sola farola en el extremo opuesto. Una sombra se destacó de la pared y se detuvo en el centro. Era el perro y se puso a ladrar.

Eso me produjo el efecto de un latigazo. Recuerdo haber oído el zumbido de la honda y un prolongado aullido. Yo estaba en pleno paroxismo. Recuerdo al perro retrocediendo y me recuerdo a mí persiguiéndole con saña y lanzándole una piedra tras otra hasta que lo perdí de vista.

Estaba poseído por una furia infernal, sentía la sangre golpeando en mis sienes, y entonces se abrió una ventana y apareció el dueño del perro diciendo algo acerca del perro. Le maldije utilizando el vocabulario más sucio que conocía. Trató de

amenazarme pero yo le tiré una piedra y luego otra, que rompió un cristal. Recuerdo haberle gritado que deseaba matarles, al perro y a él. Entonces él se metió dentro, llamándome loco, y creo que tenía razón, y me fui a casa.

Cuando me abrieron la puerta, entré y me eché a llorar. No recuerdo lo que dije, salvo que no tenía intención de volver a estudiar, o que si me mandaban a ese colegio otra vez mataría a un cura. Grité y juré y por una vez no fui regañado. Mi madre me gritó a su vez, pidiéndome que me calmara, que no volvería al colegio, que podía hacer lo que quisiese y dormir cuanto deseara. Entonces la recuerdo diciendo algo acerca de la anemia, y se mostró muy solícita y sentí un inmenso alivio y durante los días siguientes estuvieron dándome de beber algo amargo antes de las comidas.

Poco después dejamos Vizcainía y regresamos a Madrid. Como queda dicho, todo lo relativo a aquellos días parece nebuloso, mi cerebro era un torbellino. Estaba adormilado y muy cansado y me había vuelto hipertenso. Ahora sólo veo una gran confusión y de entre aquel remolino de sentimientos e ideas surgen tres extrañas imágenes: una mujer con el corazón atravesado por numerosas flechas, un hombre en una cruz, ensangrentado y con una corona de espinas en la cabeza, y una imagen todavía más desconcertante, con sólo un corazón en llamas. Mi intuición infantil, o mi en aquellos días sobreexcitada imaginación, han hallado una extraña conexión entre esas imágenes y un hombre y una mujer cuyas vidas han quedado unidas en mi memoria por un sutil sentimiento romántico... Pero entonces todo desaparece ante la asombrosa visión de una mujer que viene hacia mí sobre un gran caballo blanco... hasta que todo queda sumido en la oscuridad y aparecen dos perros, dos grandes perros ladrando en la oscuridad.

II

Primavera

I

Mi conocimiento de la primera juventud de mi amigo García es muy limitado. Sé que nació al inicio de la primavera. Lo cual, sin embargo, es demasiado incidental para tener alguna influencia sobre su caso.

De todas formas, se sabe que desde muy pequeño le gustaron las flores y que cualquier signo de algo relacionado con la primavera provocaba en él movimientos y sonidos reveladores de un profundo gozo interior.

Luego se produjo un notable cambio. Le recuerdo de muchacho, cuando ambos asistimos al Colegio de los Padres Salesianos de Vizcainía. Era pálido y delgado, con granos en la cara y una fuerte tendencia a la ensoñación y la melancolía. Esos rasgos de carácter parecían hacerse más intensos durante la primavera, cosa que, por contraste, le diferenciaba aún más de sus compañeros, ya que nosotros más bien nos sentíamos felices por la cercanía de las vacaciones de verano. Durante aquellos accesos iba siempre solo, y no se mezclaba ni jugaba con los otros chicos.

Al principio, atribuimos su actitud al temor a los exámenes inminentes, pero más tarde caí en la cuenta de que la causa debía de ser otra, porque durante esos períodos estudiaba menos y parecía ausente y distraído en las clases, y consecuentemente sacaba peores notas.

Después, García se fue de Vizcainía y no volví a verle hasta mi regreso a Madrid, donde entré en contacto con él a través de amigos comunes. Gracias a esos amigos comunes supe que llevaba el pelo largo, que escribía poesía y que pedía dinero prestado a sus amistades. García no trabajaba y llevaba una vida sin objeto, cosa que muchos de sus amigos le envidiaban secretamente. Al menos, eso es lo que llegué a colegir por sus comentarios.

Recuerdo un día en un café, cuando un amigo le preguntó sin rodeos:

—García, ¿no sientes nunca deseos de trabajar?

García estaba bebiendo un vaso de manzanilla. Lo apuró sin prisas y respondió:

—Sí, pero hago lo posible por reprimirlo.

A partir de ese día quedó establecida mi amistad con García.

Hasta que, un día, tuve el primer atisbo claro de la que era la afición de su vida.

Estábamos paseando por el Retiro y yo acababa de caer positivamente en la cuenta de que García parecía ajado y andrajoso, y exageradamente envejecido para su edad. Tenía el cabello largo y casi totalmente gris. Estábamos en el mes de mayo.

García me hablaba de unos poemas que estaba escribiendo o que iba a escribir.

De pronto, se apartó de mi lado y se adelantó. Avanzó tambaleándose, con la cabeza alzada y los brazos tendidos al frente, como si le arrastrase una visión, hasta que se apoyó en un gran árbol. Cuando le alcancé, había una extraña mirada en sus ojos, una expresión de infinita alegría y felicidad que me sorprendió, y exclamó como si concluyera nuestra interrumpida conversación:

—Es ella... es ella —y acarició el árbol con un gesto que abarcaba el escenario entero—. Esta estación eterna, que nunca falla.

Su rostro contrastaba con la tristeza de su aspecto. El día era cálido, el aire balsámico, y todo permanecía inmóvil. Había una sensación de expectativa. García prosiguió:

—¿Hueles las flores? ¿Oyes el susurro de la brisa entre las hojas? ¿Ves la tracería de luces y sombras que los árboles dibujan en el suelo?

Mi mente me decía que todo eso era literatura barata y sabía que García siempre había tenido una forma muy lírica de expresarse. Pero no pude liberarme de la poesía

del momento, me sentí atrapado por el sentimentalismo que García sugería con sus palabras y su actitud. Dijo como en un rapto:

—Esto es lo que hace que la vida sea digna de ser vivida. La vida misma...

—Sí, el Retiro es muy bello, es uno de los parques más poéticos que he visto —yo también quería decir lo mío.

García agitó la mano en el aire como para borrar mis palabras de una pizarra imaginaria:

—No es eso... es la estación, la estación que nunca falla. Es la gran compensación por todas nuestras fatigas y desengaños... Ya no dependo de ninguna otra cosa.

Se produjo una pausa. García prosiguió:

—No sabes lo que esto significa para mí. Me reconcilia con la vida cada año. Me trae la felicidad más grande que haya conocido. Es lo que todos esperamos, consciente o inconscientemente. Es la esperanza de la humanidad. La primavera significa para mí lo que debiera significar para ti y para todo el mundo, pero la gente parece ir a lo suyo sin caer en la cuenta de días como éste. Se afanan en asuntos miserables y luego se desencantan. Siempre esperan cosas que creen inalcanzables y lo que están esperando es la primavera, algo que nunca falla, que permite apostar todo y ante lo que deberíamos estar siempre agradecidos. No saben que la tienen ahí y que cada año viene en su ayuda. Uno puede estar en la miseria y no tener qué comer ni lugar donde dormir. El invierno es duro y se puede sentir miedo, pero entonces llega la primavera y ya no hay nada que temer. La primavera trae calor y frutos y flores, trae abundancia a la vida, nos aporta seguridad... Pero la gente no es consciente de ello y continúa en la misma actitud de aprovisionamiento invernal, ajena al gran evento que está teniendo lugar, ajena a todo lo importante. Me siento como si fuera el único hombre que ha descubierto la primavera.

—Todo eso suena muy bonito, pero... —Sentía piedad o, por suerte para mí, no estaba a la altura de la situación. Tomaba a mi amigo al pie de la letra y García, todavía apoyado en el árbol, me hizo un gesto para que me callase.

—Conozco tus objeciones, pero, hombre, no seas desagradecido, la primavera ha llegado. No profanes el momento. Y no te engañes: ella es lo único seguro. Todo lo demás pasa y se desvanece, pero la primavera siempre llega.

Permanecimos un momento en silencio. Entonces dijo García:

—Perdóname —y se abrazó al árbol.

II

Cuando dejé Madrid, García estaba a punto de hacerse cargo de un puesto que había logrado gracias a los buenos oficios de un amigo. Me sentía en cierto modo feliz de

dejar a García con algo seguro y de ver que estaba entrando en el camino de la normalidad y la vida ordenada, pues no negaré que últimamente había empezado a abrigar serias dudas acerca de su cordura. Sin embargo, no tardaría en quedar decepcionado por una carta que recibí de él y que demostraba que sus viejas ideas no le habían abandonado:

«Hay una poesía latente en la atmósfera de algo vago y distante que se prepara, algo que reúne fuerzas y elementos para estallar de súbito, y es la primavera, la estación que siempre estoy esperando porque me trae felicidad. No sé qué hay en la primavera, pero siempre la espero y dependo de ella como si fuera una gran fuente que nunca falla. Hace mucho tiempo que lo siento así.

»El otro día se lo explicaba a Lunarito, la chica que se cuida de mi habitación. Le decía que al levantarse por la mañana se puede oír algo parecido a un rugido lejano que crece como una ola en el mar. Le decía que se puede oír llegar la primavera y que yo siempre la he oído, que llega de lejos, no sólo en el tiempo, sino en el espacio. No creo que Lunarito me entendiese.

»Por las mañanas se oye más claramente. Creo que es debido a que la mente acaba de despertar y es más receptiva. Los sentidos están aún medio dormidos y, por lo tanto, mejor dispuestos para caer bajo la influencia de ese elemento, tan grande y poderoso.

»El balcón de mi cuarto está abierto y oigo claramente los ruidos de la ciudad. Pero todos reflejan la proximidad de la estación y la primavera vibra en ellos. Hay una extraña cualidad en esta estación que ninguna otra posee. Se anuncia a sí misma de antemano, la sentimos en la distancia. Días cálidos y luminosos que surgen en mitad del invierno para traernos consuelo, ánimo y esperanza, como heraldos de la primavera.

»Y en esos momentos siempre siento el mismo espíritu vagabundo y obstinado que arrolla mi conciencia y mis sentidos, un irresistible deseo de mandarlo todo al diablo y salir a los campos y al mundo en busca de aventuras. Unirme a la avalancha de la primavera y dejarme arrastrar por ella... ¡Oh, Dios! Sin miedo al futuro ni desagradables recuerdos del pasado, con la excepción quizá de aquellos que son algo tristes y necesarios para conferir a la felicidad ese diáfano toque de melancolía tan refinado, tan perfecto, tan poético y tan humano. Y poder saltar y revolcarse en la hierba y descubrir que hay abundancia de comida y buena bebida y todo aquello que amo... ¡Dios, si por una vez las cosas fueran como uno las desea!

»Trabajaría casi con placer el resto del año si pudiese abandonarme por completo a la primavera. Eso lo compensaría todo. Naturalmente, sería mucho mejor no trabajar en absoluto y hacer sólo lo que uno quiere durante todo el año, pero, bueno... esa estación me hace perder la cabeza. Me vuelve loco de placer. Mi antipatía natural hacia todo lo que es sagrado y desagradable alcanza proporciones exorbitantes. Oigo llegar la primavera a lo lejos, la siento, la huelo y me pierdo. Reniego de todo aquello que sabe a deber, a trabajo o a cualquier otra cosa que me ate... Romper cadenas y

bridas y lanzarse a toda velocidad, adelantándose a la tierra misma para alcanzar ese lugar de sueños y realidades donde la primavera es eterna...

»Pero ello no es posible, debo conformarme con lo que tengo y estos sentimientos sólo se expresan en arrebatos como el de la presente carta. Debo darles algún tipo de salida. Al menos, todos los que tenemos sentimientos y una actitud estética, o en cierto modo refinada; todos los que oímos a la primavera venir a lo lejos, los elegidos, debemos dedicarle un pensamiento al año, una suerte de plegaria como una acción de gracias. Debemos congratularnos por su llegada, porque a pesar de la gran cosecha de aflicción que recogemos de la vida siempre podremos contar con esos momentos de felicidad, y porque incluso si no podemos disfrutarlos plenamente debido a las circunstancias, al menos hacen saltar el corazón. Y ello es una inmensa compensación, con la que siempre podremos contar porque nunca falla. Las cosas malas y desagradables pasan y se desvanecen, pero la primavera siempre llega.

»Te escribo porque considero un deber el compartir con seres comprensivos a los que aprecio y amo aquellas cosas que, debido a nuestra sutil intuición, hemos descubierto que son las fuentes del gozo. Pretender compartir puede decepcionar, pero tú me comprendes...»

Confieso que no comprendía a García entonces, pero confieso que estoy empezando a comprenderle ahora.

III

Durante el tiempo que pasé fuera de Madrid no tuve noticias de García regularmente. Recibía una carta suya de cuando en cuando, que siempre denunciaba una marcada decadencia de sus facultades mentales. Más tarde supe que había dejado su trabajo. Pasó algún tiempo más y regresé a Madrid.

Encontré a García viviendo solo, en una casita con jardín del barrio de Salamanca.

Recuerdo que Lunarito, su sirvienta, abrió la puerta y dijo alegrarse de verme. Pregunté por mi amigo y me dijo que el señor García estaba enfermo, muy enfermo. Que todo el mundo temía por su cordura, que su mente divagaba y empezaba a tener dificultades para reconocer a la gente.

Subí al piso superior y encontré a García sentado frente al balcón, mirando hacia fuera. Se puso de pie, salió a recibirme con los brazos abiertos y me abrazó afectuosamente.

Advertí entonces que estaba terriblemente envejecido respecto de nuestro anterior encuentro. Estaba encorvado. Llevaba el cabello largo como de costumbre, pero ahora lo tenía completamente blanco. García siempre caminó sin resolución, como

alguien que ha perdido el rumbo, pero esa característica era ahora más notable. Casi arrastraba los pies y parecía tambalearse. García no podía tener más de treinta años.

Sin embargo, hablaba con sensatez y calma. Me contó que había muerto un pariente suyo y que le había dejado cierta cantidad de dinero y esa casa en la que ahora vivía.

—Sí —dijo—, soy feliz aquí. Tengo un jardín y flores —abarcó con un gesto el jardín—. Justo la clase de lugar que siempre deseé. Tranquilo como un espejo que refleja todas las estaciones del año... Sí, soy feliz.

Pero yo supe que no era feliz.

—Sí, soy feliz —repetió, como si hubiese leído mis pensamientos—. Debieras ver la primavera aquí...

En la tranquilidad del momento, esa última frase me atravesó como un escalofrío. Allí estaba otra vez su manía, allí estaba lo que se había enroscado en torno a su existencia. Allí estaba la primavera.

Entonces su mente empezó a divagar. Habló incoherentemente, en forma inconexa. Sugerí bajar al jardín y nos trasladamos allí. Estábamos en verano. Había hermosos lechos de flores y matorrales, y el jardín tenía un aire de abandono que lo hacía intensamente poético.

Al otro lado de la calle descubrí a un hombre que regaba las flores de su jardín. Él nos vio y nos saludó. Le pregunté a García quién era ese caballero y García sacudió la cabeza y suspiró:

—Pobre hombre... Es médico, el doctor José de los Ríos —García había adoptado una expresión bastante extraña—. Está... —García hizo con el dedo el gesto de barrenarse la sien—. ¿Comprendes? Es uno de los casos más extraños que he visto.

Al principio, confié en García y no supe qué decir. Hablaba con gran seriedad:

—¿Sabes? En ocasiones le he observado desde detrás de las cortinas. Sale al jardín y hace cosas raras. Un día le vi hablarles a las flores y luego ponerse a bailar mientras las flores le llevaban el ritmo.

Entonces comprendí y quise tranquilizar a García, pero estaba aferrado al tema de su vecino.

—Parece tener un extraño poder sobre la naturaleza. Tiene un bastoncito con el que lleva a cabo sus trucos, y un día le vi clavarlo en el suelo y el bastón se puso a crecer y floreció como un árbol.

Traté de distraer a García cambiando de conversación, pero él insistió con la avidez propia de casos como el suyo:

—Sí. Y otro día le vi en el Retiro. Él no me vio a mí, y le seguí de lejos. ¿Y sabes lo que hizo? Llevaba ese bastoncito suyo y golpeaba en los árboles con él. Entonces sacó un estetoscopio y lo aplicó contra un árbol como si le escuchara el corazón, luego meneó la cabeza y se acercó a otro para repetir la operación. Yo le di alcance, justo a tiempo para oírle decir: «Este año la primavera no viene. No logro oírla.» Y

bien, esa falta de fe me indignó. Me encaré con él y pareció muy confundido. Le dije que siempre había oído la primavera sin necesidad de aquellos artilugios, y que oía la primavera en todas las cosas, sí, en todas las cosas... que él nunca lograría oírla a través del aparato y que era necesario ser un poeta y no un doctor para oír la proximidad de la primavera. Le dije que era un loco por dudar de la llegada de la primavera, que otras cosas pueden fallar, pero la primavera... siempre... llega...

A García se le quebró la voz y bajó la cabeza como en profunda resignación ante la fatalidad de esa última afirmación, que sonó cruelmente ominosa. Yo no aguantaba más. Hice un último intento de cambiar el curso de la conversación:

—Tranquilízate, García; eres un hombre feliz. Tú mismo lo dijiste. Precisamente, yo pensaba en lo feliz que debes de ser con un jardín como éste...

Me miró como si no comprendiese lo que le estaba diciendo, casi como si no supiera quién era yo. Entonces dio media vuelta y se alejó. Avanzó tambaleante y con los brazos tendidos al frente, como arrastrado por una visión eterna.

Le seguí. Se detuvo ante un arbusto en plena floración y acarició las flores y las hojas con mano temblorosa y ojos hambrientos, fundiéndose en lágrimas. Finalmente, cogió dos ramas y las apretó con fuerza. Temblaba todo él y me miró profundamente, como buscando comprensión y simpatía. Me acerqué, pero él me mantuvo a distancia con una mano:

—Es ella... es ella...

Supe que trataba de encontrar las palabras que expresasen sus sentimientos, pero supe que no había tales palabras, y moví la cabeza para transmitirle mi comprensión.

De sus ojos surgió una mirada de gratitud y permanecimos largo rato en silencio.

Entonces García dijo:

—Discúlpame —y lloró.

IV

Un día fui a visitar a García y encontré su casa cerrada y nadie respondió a mi llamada. El doctor José de los Ríos estaba al otro lado de la calle, en su jardín, y le pregunté. Él se acercó y me contó el triste incidente que había tenido lugar durante mi ausencia.

Fue al final del invierno. Al parecer, durante los días previos al incidente, García había permanecido en su habitación, con las ventanas y la puerta cerradas. Esto lo sabía el doctor De los Ríos gracias a las explicaciones de Lunarito, que era la única persona que había visto a García, al llevarle algo de comer.

Pero un día, estando el doctor De los Ríos en su jardín como de costumbre, vio a García salir de la casa, abrir la puerta del jardín y echar a correr calle abajo gritando:

—¡Ya llega la primavera... ya llega la primavera!

El doctor De los Ríos le siguió y le dio alcance en la misma calle, rodeado de gente que trataba de tranquilizarle y de niños que se burlaban de él. El doctor De los Ríos le acompañó a casa y le administró un calmante, y fue el doctor quien más tarde llevó a García al manicomio.

Y yo pensé:

O sea que fue el doctor De los Ríos, el hombre al que García acusaba de estar loco, el hombre de cuya cordura yo mismo dudé por un momento, quien finalmente llevó al manicomio a mi amigo. Y seguí pensando en la extraña ironía de la vida mientras el doctor De los Ríos me explicaba el caso de García.

Según él, se trataba de un ataque de locura temporal y no abrigaba la menor duda de que con el adecuado tratamiento se recuperaría por completo. El doctor De los Ríos habló de desórdenes nerviosos, y de sus causas y efectos. Mencionó el debilitamiento de la espina dorsal y se explayó sobre los hábitos nocivos. Pero lo hizo sin la menor sombra de moralismo.

Tuve la impresión de que había estado observando a García durante algún tiempo, y de que García había confiado en él. También me produjo el doctor De los Ríos una impresión agradable. Tenía una personalidad muy atractiva. Era un hombre que daba la impresión de ser claro de mente y cuerpo. Tenía ojos azules, su cabello y su barbita puntiaguda, así como su bigote, eran rubios, y su piel era clara. Hablaba con voz y semblante tranquilos y también con una precisión sin pedantería. Me gustó mucho el doctor De los Ríos y me gustaría dedicarle uno o dos capítulos, pero lo dejaré para otra ocasión.

El doctor De los Ríos tenía razón. García sólo sufrió un ataque temporal. Pasó un año en el manicomio y fue dado de alta.

Cuando García regresó a su casa fui a visitarle. No había tenido coraje para ir a verle al manicomio. Me aguardaba un nuevo y duro golpe. Recuerdo que Lunarito me precedió escaleras arriba y que encontré a García sentado frente al balcón de su habitación, exactamente como le viera la última vez. Pero esta vez no se levantó para recibirme. Lunarito le trajo hasta mí por la mano y entonces descubrí que estaba ciego.

Es fácil imaginar mis sentimientos. ¡Había llegado a apreciar tanto a García...! Nos abrazamos fuerte y prolongadamente, y yo le acaricié la blanca cabeza, pero no hice comentario alguno.

Entonces advertí otra novedad: dos grandes mastines entraron silenciosamente en la habitación y se situaron a los lados de la silla en la que García había vuelto a sentarse tras saludarme. He olvidado mencionar que García había experimentado toda la vida una mezcla de miedo y repugnancia hacia los perros, y que ése era uno de los rasgos más marcados de su carácter. Quedé por tanto grandemente sorprendido por la aparición de esos dos magníficos ejemplares de la familia canina, a los que García parecía tratar de modo decididamente amistoso.

Recuerdo las palabras de mi amigo y todavía puedo oír su voz resignada:

—Ese año entero de oscuridad... es como un vacío en mi existencia, del que a duras penas recuerdo nada. Y luego recuperar la razón sólo para ser más consciente de esta nueva desgracia, de esta nueva oscuridad de la que nunca saldré... ¿Te das cuenta?

No creo que pudiese yo darme cuenta.

García prosiguió, bajando la voz y desarrollando su idea como un obseso:

—Sí, ese año... ese año ha sido sólo el final de un drama más largo, de toda mi vida pasada, que afortunada... o desafortunadamente... me ha sido arrancada por completo. Al mirar ahora hacia atrás, mi vida entera parece pertenecer a otro ser, a un ser cuya vida era una continua tormenta interna y una farsa externa. Sí, siento que durante ese año en el que mi mente ha estado dormida, todo mi ser ha sido sustituido. No tengo recuerdos detallados, pero poseo vagas y muy subconscientes sensaciones de que ocurrieron cosas terribles, cosas que ningún hombre vivo y mentalmente despierto soportaría presenciar, y mucho menos experimentar... Sí, me ha sido arrancada toda mi vida pasada. He vuelto a nacer, nada queda de aquello, nada excepto una cosa, una cosa que es eterna, una cosa...

Yo me puse en pie:

—Calla, García... no lo digas. Sé qué es esa cosa.

—Sí... sólo esa cosa.

La voz de mi amigo era aún más baja y concentrada, como un áspero susurro. Los perros frotaban las cabezas contra sus costados.

—Desearía no haber recobrado la razón, porque es doloroso mirar hacia atrás en la propia vida de uno y verla claramente. Desde mi infancia, ese amor por mi madre, que asumió proporciones tales que me asustó... Vivía pendiente de sus más mínimos deseos, vivía sólo para ella... ¿Me entiendes?

Yo me había alejado de García, pero éste no lo advirtió y su voz se hizo aún más fina y tenue. Los perros se pusieron inquietos y ruidosos y durante un rato no logré oír nada. Cuando volví a acercarme, García estaba concluyendo:

—... que cada año llegaba con la primavera y nunca me abandonaba, hasta que empecé a temer a esa estación tan asociada a mi vida entera. Y era enloquecedor pensar que no podía comprobar su paso, saber que avanzaba ominosamente para destruirme, saber que nunca falla, que no hay esperanza, que la primavera siempre llega.

Cuando dejé a García era noche cerrada y, mientras caminaba por la calle, oí ladrar a los perros largo rato.

V

Un día llevé a García a dar un paseo por el Retiro. Estábamos otra vez en mayo. Caminábamos en silencio, García asido a mi brazo y apoyándose en un bastón. Dijo al cabo de un rato:

—Vamos a sentarnos para que me describas el día. Ya sabes que no puedo verlo.

Tomamos asiento en un banco y no supe qué decir.

—Es un día muy claro, García... El cielo está azul... ya conoces el cielo de Madrid.

—Sí, lo recuerdo. Puedo verlo dentro de mí. Sí, ¡qué azul es!

—Sí, muy azul, García, y el sol brilla...

—Naturalmente, cuando el cielo está azul, el sol brilla.

—El Retiro está como siempre. Ya lo recuerdas... Parterres de flores, los mismos paseos umbríos... Ya recuerdas el Retiro.

García me hizo una seña para que me quedase quieto:

—Puedo sentirlo todo, lo siento mejor de lo que tú o cualquier otro podáis decirme. Quieto. El día mismo está hablándome. Puedo sentir el sol, oler las flores y oír el viento en los árboles... Puedo sentirlo todo. El día habla a los ciegos y ahora habla conmigo. Calla, déjame escuchar...

Me quedé callado y García inclinó la cabeza. Vi el sol sobre su rota figura y su blanca cabeza. Su rostro estaba lleno de atención, no se movía y escuchaba, escuchaba...

De pronto, se levantó y avanzó. Se tambaleó hacia delante, con la cabeza alzada, el sol contra sus ojos sin luz y los brazos tendidos como si fuera arrastrado por su eterna visión.

Le seguí y recordé el primer día que le vi caminar de esa forma, como si no pudiera ver nada, salvo su propio sueño interior. Todos esos gestos del pasado configuraban esta triste realidad, el día en que ya no podía ver lo que tanto amaba, el día, la luz, la primavera.

García se apoyó en un gran árbol y me oyó llegar:

—Es ella... es ella...

—Comprendo, García.

Guardamos silencio un rato. Entonces dijo:

—Discúlpame —y nada más.

VI

Una mañana de marzo, Lunarito vino a mi casa. Me dijo que su amo estaba muy enfermo y que deseaba verme.

Cuando llegué, encontré a García en la cama. Estaba extremadamente delgado, parecía un cadáver. Su voz sonó débil:

—Mal amigo —dijo—. Podría haber muerto y tú no te hubieses enterado. He estado muy enfermo todo el invierno y no has venido nunca a verme.

Protesté diciendo que mis ocupaciones me habían mantenido lejos y que no sabía que estuviese enfermo.

—Sí, he estado muy enfermo y ahora estoy más enfermo aún. No sé qué me ocurre. Quizá algo no vaya bien con el corazón. El médico dice que mientras dure el tiempo frío estaré bien, pero luego... pronto llegará el calor... ya sabes que siempre llega... y lo temo.

Permanecí un tiempo junto a García, diciéndole que se recobraría y tratando de animarlo, pero cuando le dejé había desesperanza en su rostro. Le prometí volver la semana siguiente.

Regresé el veintiuno de marzo y encontré a García con peor aspecto, si cabe. Yacía sobre las almohadas y sus ojos ciegos estaban fijos en el balcón frontero. Los dos perros permanecían a los lados de la cama de su amo, como si se aprestasen a defenderle. Me senté a su lado y le tomé una mano; estaba fría. Entonces dijo:

—Es el miedo a lo inevitable... La primavera ya casi está aquí ahora, y sé que voy a morir. El doctor lo dijo, y yo se lo saqué a Lunarito... Saber que voy a morir, que no puedo detener la estación, que está llegando y que no hay esperanza... La primavera y mi vida han llegado a quedar extrañamente ligadas. La primavera ha sido para mí como una amante. He ligado mi destino a ella, que me ha traído felicidad y tristeza, y ahora me trae la muerte... Pensar que la estación que todo lo llena de vida vendrá a matarme, saber que es eterna, que siempre lo será y que yo no volveré a verla nunca. ¡La he amado tanto! Y ahora la temo tanto como en mi juventud... Si al menos estuviese seguro de que cuando muera quedaré libre de algo que siempre viene y nunca falla. Si estuviese seguro del descanso eterno nunca perturbado por ese murmullo lejano de la primavera que se aproxima...

Los dos perros permanecían inmóviles a ambos lados de la cama como las estatuas de un sepulcro, uno de ellos casi rozándome la manga. García hablaba con inquietud. Traté de calmarle. Pero prosiguió:

—Pero quizá los muertos no descansen, quizá se despierten cuando un mar de suciedad irrumpe a través de las tablas rajadas de sus ataúdes. Quizá bajo tierra estén más ligados a la vida y sientan sus reacciones más directamente... Quizá sufran extrañas alucinaciones y tengan vagas reminiscencias de su vida pasada. Puede que sueñen que están vivos y que sueñen con el sol de los días luminosos... Bajo tierra, entre raíces de árboles, quizá sientan más que nunca... y oigan el rugido fatal de la primavera que se aproxima...

Ya era del todo oscuro y los dos animales estaban inquietos, levantaban las cabezas, apuntaban con las orejas y olisqueaban.

—Es posible que llegue de lejos, como un temblor sísmico, como una ondulación sacudiéndoles en sus sueños más plásticos e intensos... Tal vez oigan llegar la primavera al galope tendido y se estremezcan porque van a presenciar por vez

primera, y más nítidamente que nunca, con todos sus secretos y con todos sus encantos al desnudo, la escena eterna de la vida eterna...

García era como un hombre que sufriera una grave alucinación. Estaba incorporado en la cama y sus ojos sin luz parecían haber captado finalmente la visión que le había arrastrado toda la vida, una visión clara y asombrosa en su ceguera.

Yo debiera haber tratado de calmarle, pero me tenía sin aliento el poder de su extraña sugestión. Permanecí sentado a su lado, con una mezcla de miedo y honda tristeza, mientras él proseguía, al borde del paroxismo:

—Sí... en su tiniebla... la verán como una imagen llena de luz y color contra un espejo oscuro... en la vaciedad de su calavera... se verá reflejada en esa cámara oscura... y verán a la primavera cabalgar sobre un caballo blanco sin bridas, con un casco de sol fundiéndose en espesas trenzas y sobre un largo vestido verde y una infinita fuerza de creación. Verán la vida que viene a despertarlos y arrastrarlos consigo, y entonces tendrán esperanza... Un ser morirá y luego otro, pero ése no es el triunfo de la muerte... la vida sigue... Llega la primavera... ¡La primavera siempre llega...!

Los dos perros parecieron incapaces de contenerse más y empezaron a aullar intermitentemente. García continuó:

—En su emoción se levantarán... Al sentir el germen de la vida se levantarán y se encontrarán ciegos, se encontrarán sordos, se encontrarán mudos, se encontrarán muertos... Volverán a la vida entre cuatro maderos, con los sentidos cubiertos de polvo... y entonces morirá lo último en ellos... morirá la esperanza... se encontrarán volviendo a la vida de una forma repugnante y horrible, e impersonal... El sueño de la vida habrá pasado a través de ellos por última vez, dejándoles un desamparado puñado de gusanos...

»Y verán retirarse la primavera y volverán a encontrarla en un árbol, o en una flor, o en cualquier otra cosa... Todo es lo mismo, todo es eterno. Con idéntico optimismo inconsciente la vida sigue, llega la primavera... La primavera siempre llega... La primavera... siempre... llega...

García cayó hacia atrás exhausto. La habitación entera estaba sumida ahora en espesas sombras y había dos perros, dos grandes perros, aullando en la tiniebla.

VII

Volví una semana más tarde. Sabía que visitaba a García por última vez. Lunarito me abrió la puerta y la cerró cuidadosamente a mi espalda. La casa estaba en silencio. A la puerta de la habitación de mi amigo encontré al doctor De los Ríos, que salía.

—Está muy mal —dijo—. Puede morir en cualquier momento. No creo que llegue ni al mediodía.

Su voz tranquila parecía más velada que de costumbre. No dije nada.

—Sí, ya no queda esperanza... es una degeneración del sistema. —Sus ojos claros me contemplaron indagadores—. Usted conoce su manía, ¿verdad?

—Sí, la conozco.

El doctor De los Ríos miró distraído a través de mí, más allá de mí.

—Bien... —dijo. Me estrechó la mano y se fue.

Encontré a García en una condición penosa. Respiraba con dificultad. Tenía la cabeza caída hacia atrás en las almohadas y sus ojos sin vida estaban hundidos.

Las cortinas estaban corridas y la estancia en penumbra. Miré en derredor pero no vi a los perros.

García reconoció mis pasos. Su intuición parecía agudizada por la proximidad de la muerte. Volvió la cabeza hacia mí con una expresión de ansia en su rostro.

—¿Has cerrado la puerta al entrar? —Su voz resultaba casi inaudible y surgía acompañada de un silbido.

—Sí, Lunarito la ha cerrado —pareció aliviado.

—Hace tres días que tengo todos los balcones y puertas cerrados. Mantengo alejado al enemigo. La primavera lleva ya tres días aquí... Ha venido a llevarme, pero no la dejo entrar... Tengo todas las puertas y ventanas cerradas... Es un auténtico asedio...

»La primavera lleva tres días rondándome... rugiendo en torno a la casa, justo debajo de los balcones, tratando de entrar... Ahí está ahora... ¿La oyes crujir? ¿Puedes oír su susurro? ¿Puedes oír sus esfuerzos? ¡Escucha... escucha...!

Guardé silencio. Instintivamente, me puse a escuchar. En aquel instante oí en la distancia los cascos de un caballo que se aproximaban... y no tardó en pasar un carruaje por la calle, y oí voces juveniles y alegres. Y después, el ruido de la ciudad entera, el ruido de la vida y la naturaleza.

García dejó caer la mano que había levantado. Una gran serenidad se extendió por sus rasgos. Parecía infinitamente cansado y resignado.

—Tres días así... No tiene objeto. Uno no puede oponerse a semejante enemigo... La vida es más fuerte que un hombre... No tiene sentido. Me rindo —hizo un último esfuerzo por incorporarse y se volvió hacia mí—. Acabemos de una vez... Me ahogo... Vamos, abre esa ventana...

Me moví mecánicamente, sintiendo que mis miembros actuaban independientemente de mi voluntad. Descorrí las cortinas y un chorro de luz inundó la habitación... Entonces tiré de la falleba y abrí la ventana de par en par...

Irrumpió la primavera.

Epílogo

Hace cincuenta y dos años, el 27 de junio de 1936, hice la reseña de un libro para *Nation*. Muy favorable. El autor, Felipe Alfau, era al parecer un joven español que escribía en inglés. España era entonces republicana: el alzamiento de Franco, que desencadenó la Guerra Civil, empezó el 19 de julio, tres semanas y un día más tarde. La atracción que *Locos* ejerció sobre mí no pudo ser, por lo tanto, un asunto político. Y yo nada sabía de España ni de los españoles. Fue más bien un enamoramiento. Me enamoré de este libro y nunca lo olvidé, aunque en mi recuerdo, por lo que percibo al releerlo, haya sufrido cierta distorsión, como ocurre con todo apasionado amor juvenil. Alfau, o su libro, era evidentemente mi tipo de hombre fatal, al que luego he vuelto a encontrar en *Pálido fuego*, de Nabokov, y más de una vez en Ítalo Calvino. Pero *Locos* fue el primero. Y parece ser que ha sido el único libro del autor, cosa lógica, porque es único. Nunca volví a saber nada de Alfau, pese a que, durante algún tiempo, cada vez que encontraba a un español preguntaba por él; a nadie le sonaba su nombre. Quizá se debiera a que vivía en los Estados Unidos, caso de que ello fuese cierto. Pero en este país tampoco he encontrado a nadie, salvo yo misma, que hubiese leído *Locos*. Ahora el libro va a ser publicado de nuevo. Lanzado hace más de cincuenta años en una colección de Farrar and Rinehart llamada «Descubridores», ahora ha sido redescubierto, ignoro por qué medios.

El reencuentro ha sido un poco fantástico, al menos a primera vista: un cruce entre reconocimiento y no reconocimiento. Por ejemplo, lo que había quedado grabado en mi memoria es una extensa narración sobre una convención de policía en Madrid que coincidía graciosamente con una ola de crímenes, ya que una era causa de la otra: los rufianes convergían en la ciudad, libres para ejercer su oficio mientras los policías asistían a discusiones y clases sobre criminalidad. Bien, sería mucho decir que nada de ello está en *Locos*; está, pero en el espacio de unas pocas frases y como simple sugerencia.

El capítulo 5, «La cartera», empieza así: «Durante la Convención Policial de 19..., en Madrid, tuvo lugar un hecho hartamente desgraciado. Algo falló en el sistema eléctrico de la ciudad y la metrópolis entera quedó sumida en total oscuridad.» El fallo eléctrico es lo que ofrece a los criminales reunidos su oportunidad. «Fue algo deplorable, pues coincidió con la no deseada inmigración de una considerable jauría de rufianes internacionales que desde principios de la Guerra Mundial se había trasladado a España y colaboraba ahora con los rufianes autóctonos con todo entusiasmo... Como si toda esa gente hubiese estado aguardando tan rara oportunidad, en cuanto se apagaron las luces de Madrid, ladrones, pistoleros, salteadores y carteristas, es decir todos los miembros de la familia del hampa, surgieron por las esquinas como por encanto.» Y más adelante: «... llegando a ser de

dominio público que durante la Convención Policial de 19... Madrid tuvo asimismo una convención criminal... Naturalmente, los policías dedicaban todos sus esfuerzos y todo su tiempo a discutir asuntos de legislación y disciplina, y de cuando en cuando a pensar en cómo mejorar los métodos para perseguir criminales... y, como es lógico, después de cada sesión los representantes policiales y el propio cuerpo de policía carecían del tiempo y la energía necesarios para investigar las transgresiones... Por lo tanto, los rufianes se sentían más a salvo y más libres para operar en Madrid, donde estaba reunida la flor y nata de la policía, que en ningún otro lugar.»

Eso es todo, un preámbulo. El cuerpo del capítulo trata de la cartera robada al Prefecto de Policía. El fallo eléctrico, que proporciona una explicación realista, se había borrado de mi memoria y me quedé con la deliciosa ilógica —o lógica— de unas convenciones paralelas de policías y criminales. El más puro Alfau, un destilado.

«La cartera», en realidad, puede ser el centro del libro, cuyo tema es España considerada como un absurdo, una mezcla de mendigos, chulos, policías, monjas, ladrones, curas, asesinos y artistas del timo. El título se refiere a un Café de los Locos, en Toledo, donde, en el primer capítulo, casi todos los personajes son presentados como parroquianos susceptibles de ser «personajes» para los malos escritores que, como el autor, van allí a observarlos. Está el doctor De los Ríos, el médico que atiende a la mayoría de las ruinas humanas apiñadas en torno a las mesas; Gastón Bejarano, un chulo conocido como el Cogote; don Laureano Báez, un acomodado mendigo profesional; su hija/sirvienta Lunarito, la hermana Carmela, que es la misma persona que Carmen, una monja fugada; García, un poeta que se convierte en experto en huellas dactilares; el padre Inocencio, un cura salesiano; don Benito, el Prefecto de Policía; Felipe Alfau; don Gil Bejarano, un buhonero, tío del Cogote; Pepe Bejarano, un joven agraciado, hermano del Cogote; doña Micaela Valverde, viuda tres veces y necrófila.

Sólo falta el altamente significativo señor Olózaga, conocido en otros tiempos como el Mandarín Negro, un gigante, ex forzado en una galera, bautizado y criado por monjes españoles en China, ex encantador de mariposas, ex potentado en las Filipinas españolas, que ahora dirige una extraña agencia especializada en el cobro a morosos y otra dedicada a la compra y venta de ropa de muertos. Pero él está relacionado con los demás «personajes» del Café de los Locos, tanto por derecho propio como por su matrimonio con tía Mariquita, su quinta esposa, quien vive en una casa que tose —su secretario, al ser confundido con su esposo, es asesinado por Laureano Báez y la hija/criada de éste, Lunarito—, uno de los muchos casos de identidad equivocada. Cuando aún era el Mandarín Negro, en Filipinas, solicitó la mano de la hija de don Esteban Bejarano y Ulloa, un funcionario español, y fue rechazado a causa de su color. Éste, justamente, era el padre de don Gil Bejarano (ver más arriba), el cuñado del Prefecto de Policía e inventor de la teoría de las huellas dactilares, que sale en el capítulo 4, donde, casualmente, encontramos al padre

Inocencio jugando a las cartas con la familia Bejarano mientras la hija pequeña, Carmen, hace el amor con su hermano Gastón.

Esos vínculos subterráneos —o de submundo— son característicos y se combinan con la mareante mutabilidad que exhiben los personajes. Lunarito es Carmen, que será la hermana Carmela; en un momento dado, la encontramos casada con el Cogote, precisamente su propio hermano Gastón, que naturalmente no puede *ser* su hermano si ella es hija del mendigo, don Laureano Báez. Y sin embargo, la esposa de don Laureano, cuando éste nos es presentado como camarero del Café de los Locos, es Felisa, que es como se llama la madre de Carmen y hermana de don Benito, el Prefecto de Policía... En el Prólogo, y en otras ocasiones después, el autor insiste en destacar su imposibilidad de controlar a sus personajes, pero esta noción familiar (como en «Falstaff se le escapó a Shakespeare») es el rasgo menos interesante. Para el cambio e intercambio de gentes, que recuerda la seda tornasolada, no hacía falta la extravagancia de una pérdida del control por parte del autor. Si en algún aspecto ha envejecido el libro, es justamente en sus extravagancias.

Pero no sólo los personajes de *Locos* poseen esa extraña luminosidad o iridiscencia. El tiempo y el lugar, asimismo, están sujetos a ella. Un hecho que al parecer se me escapó en 1936 es la discrepancia entre la situación del Café de los Locos —Toledo—, donde los personajes son reunidos para su inspección, y su lugar de residencia efectivo, Madrid. ¿Qué hacen todos esos madrileños en Toledo? Supongo que es debido a la fama que tiene Toledo de ciudad loca y fantástica, un mito, una ciudad, como dice Alfau, que «murió en el Renacimiento»; habla de «Toledo cubriendo la colina... como un petrificado bosque de siglos». La ciudad que murió en el Renacimiento y vive petrificada, puede naturalmente ser una imagen de España. Una nueva cita puede resultar relevante en el tema de la subyacente encarnación de un rasgo nacional: «la acción de este libro transcurre fundamentalmente en España, una tierra en la que ni el pensamiento ni la palabra, sino la acción con un sentido —el gesto— se ha convertido en la especialidad nacional...».

España y sus antiguas posesiones —Cuba y las Filipinas— constituyen el escenario; su reverso es China, el extremo opuesto del mundo para un español, y lugar de origen del señor Olózaga, bautizado Juan Chinelato por los monjes barbudos y fumadores de tabaco que lo criaron.

Una cosa que ciertamente escapó a mi atención de joven reseñadora es la presencia oculta de ese Juan Chinelato en el primer capítulo, el llamado «Identidad», ambientado en el Café de los Locos. Está allí en la forma de una figurita china de porcelana ofrecida por don Gil Bejarano en su papel de vendedor de baratijas. «Don Gil se nos acercó», escribe Alfau. «“Aquí tienen una auténtica ganga —dijo, haciendo saltar la figurilla de porcelana en la palma de la mano—. Es una auténtica obra de arte hecha en China. ¿Qué les parece?” Contemplé la figurilla, delicadamente tallada. Representaba un guerrero hercúleo de mostacho caído y expresión feroz. En

el hombro llevaba una mariposa. El color del rostro no era amarillo sino más oscuro, como de bronce... “Quizá no sea china sino india.” Don Gil... pareció ligeramente anonadado. “No, es china”, dijo. Y continuó ensalzando su mercancía: “Sí, es un auténtico mandarín chino o un guerrero, no sé bien cuál de los dos, pero es una auténtica ganga.”» Poco después, y debido a un movimiento inadvertido, la figura se rompe en pedazos contra la mesa de mármol del café.

Éste es un libro magníficamente construido y lleno de sorpresas. Otro ejemplo: uno no advierte en el capítulo inicial la mano inusualmente pequeña de don Gil, vista únicamente como una mancha en la pared encalada. La tenue pista es retomada, con la discreción con que se escamotea una moneda, varios capítulos más tarde, cuando don Gil es arrestado, por orden, dada de mala gana, de su cuñado porque sus huellas dactilares han sido encontradas en la escena del crimen: «Don Gil tenía unas manos muy pequeñas... y las esposas no le ajustaban del todo... “Oficial, estas esposas son demasiado grandes para mí. Será mejor que use una cuerda...”» Durante su conversación con el Prefecto, ha estado utilizando reiteradamente la imagen del «hombre de China», es decir, del hombre que tendría la perfecta coartada pero que es descubierto por la ciencia gracias a las huellas que han dejado sus manos. Su último artículo, publicado en un periódico de Madrid el mismo día de su arresto, se titula: «Huellas dactilares, un antídoto seguro contra toda coartada», y sus últimas palabras, que repite mientras se lo llevan en el carruaje de la policía, son: «Yo soy el hombre de China... Yo soy el hombre de China... Las huellas dactilares nunca mienten.»

Quizá el trabajo policial y la criminalidad, lo mismo que la fantástica, loca España, sea el tema del libro. Y se requieren grandes dotes de observación por parte del lector para obtener, como en la caza de «buscados» fuera de la ley, una hermosa recompensa. Por ejemplo, entre las claves ofrecidas de la muda presencia del señor Olózaga en el Café de los Locos, está simplemente la palabra «mariposa»; yo no supe dar con el dato hasta la tercera lectura. Y todavía tengo por hacer un montón de trabajo de investigación sobre Carmen-Carmela-Lunarito y el hermoso lunar que ella tiene en el cuerpo y que enseña por dinero. Saber castellano podría ayudar. A la luz de España, cada figura es seguida por una sombra, como un espía o un detective, aunque en ocasiones la sombra alargada va ya delante: ella «se detuvo en el extremo de su propia sombra, contra la luz difusa y lejana del farol de la esquina, y hubo algo ominoso en ello». Es posible que tal sea el vínculo entre el tema de España y el tema del criminal con su correspondiente policía. Según y cómo, *Locos* podría ser definida como una novela «luminista». Pero debo dejar un poco de trabajo (que se traducirá en placer) para el lector.

Si *Locos* es, o fue, mi tipo fatal, de lo que realmente me enamoré, aun sin saberlo, fue de la novela modernista en cuanto historia de detectives. Hay un trabajo de detective, obviamente facilitado por Nabokov al lector en *Pálido fuego*. He mencionado a Calvino también, pero hay otro ejemplo, muy reciente, que he estado a punto de pasar por alto. *El nombre de la rosa*, naturalmente. No sólo es una novela de

detectives en sí misma, sino que contiene una alusión a Sherlock Holmes y su *Sabueso de Baskerville*, Pero en *Locos*, Sherlock Holmes está presente: Pepe Bejarano pretende haber estudiado con él durante su estancia en Inglaterra, lo cual explica su asombrosa facilidad para recuperar la cartera de su tío, el Prefecto de Policía. El agradecido oficial, que desconoce si la creación de Conan Doyle es una persona real o no, quiere manifestarle su gratitud. «Sí, Pepe, sí. Debería escribir una carta, una carta oficial a ese caballero, a ese gran hombre... ¿has dicho que se llamaba Chermolovsky?»

Sí, hay un parecido de familia con Nabokov y Calvino y Eco. Y quizá, aunque no podría jurarlo, con Borges también.

MARY MCCARTHY



FELIPE ALFAU nació en Barcelona en 1902. Durante la primera guerra mundial emigró a Estados Unidos, donde estudió música y fue, por un breve período de tiempo, crítico musical de *La prensa*, periódico neoyorquino en español. Decidido a adoptar el inglés como lengua literaria, en 1929 publicó un libro para niños, *Old Tales from Spain*, y en 1936 la novela *Locos*, que había escrito en 1928. Tras la publicación de *Locos*, Alfau trabajó de traductor en un banco de Nueva York, ciudad donde vivió el resto de su vida. En 1948 escribió su segunda y última novela, *Chromos*, que permaneció inédita durante cuarenta años. Vivió en un anonimato absoluto hasta que en 1988 Dalkey Archive Press lo «descubrió» y reimprimió *Locos*. Desde ese momento recibió el reconocimiento de la crítica, que le concedió el National Book Award. Murió en Nueva York en 1999 sin abandonar su mutismo. Alfau pertenece a esa rara raza de autores, como Salinger, Pynchon o Silverio Lanza, de los que no conocemos más que su obra y que nunca han compartido sus opiniones.

Notas

[1] Debo confesar que, al oír al Cogote contar su sueño, que yo transcribo aquí libremente, caí en la cuenta de que el doctor De los Ríos tenía razón al afirmar que este hombre era extraordinario. <<

[2] García tenía otros planes para esta historia, pero al sustituir una moneda por otra y crearle una situación inesperada, le tengo a mi merced. Él ahora no tiene tiempo de trazar un nuevo plan de batalla y yo puedo obligarle a hacer lo que quiera y llevar la historia por los derroteros que yo elija. <<

[3] Esto es lo que García sentía, pero aunque él lo ignore, soy yo quien está forzando sus actos. Desde que se me ocurrió lo de sustituir las monedas lo tengo en mi poder y puedo dejarle con toda confianza en manos del fiable veterano don Laureano Báez.
<<

[4] El lector no debe hacer caso de esta interrupción de dos personajes que yo no tenía previsto introducir en esta historia, pero que intentan complicar las cosas en el escenario haciendo ruidos en los laterales. <<

[5] Por segunda vez estos personajes se están metiendo en la historia contra mis órdenes. Los he puesto a propósito en otra habitación diferente a la que tiene lugar la escena, pero ya que no pueden ser vistos se dejan oír, y me temo que no podremos seguir haciendo caso omiso de ellos, ya que los demás personajes les han oído y son conscientes de su presencia. <<

[6] *La Danza de la Pulga* es un número depravado que suele representarse en teatros de mala muerte y cafés cantantes, y en el cual aparece una dama vestida con un camisón transparente y con una palmatoria en la mano, y procede a continuación a buscar una pulga insidiosa que sabe esconderse astutamente, hasta que es encontrada en el lugar en que cualquier pulga inteligente se escondería. <<

[7] En realidad, esa cerilla la encendí yo para iluminar momentáneamente la escena y hacerme una idea. Cuando empecé esta historia no previ los inconvenientes de tan absoluta oscuridad, ni que resultara tan extremadamente difícil mover adecuadamente a mis personajes sin siquiera ser capaz de ver el papel ante mí. Sin embargo, la cerilla se apagó demasiado pronto para estar muy seguro de nada, pero no para que Pepe Bejarano pasase a la acción; ahora todo vuelve a estar oscuro otra vez y los personajes quedan entregados a sus propios recursos y a la espera de que, mañana, las consecuencias salgan a la luz. <<

[8] A decir verdad, el personaje de la habitación contigua no sabía interpretar esta composición e insistía en tocar una inadecuada danza popular durante toda la escena, pero en esta ocasión estoy decidido a hacer las cosas a mi modo y en lugar de eso oiremos el más apropiado rondó. <<

[9] Varias personas han puesto objeciones a este pasaje, que encuentran de mal gusto, por decirlo de forma suave, entre otras mi amigo el doctor José de los Ríos y personajes tales como Madame Chinelato y el niño en cuestión. Yo también tengo objeciones, pero Chinelato insistió en ser muy malvado a estas alturas de la historia. No es culpa mía si, aun prefiriendo personalmente que fuera en realidad un cochinito asado, Chinelato se mostró inflexible en sus prerrogativas culinarias. Por otra parte, como todas las cenas de teatro, ésta es de mentirijillas y la fuente contenía en realidad un muñeco de cartón. <<